
D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO

INTRODUCCIÓN Á SUS OBRAS.

I.

Por aclamación nacional y voto público dase á la estampa la presente colección de OBRAS DE SELGAS. España, toda España, es esta vez la casa editorial que reimprime los famosos libros del Cantor de las flores: España ha donado previamente, con maternal amor y soberana munificencia, el importe de todos los gastos, y á la triste viuda y pobres hijos del malogrado Ingenio irán á parar todos los beneficios de tan honrosa empresa.

Que no es hipérbole de la amistad ni del dolor el considerar esta publicación como monumento que la Patria erige á su propia gloria con las peregrinas OBRAS DE SELGAS, se patentiza, para regocijo de las Letras Castellanas, en la carta que dió origen á la suscripción general, y cuyas firmas representan, conspicuamente y por vario modo, á los diversos estados, escuelas, clases y partidos que juntos constituyen la Nación española.—Dice así tan importante documento:

«*Sr. D.....*

»Muy señor nuestro: El SR. D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO, insigne poeta y escritor, honra de España, ha muerto pobre. Los que suscriben, deseosos de reunir y perpetuar las obras del ilustre literato, y de acudir en auxilio de su familia, han creído que el mejor medio para lograr uno y otro fin es promover una suscripción pública, cuyo producto se invierta en reimprimir, coleccionados, libros de tan relevante mérito. La nueva edición que de ellos se haga será propiedad de la viuda é hijos de Selgas, á los cuales se entregará también el remanente de la suscripción, si lo hubiere.

»Convencidos de que le será V. grato cooperar á tan laudable propósito, esperamos que nos ayude á llevarlo á cabo, contribuyendo por su parte á la suscripción y procurando fomentarla.

»Las cantidades que se recauden se dirigirán á las oficinas del Sr. Fontagud Gargollo, Barquillo, 1 duplicado.

»Somos de V. atentos y seguros servidores Q. B. S. M.,

»Juan Ignacio, Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo.—El Duque de la Torre.—El Marqués de Casa Jiménez.—El Conde de Cheste.—D. el Duque de Pastrana.—El Marqués de la Vega de Armijo.—El Duque de Tetuán.—Manuel Cañete.—Cándido Necedal.—Claudio Moyano.—El Conde de Canga Argüelles.—Manuel M. de Santa Ana.—Emilio Santillán.—Esteban Garrido.—A. de Carlos.—Tomás Rodríguez Rubí.—El Marqués de Molíns.—A. Cánovas del Castillo.—Gaspar Núñez de Arce.—Antonio Romero Ortiz.—José Echegaray.—Manuel Tamayo y Baus.—Gabino Tejado.—José de Fontagud Gargollo.—Mariano Catalina.—Fernando Fernández de Velasco.—M. Menéndez Pelayo.—Pedro Antonio de Alarcón.—El Conde de Casa-Sedano.—Mariano Vázquez.—Aureliano Fernández-Guerra.—El Marqués de Vallejo.—Alejandro Pidal y Mon.—Marqués de San Gregorio.—Ramón Necedal.—Antonio Arnao.—Emilio Castelar.—Manuel Alonso Martínez.—Práxedes M. Sagasta.—Isidoro Fernández Flórez.—El Conde de Orgáz.—El Conde de Guaqui.—Carlos Díaz Guijarro, cura de la parroquia de San Luis.—El Marqués de Valdeiglesias.—Alfredo Escobar.—Francisco Silvela.—José Ortega Munilla.—F. Pí y Margall.—Joaquín Martín de Olías.—Emilio Arrieta.—Benito Soriano Murillo.—El Conde de Velle.—El Marqués de Viluma.—El Marqués de Peñaflores.—Antonio F. Grilo.—Antonio María Fabié.—José de Posada Herrera.—Arsenio Martínez de Campos.—El Marqués de la Habana.—Juan Guelbenzu.—El Duque de Villahermosa.»

Ya lo hemos dicho: España respondió, así en la Península como en las provincias de Ultramar, á este llamamiento de tantos preclaros hijos suyos: desde la Real Familia hasta el afanado adolescente que se abre camino al templo de las Ciencias, de las Letras ó de las Artes, todo linaje de españoles de valer ó de nota, prelados, próceres, estadistas, académicos, doctores, militares, poetas, artistas, escritores, banqueros, industriales, comerciantes, funcionarios del Estado, etc., han contribuído á la glorificación del cantor de la *Modestia* (modesto él, más que la *violeta* con que la personificó en versos in-

mortales); por lo que bien podemos decir aquí que las OBRAS DE SELGAS, al salir hoy de nuevo á luz, están laureadas, no sólo por la Real Academia Española, que había llamado á su seno al Autor, y que tan especiales honores fúnebres ha creído de su deber tributarle, sino también por el aplauso y la sanción expresa del foro público.—Séale lícito al que esto escribe dar las gracias, en nombre de Selgas (como él, si pudiese, las daría bañado en lágrimas), á tantos y tantos corazones entusiastas y generosos, por el bien que han hecho á la noble mujer y á los tiernos niños en quienes clavaba atónito sus últimas miradas, como preguntándose qué sería de ellos en el mundo sin el paternal amparo... Mas no daré á nadie las gracias por el nuevo esplendor añadido al renombre literario del poeta; que ese homenaje se le debía en justicia, y, además, no sería yo fiel intérprete de su bendita humildad, si le atribuyera otros sentimientos y actitudes que confusión, espanto, cortedad, y aquella admirable y sincera desconfianza con que nos decía el pasado Otoño, al oírnos celebrar sus últimos y acaso mejores versos (los tercetos AL SIGLO XIX):—«*Pero ¿de verdad creéis vosotros que esto vale algo?*»

II.

Arrogancia y profanación fuera de nuestra parte intentar ahora escribir con tosca pluma un juicio crítico de las OBRAS DE SELGAS, cuando ellas lucen y se recomiendan tanto por sí propias. Únicamente apuntaremos aquí algunos *datos biográficos* del inolvidable amigo y compañero, para que el día de mañana llenen aquel vacío que, por lo tocante á la vida de los Autores, suele quedar en la historia de la Literatura (aun tratándose de los más insignes y aplaudidos), si personas de su intimidad no cuidan de trasladar á público papel las caras memorias de que el corazón más piadoso y amante sólo es frágil y precaria urna, que la muerte rompe también muy luego... Y ninguna manera mejor se nos ocurre de comenzar nuestro humilde trabajo, que referir lo que pasó en la Real Academia Española cuando le fué notificada la muerte de Selgas, y copiar el notabilísimo documento, hoy ya de dominio público, á que en seguida dió lectura el ilustre autor de *Virginia*, D. Manuel Tamayo y Baus.

Diremos, pues, que era la noche del jueves 9 de febrero del presente año de 1882, memorable por lo luctuosa y triste, para aquella

docta Corporación.—Tamayo, pálido, trémulo y con voz enronquecida por las aprisionadas lágrimas, cumplía su deber de Secretario, dando á la Junta cuenta oficial del fallecimiento del poeta, del amigo, del hermano... No menos afectados los que le escuchábamos—el Conde de Cheste (Director), el Marqués de Molíns, los dos Fernández-Guerra, el Marqués de Valmar, Cañete, Necedal, Rubí, Campoamor, Cánovas, Canalejas, Silvela, Arnao, Galindo, Barrantes, Pascual, Núñez de Arce, el Marqués de San Gregorio, Catalina, Menéndez Pelayo, Madrazo, Tejado y el que suscribe,—creíamos como que era mayor ó más definitiva la ya muy llorada pérdida desde que se proclamaba en aquel año... Tomó en seguida la palabra el por tantos títulos digno y respetable Director; y, después de lamentar la que todos considerábamos desventura de familia y de la Patria y de conmemorar los méritos del escritor y las virtudes del hombre, rogó á la Academia que otorgase á Selgas el singular honor de costear su entierro... Volvió á hablar entonces Tamayo, y dijo que, sabiendo el propósito que abrigaba el Director, y no dudando de que su noble idea sería aprobada con entusiasmo y por unanimidad (como ya lo había sido), tenía redactado el Oficio en que se comunicaba tal resolución á la viuda; documento que estimaba necesario leer, á fin de que la Academia lo hiciese suyo en todos sus términos y apreciaciones, y fuera, por tanto, más grato y consolador á aquella infortunada señora.

El Oficio leído por Tamayo, entre sentidas muestras de adhesión de la Junta, era digno de la pluma de oro que lo había escrito, y estaba concebido en los términos siguientes:

«Ilma. Sra. D.^a Carolina Domínguez, viuda de Selgas.—La Real Academia Española ha resuelto á una voz costear el entierro de su individuo de número, el Ilmo. Sr. D. José Selgas y Carrasco (q. s. g. h.), y suplica á V. I. que la autorice para llevar á cabo este acuerdo con que se propone rendir tributo de amor á la memoria del que fué modelo de hijos, de hermanos, de esposos, de padres y de amigos: del que en la próspera y la adversa fortuna dió ejemplar testimonio de fortaleza, honradez y virtud: del que por implacable necesidad y vocación irresistible trabajó toda su vida afanosamente, sin que nunca le trajese la gloria más que el pan de cada día: del insigne literato que logró animar á las flores y convertirlas en maestras dulcísimas del género humano: envolver la acerba sátira y la grave moral en manto de los más deleitosos colores y la

más fina pedrería; hermanar lo ingenioso y lo ameno con lo profundo; dejar en sus escritos personalidad literaria que ni ahora se confunde ni podrá jamás confundirse con ninguna otra, que es, á no dudar, una de las más bellas y significativas de nuestra época, y que de la nuestra recibirán quizá las futuras con aplausos y bendiciones. Quiere el cielo, señora, que quien profesaba á Selgas cariño de hermano y profesaba á la Academia cariño filial, tenga la dicha de ejecutar un acuerdo tan honroso para aquél como para ésta, y capaz de hacer derramar á V. I. lágrimas consoladoras,—*Manuel Tamayo y Baus.*»

III.

El egregio poeta y gallardo escritor á quien la Academia Española daba la santa limosna del entierro (si limosna puede llamarse nunca la solicitud maternal), había nacido en Murcia, á 27 de noviembre de 1822; contrajo matrimonio en 1857 con una distinguida señorita de Lorca, y murió en Madrid, calle de Claudio Coello, número 38, á las diez y cuarto de la noche del domingo 5 de febrero de 1882, dejando dos hijos: Consuelo, de diez y siete años de edad, y Carlos, de catorce.

El padre de Selgas, pobre empleado de Correos, no pudo costear carrera literaria al que, guiado solamente por el propio numen, había de llegar á la jerarquía de maestro y dechado de literatos. Comenzó, pues, el futuro académico su áspera y laboriosa jornada desempeñando á los diez y siete años una plaza de Escribiente en el Gobierno civil de Murcia: en 1844 asistió al sitio de Cartagena, y ganó la Cruz de San Fernando, como oficial de milicianos movilizados y ayudante del General D. José de la Concha, y en 1845 administraba en la provincia de Almería una Fábrica de fundición de plata...—Aquí aparece de pronto el sol de la fortuna, según explicaremos más adelante, en el horizonte de Selgas. En 1850 obtiene del Sr. Conde de San Luis el nombramiento de Auxiliar del Ministerio de la Gobernación: en 1856 lo asciende el Sr. Nocedal á Oficial de secretaría del propio Ministerio; y en 1879 el General Martínez Campos le hace venir de Lorca, donde el antiguo cantor de *La Primavera* y de *El Estío* vivía dedicado juntamente á la agricultura y á escribir novelas, y le confiere el alto cargo de Secretario general, ó Subsecretario, de la Presidencia del Consejo de Ministros.

—Tal es, en compendio, la varia y peregrina *hoja de servicios* del Ilmo. Sr. D. José Selgas y Carrasco, de quien resta añadir que también fué una vez Diputado á Cortes (1867 á 1868).

Como hombre político, militó siempre en partidos retrógrados ó reaccionarios con relación á las circunstancias en que dedicó á las cuestiones del Estado su actividad y su inteligencia. Desde 1850 hasta el destronamiento de D.^a Isabel II figuró en el partido moderado, y así lo comprueban su célebre campaña periodística en *El Padre Cobos*, de que hablaremos luego, y la no menos valiente y notable, aunque no tan notoria, que hizo en la ultramoderada *España*, por cuyas resultas se batió en duelo con el Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo, quien tuvo la que consideró *desgracia* (lo atestigua uno de sus padrinos, autor de estas líneas) de herir, en justa y forzosa defensa, al noble escritor cuyo ingenio tanto admiraba. Durante el interregno de la Dinastía de Borbón, ó sea de 1868 á 1875, la calamidad revolucionaria le llevó poco á poco, como á otros varios desesperanzados conservadores, hasta las fronteras del partido carlista... Y, lograda la Restauración en la persona de Alfonso XII, simpatizó vivamente con el nuevo estado de cosas, según lo demuestra el haber admitido del General Martínez Campos la mencionada Subsecretaría, y de su constante amigo particular D. Antonio Cánovas del Castillo una importante Comisión del ramo de Beneficencia.

Pero entremos en su verdadera historia: entremos en su vida literaria.

Dióle á conocer en Madrid su paisano el distinguido poeta don Antonio Arnao, leyendo en la tertulia del sabio literato D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe algunos de aquellos delicadísimos cantos á las flores que Selgas escribía en Murcia, oscurecido y desalentado, y que pronto habían de abrirle de par en par las puertas del templo de la fama. Prendado el ya entonces renombrado crítico Sr. Cañete de tales maravillas poéticas, las hizo admirar al público en las columnas de *El Heraldo*, y directa y personalmente al Conde de San Luis, Ministro de la Gobernación en aquel tiempo y Mecenas de nuestro Parnaso; y el conde de San Luis (dicho sea en su alabanza) llamó inmediatamente á Selgas á la villa y corte, y le otorgó el destino oficial ya indicado, amén de otras señaladas muestras de estimación y aprecio.

No tardó, pues, en publicarse, con muy bien pensado y donosamente parlado prólogo del Sr. Cañete, la colección de poesías del

vate del Segura, titulada LA PRIMAVERA..., siendo de notar que aquella primera edición de obras de Selgas fué impresa por suscripción ó aclamación pública, lo mismo que la que hoy damos á luz sus albaceas voluntarios. Muy mozos, casi niños todavía, éramos nosotros entonces, y aún recordamos la explosión general de entusiasmo que produjo aquel ramillete de flores, en que á la frescura y lozanía de la verdadera naturaleza se juntaban todos los primores del ingenio y la más saludable filosofía. Puede asegurarse que la Nación entera se aprendió de memoria las composiciones denominadas *El Laurel, La Modestia, La Dalia, La Alondra, La Caridad y la Gratitude, Lo que son las mariposas, El sauce y el ciprés* y otras varias, cuya boga no ha pasado en modo alguno, sino que se perpetúa en la generación que hoy nos llama viejos.

Digna continuación de LA PRIMAVERA fué otra colección de poesías titulada EL ESTÍO, en que también cantaba Selgas la hermosura de tierra y cielo y los más puros sentimientos del alma humana, con tierno y sencillo y natural lenguaje, muy superior en gracia á los artificios de aquellos clásicos trasnochados que sólo veían en la naturaleza un reflejo de la antigua mitología pagana, y muy más elocuente que la vaga y difusa palabrería de aquellos románticos de segunda ó tercera extracción que, en fuerza de querer decir mucho, no decían nada cierto y perceptible, y que también cantaban y gemían por cuenta de sentimientos ajenos; Virgilio *orechianti* los unos, que no creían en Júpiter ni en Ceres, y Byron de reata los otros, que maldito si tenían razón alguna, personal ó doméstica, para mostrarse tan furiosos y tristes como el emigrado bardo inglés:— Propia, legítima, ingenua, sentida por Selgas mismo, y no calcada sobre juicios ó penas del prójimo, era la poesía de LA PRIMAVERA y EL ESTÍO, y de aquí la honda impresión que causaron en académicos y en principiantes, en los literatos y en el público lego, en los fuertes varones como en las sensibles mujeres, estas lindas y poco aliñadas obras.

Pero nos apartamos de nuestro propósito de no juzgar las composiciones de Selgas: olvidamos que á las flores se las ve y se las huele, pero no se las analiza para formar una idea de sus encantos. Continuaremos, pues, estos apuntes biográficos diciendo que, algunos años después, publicó nuestro autor una tercera serie de versos, denominadas FLORES Y ESPINAS, la cual aumentada con sus poesías *póstumas*, ora inéditas, ora no coleccionadas, figurará en el segundo volumen de la presente edición de sus obras.

No menos admirable y mucho más fecundo que como poeta lírico, fué Selgas como autor de artículos satírico-morales, de novelas y de otros escritos en prosa, y también alcanzó en el teatro algunos triunfos, tal vez poco ruidosos en comparación de los que ya le habían colmado de laureles, pero igualmente justificados y merecidos. De todos estos trabajos, sólo mencionaremos los que más le han caracterizado en la literatura contemporánea y mayor cosecha le rindieron.

Todo el mundo recuerda ó habrá oído citar con grandes celebraciones un periódico satírico-político, titulado *El Padre Cobos*, que vió la luz pública en 1854 á 1856, ó sea durante aquel por antonomasia llamado *bienio*, en que, digámoslo así, volvió á regir los destinos de España el famoso General Espartero. ¡Jamás se ha combatido á Gobierno alguno con tanta gracia, tanto valor, tanta crueldad y tanto talento como lo fueron los progresistas por aquella hoja que dos ó tres veces á la semana hacía desternillarse de risa á toda la Nación, mientras que algunos de los atacados apelaban á ridículas persecuciones y bárbaras violencias, para ver de librarse de aquel implacable azote!—Pues bien: aunque en *El Padre Cobos* escribían, á lo que luego se supo, cinco ó seis de los más ilustres españoles, todos hubieron de declarar que Selgas fué quien le dió tono, vida y alma, que de él procedía aquel gracejo irresistible y aquella originalidad inagotable; y que de la misma pluma que antes había libado mieles en el cáliz de las flores eran aquellas zumbonas y regocijadas letrillas, aquellos punzantes y emponzoñados sueltos, aquellos sutiles é ingeniosos artículos, que indudablemente anticiparon en uno ó dos años el total descrédito político y postrera caída del bondadoso vencedor de Luchana.—No pocos chistes, locuciones equívocas y calificativos burlescos estampados allí por Selgas, han pasado á ser proverbiales en nuestra Lengua, y úsanse hoy generalmente en toda suerte de conversaciones, como los donaires de Cervantes ó de Quevedo.

Bajo los títulos de *Hojas sueltas*, de *Más hojas sueltas*, de *Nuevas páginas*, de *Cosas del día*, etc., etc., coleccionó más adelante nuestro amigo gran número de artículos humorístico-morales que, por espacio de algunos años, había ido publicando en diversos periódicos, y que presentan su genio de escritor por otro brillantísimo aspecto. Refiriéndose especialmente á tales artículos, ha dicho hace poco el esclarecido literato Tamayo y Baus:

«Debajo de sazoadísimos chistes y de peregrinas galas de inge-

»nio, escóndense en estos singulares escritos tesoros de profunda
 »observación, de recta filosofía y de sana moral. De cuantas ideas y
 »manías caracterizan y conturban á nuestra época, no hay tal vez
 »una sola que Selgas no haya observado con perspicacia, analizado
 »escrupulosamente y apreciado según su conciencia, y siempre con
 »sujeción á un mismo criterio. Nunca varió; nunca se desmintió; to-
 »das sus palabras, desde la primera hasta la última, se encaminaron
 »á un solo fin. Pasma en estos tiempos de confusión, incertidumbre
 »y duda, la unidad moral de todas sus obras. Niéganle muchos, sin
 »embargo, el título de autor grave y moralista, ya tildándole de pa-
 »radógico, ya considerándole como escritor meramente agudo y fes-
 »tivo. Suele el vulgo no ver más que la corteza de las cosas, y hay
 »personas ilustradas que, cuando el fondo de las cosas no es de su
 »gusto, hacen como que no lo ven. Ciertamente que Selgas se distin-
 »gue por su agudeza: nadie en el Parnaso español puede ponerse
 »con justicia entre Quevedo y él. Ciertamente que habla con agude-
 »za de la sociedad en que vive; pero esta cualidad, lejos de estor-
 »barle en su empeño, le sirve á maravilla para penetrar en lo más
 »recóndito é íntimo del original, y patentizarlo en la copia. Cabe
 »decir: «Eso que á Selgas le parece feo, es hermoso.» No cabe de-
 »cir: «Eso es mentira.»

Las más celebradas novelas que ha dejado se titulan *La Manzana de oro*, *Un rostro y un alma*, *Un retrato de mujer*, *La deuda del corazón* y *Nona*, esta última inédita, pues todavía trabajaba en corregirla cuando le sorprendió la muerte. No sabemos por qué motivo, Selgas, como novelista, era más estimado ó más popular en la América española que en la madre España, aunque también aquí las gentes literarias y de buen gusto admiran grandemente estas otras producciones de tan vario y peregrino ingenio: y á semejante fenómeno aludirá tal vez el concienzudo Sr. Tamayo cuando sigue diciendo con melancólica serenidad:

«Tiene gran fama y la tendrá mayor cada día. Hoy no se le da
 »acaso todo lo que se merece, porque el espíritu de sus obras es, si
 »el que esto escribe no se equivoca de medio á medio, antipático á
 »la mayoría de los críticos que rigen la opinión.»

Nos inclinamos á creer lo mismo que el eminente dramático, partiendo del principio de que la América latina, bien que republicana, no está, ni con mucho, tan imbuída como la España peninsular de ciertas asoladoras ideas modernas.

Por lo demás, aquí viene muy á cuento decir que en 14 de diciem-

bre de 1865 fué elegido Selgas individuo de número de la Real Academia Española; pero que, habiendo juzgado la mayoría de aquel Cuerpo que el discurso del recipiendario, presentado en 1869, suscitaría *graves contradicciones y conflictos*, no se verificó la toma de posesión hasta el año de 1874, en que un memorable acto de fuerza había hecho enmudecer á la imprenta y á la tribuna.

Conque terminemos ya, retratando, por vía de despedida y con amistosa delectación, al ilustre poeta cuya amada imagen no se borra ni se borrará nunca de nuestra alma.

Era Selgas de más que mediana estatura; delgado, aunque no endeble; de poco garbosa configuración; limpio de su persona, pero desacertado en el vestir, y graciosísimo de gesto al hablar, no obstante la grave seriedad de su rostro, noble y feo.—Tenía gran nariz borbónica, no menor que la de Carlos IV; ojos negros y penetrantes, un poco oblicuos y coincidentes como los de los chinos; labios avanzados y siempre juntos, propios de los que piensan más que hablan; baja y estrecha la frente, coronada de indóciles cabellos, que servían como de nimbo á aquel severo y reflexivo rostro; pálida y curtida la tez, profunda la voz, tarda la palabra, pronta la ocurrencia, deliciosa la risa, igual el humor, cortés y afectuoso el trato. Gruñía á veces, sin perder la dulzura de su carácter; censuraba con mansedumbre; elogiaba con sobriedad; no adulaba, ni pedía; se contentaba con muy poco para sí, y trabajaba sin descanso para los demás. Su compañía era solicitada por todo el mundo: frecuentaba los más aristocráticos salones, donde sus agudezas ó sus paradójicas máximas le valían continuos aplausos: amaba á su familia y era amado de ella con verdadera adoración: fué siempre hombre de bien hasta la austeridad y el ascetismo: vivió en perpetua estrechez de recursos; nunca dejó de considerarse feliz, y murió, como había vivido, pobre y contento, descuidando en sus amigos, y sobre todo en Dios, al comprender que la muerte le iba á impedir continuar trabajando para su familia, y entre el amor y las bendiciones de cuantos le conocieron.

Cerróle los ojos su camarada del alma, inseparable amigo y compañero de lides políticas, literarias y de todo género, D. Esteban Garrido. Allí estaban también el mencionado Secretario perpetuo de la Academia Española, Sr. Tamayo y Baus, y el Marqués de San Gregorio, asimismo individuo de ella y Presidente de la de Medicina.—El entierro fué como una salida triunfal de esta vida, pues acompañaban al Poeta innumerables y distinguidísimos representan-

tes de todas las aristocracias, inclusa la de la pobreza y la virtud.
—Duerme el sueño eterno en el Cementerio de San José y San Lorenzo, número 307 del Patio de las Ánimas.—Descanse en paz.

IV.

Una palabra tenemos que añadir todavía, y obligáanos á ello nuestra calidad de encargados, con otras personas, de dirigir la publicación de las OBRAS DE SELGAS, en nombre de todos los firmantes de la carta invitatoria que más atrás hemos insertado.

Nos dirigimos juntamente á aquellos de nuestros compatriotas que se han suscrito para costear esta publicación y á los que todavía no han contribuído á ella; es decir: nos dirigimos al público en general, y le invitamos á coronar la hidalga empresa común, de que nosotros no somos más que humildes agentes, adquiriendo y recomendando los valiosos libros cuya serie principia en el presente volumen. Piensen unos y otros que, si han de cumplir los dos fines que nos hemos propuesto—perpetuar la gloria de Selgas y auxiliar á su desgraciada familia,—es necesario que estas OBRAS se vendan copiosamente. Al imprimirlas amortizaremos la mayor parte del capital recaudado, y ellas tienen que producir el rédito ó renta de este capital... ¡No se diga nunca que hemos hecho una suscripción para costear libros muertos y estériles, que se pudran en los sótanos de las librerías, sino para poner en circulación y hacer fecundo en beneficios materiales y morales el caudal de ideas vivas, graciosas, bellas, consoladoras, edificantes, que Selgas legó á su familia y á su Patria!—Afanémonos, pues, hoy sus amigos y admiradores en la difusión y venta de estos prodigios literarios, tanto como nos hemos afanado en allegar medios para reimprimirlos.

P. A. DE ALARCÓN.

1.º de septiembre de 1882.

ESCRITORES Y POETAS
DE LA
AMÉRICA ESPAÑOLA

EL DR. D. JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO

X.

ESTADO DE NUESTRA POESÍA LÍRICA AL APARECER OLMEDO

Con el advenimiento de la dinastía borbónica se introdujeron en España, y comenzaron á prevalecer en nuestras producciones literarias de toda especie, las máximas y el gusto del clasicismo francés. Pero al tiempo mismo que aquí se consolidaban y difundían esas doctrinas, torciendo el rumbo á la genial inspiración española, empezaban á experimentar en obras de sus adeptos cierta modificación esencial que alteraba un tanto su genuino carácter. Esto se deja ver, acaso más claramente que en ningún otro ramo de la literatura, en algunas composiciones líricas, y sobre todo en las de aquellos poetas que florecieron y brillaron más á fines del siglo anterior y principios del presente.

Ni los ingenios que siguieron desde luego con mayor decisión y ahinco el amanerado carril de la poesía francesa, deslumbrados por la novedad y figurándose que en imitar servilmente á nuestros vecinos consistía su mejor gloria, dejaron alguna vez de volver los ojos á los líricos españoles que brillaron tanto en la época tenida con harta razón por edad de oro de la poesía castellana. Sin pararnos á considerar el valor é importancia de las acaloradas controversias á que García de la Huerta dió margen con sus violentos desahogos contra el nuevo gusto extranjero, porque los críticos más notables

de aquellos días estimaban tales desahogos en favor de nuestros antiguos vates como fruto de la natural extravagancia del irascible autor de *Raquel*, vese confirmada mi observación con sólo recordar la índole privativa de la *Fiesta antigua de toros en Madrid*, de don Nicolás Moratín, y la de casi todas las poesías del agustiniano salmantino fray Diego González. Procuraba éste imitar en ellas con amorosa fidelidad el estilo del maestro León, y consiguió efectuarlo, si no tan hábilmente como dice Quintana (según el cual *sus versos se confunden á veces con los de aquel gran poeta*), de un modo bastante dichoso, en armonía con la índole peculiar de modelo tan extremado y castizo.

Aquellos que entre nosotros se lanzaron más decididamente á imitar á los clásicos franceses, esquivando la desvariada libertad de Góngora y sus discípulos, no tardaron mucho en caer en el extremo opuesto. Por huir del revesado y altisonoro lenguaje de los cultoranos, que á tan desdichado punto habían traído la expresión del pensamiento en los albores del siglo XVIII; proponiéndose dar á su estilo la elegante sencillez y estudiada medida que era en ocasiones como principal distintivo de sus modelos transpirenaicos, incurrieron en el grave error de mirar con censurable desdén la amena variedad, la riqueza y gallardía en giros y frases del lenguaje propio de nuestras musas, formado ó realzado por los insignes cantores del siglo que glorificaron con inspiraciones excelentes un Garcilaso, un Francisco de la Torre, un León, un Herrera, un Lope de Vega, y el mismo Góngora cuando no desatinaba. Buscando ante todo en la forma expresiva de la inspiración poética lo natural y razonable, dieron con lastimosa equivocación en lo prosaico y pedestre.

De esta enfermedad no se libraron por completo, á pesar de sus estimables dotes, ni el fabulista riojano D. Félix María Samaniego, ni el afortunado imitador de La Fontaine, ni el discretísimo autor de las *Fábulas literarias*, D. Tomás de Iriarte. Tanto se llegó á ofuscar en ese punto la imaginación de los aficionados ó cultores de la poesía, que al publicar en Madrid sus famosas *Odas*, por los años de 1784, el bueno de D. León Arroyal, creía con ingenuidad candorosa que las había compuesto *sin perder de vista* «á Píndaro, Anacreonte, Horacio, Catulo, Boecio y los mejores de nuestros poetas,» calumniándolos inocentemente al tenerlos por remotos é indirectos inspiradores de versos como los que siguen. El autor se propone ensalzar la creación de nuevas poblaciones en Sierra Morena, decretada por Carlos III, y apostrofa así á la Sierra:

«Ásperas peñas, encumbrados cerros,
 Cercados de espesuras y de horrores,
 Desierto el más temible,
 Capa de tantos yerros,
 Asilo fuerte de los malhechores;
 No há muchos años que te ví insufrible,
 Infestada de fieras y ladrones,
 Contando en tí las muertes á millones,
 Y hoy te miro poblada
 Con aquella maleza disipada:
 Hoy en tí la justicia,
 Cuando antes dominada de malicia:
 Hoy jardín delicioso,
 Cuando ayer un desierto temeroso:
 Ayer Sierra Morena infructuosa,
 Y hoy sierra clara, amena y deleitosa.
 Confuso me he quedado
 Al verte cual te veo,
 Y sólo, sólo creo,
 Que ó Dios con su poder esto en tí ha obrado,
 Ó el gran Carlos Tercero te ha poblado.»

De tal manera comprendían el vuelo pindárico, el arrebató lírico de la oda muchos de los que entonces se apellidaban poetas, y en tan desmayado y ramplón estilo se figuraban que consistía la majestad y sencillez de la verdadera expresión clásica. Á separarla de tan mal camino consagraron nobles esfuerzos Jovellanos, Meléndez, Cienfuegos y varios más, habiendo logrado el segundo, nacido diez años después que Jovellanos y otros diez antes que Cienfuegos (1), sobreponerse á todos en el aplauso común, y obtener de sus contemporáneos el envidiable título de *restaurador de la poesía castellana*.

Como no se trata de hacer aquí, ni fuera posible en tan breve espacio, la historia de esa poesía durante el siglo pasado y primer tercio del presente, sino de dar alguna idea de sus principales vicisitudes, para poder apreciar con mayor acierto con quién y hasta qué punto concuerdan en índole y genio las composiciones líricas de Olmedo, excuso detenerme en este asunto. Esa historia está ya escrita con profunda erudición y seguro dictamen por el ilustre aca-

(1) D. Gaspar Melchor de Jovellanos nació en la villa de Gijón el día 5 de enero de 1744; D. Juan Meléndez Valdés en Ribera del Fresno, provincia de Extremadura, á 11 de marzo de 1754, y D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos en Madrid el 14 de diciembre de 1764.

démico D. Leopoldo Augusto de Cueto. Añadiré, no obstante, recordando algo de lo que él dice, que «en una civilización literaria que vivía más de reflejo que de luz propia,» Meléndez «fué y debió ser recibido con admiración y hasta con sorpresa,» porque, «sus perfecciones relativas, y hasta su mérito absoluto, eran grandemente adecuados para cautivar entonces la atención pública.» Con efecto, cuando en alas del poderoso é insensato imperio de la moda había llegado á dominar en las regiones de la inspiración poética el enervante prosaísmo de Salas, Montengón, Silva, Pichó, Arroyal y tantos otros, ineludible resultado de la servil imitación á que rendían ciego tributo y de su errada manera de comprender lo que debe entenderse por gusto clásico, la aparición de un poeta de la amenidad y soltura de Meléndez, en quien el lenguaje era tan culto, la versificación tan fácil y el primor descriptivo *todo color, abundancia y gentileza* (según el acertado parecer de Cueto), no podía menos de causar honda impresión y de acabar para siempre con el increíble dominio de aquella moda irracional, llamada inevitablemente á ser efímera y pasajera.

A la escuela de Meléndez, que produjo desde luego tan buenos frutos, siguió inmediatamente otra nacida de sus mismas entrañas, pero de temperamento más varonil y fogoso. De ella dice D. Miguel Antonio Caro que «no es salmantina, ni sevillana, ni peninsular siquiera, sino hispana en toda la extensión de la palabra; clásica en las formas, pero animada de un espíritu revolucionario que trasciende á las formas mismas y las innova.» El ilustre colombiano tiene acertadamente á Cienfuegos por verdadero precursor de tal escuela, y á Quintana, que según él «dió forma determinada y prestigioso esplendor á aquel género de ideas y á aquel nuevo estilo de cantar,» por su figura culminante.

Con el predominio de esa escuela coincidió la aparición de Olmedo en el campo literario.

XI.

COMPOSICIONES POÉTICAS DE OLMEDO.—CARÁCTER QUE LAS DISTINGUE.

El poeta de Guayaquil, de quien se ha dicho con exactitud que en sus cartas y en otros documentos que se conservan de su pluma propende natural é invenciblemente al lirismo, y que su estilo es el

de un hombre que piensa en verso (1), compuso pocos en sus sesenta y tres años de vida. Sólo nueve composiciones de él incluyó en la *América poética* D. Juan María Gutiérrez, viviendo aún el autor; y cuando al año de haber dejado éste de existir, el mismo Gutiérrez dió á luz en Valparaíso una edición más completa de las poesías de Olmedo, no logró reunir y publicar número mayor de catorce (2). Del opúsculo donde en 1861 recogió Corpancho algunas *poesías inéditas* del vate de Guayas no tengo otra noticia que las que da el *Repertorio colombiano*, quien no dice cuántas sean aquéllas, y sí que apenas merecen atención, excepto la que se titula *A un árbol*. Añadiendo ésta á las que contiene la edición suelta de Valparaíso, reimpressa incorrectamente en París por D. Ignacio Boix y Compañía en 1853, llegan á quince las obras poéticas de aquel peregrino ingenio de que tenemos noticia exacta, sin contar con que las ediciones de Gutiérrez y de Boix estampan también bajo un mismo epígrafe las epístolas segunda y tercera del *Ensayo sobre el hombre*, del cual no se había coleccionado anteriormente más que la primera.

Del carácter que distingue á las poesías de Olmedo hay varias y hasta encontradas opiniones: citaré las más importantes y expondré luego la mía con entera imparcialidad, sintiendo mucho no conocer directamente la de D. Juan León Mera, grande admirador de nuestro poeta, por no haber logrado hallar en parte ninguna su *Ojeada sobre la poesía ecuatoriana*.

El Sr. Torres Caicedo se expresa de este modo en el tomo primero de sus *Ensayos biográficos*:

«Todo se halla en las poesías de Olmedo: inspiración, fuego, sentimiento, profundidad, elevación, delicadeza, cultura y riqueza de lenguaje, armonía. En ellas campean las galas y flores más bellas de la imaginación, las más sabias máximas de una sana filosofía y los principios de la moral cristiana. Si el estilo es el hombre, como dice

(1) Frases de D. Miguel Antonio Caro.

(2) Son las siguientes: *Victoria de Junín*.—*Canción indiana* (inédita).—*Ensayo sobre el hombre, por Pope* (epístolas I, II y III).—*A un amigo en el nacimiento de su primogénito* (Lima, 1817).—*Oda á Horacio*, XIV del libro I.—*En la muerte de mi hermana*, soneto (1842).—*Alocución pronunciada por la actriz D.^a Carmen Aguilar en el nuevo teatro de Guayaquil, en la noche de su apertura, 20 de agosto de 1840*.—*Al General Flores, vencedor en Miñarica* (1835).—*Mi retrato* (Lima, 1808).—*Para un álbum*.—*En la muerte de María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias* (Lima, mayo, 1807).—*Fragmento del Anti-Lucrecio* (1816).—*Alfabeto para un niño*.—*Inscripción para el teatro de Lima*.

Buffón, Olmedo está reflejado, vaciado en sus escritos: en ellos se exhibe el poeta, el filósofo, el cumplido ciudadano.»

Menos apasionados y entusiastas, los Sres. Amunáteguis discurren de esta manera en su laureado *Juicio crítico*:

«Todo en él es pensado; todas sus producciones llevan el sello visible de la lima. Olmedo es lo que se llama un poeta verdaderamente clásico. Tiene más habilidad que inspiración, más ciencia que pasión. Es gobernado, no por el arrebató poético, sino por el cálculo de los efectos que pueden producir ciertos procedimientos. Pone en juicio una táctica poética, como un General emplea la estrategia. Arregla las figuras, las comparaciones, los pensamientos, según un plan meditado con mucha detención. Coloca aquí un apóstrofe, allá una máxima; por un lado una antítesis, por otro una exclamación; prepara la venida de una reflexión profunda por medio de una descripción amena y florida; toma la precaución de colocar junto á los tintes oscuros, otros más suaves para diversificar las impresiones; procura que las palabras tengan armonía imitativa correspondiendo á los sonidos, movimientos y afectos que ellas expresan; en una parte amontona las erres, destierra de otras las consonantes. Hace con sus ideas y con sus frases lo que hace un General con sus cañones, sus caballos y sus hombres. Pero todo eso lo ejecuta con talento; sabe su arte con perfección; es un Sucre, un San Martín, un Bolívar en la poesía.»

Á estos diversos pareceres cumple agregar el autorizadísimo de Caro, persona de vasta y sólida instrucción, crítico sagaz desnudo de engañosas preocupaciones, castizo escritor en prosa, elegante poeta y versificador, apto, en fin, como muy pocos para conocer y aquilatar el mérito de toda producción literaria. Refiriéndose al vate del Guayas en el precioso estudio que publicó acerca de él en el *Repertorio Colombiano* (1), dice que era de escuela clásica *genuinamente española*, y añade:

«No sólo por la peculiaridad de su gusto, por su castiza y briosa versificación, sino también por las ideas filosóficas y sentimientos revolucionarios, es evidente que Olmedo procede de la escuela literaria presidida por Quintana. Y esas ideas y sentimientos no distan sino un paso de la exaltación patriótica á que se entregó el cantor de Junín.»

(1) Tomo II, perteneciente al año de 1879.

En otro lugar escribe: «Empapado en la lectura de los clásicos latinos, familiarizado con sus pensamientos, revolviendo de continuo en la memoria sus frases, veníansele éstas á la pluma como expresión de sus propias ideas. No se explican de otro modo las reminiscencias clásicas en que abundan sus escritos, aun aquellos que debió trazar muy de ligero. No las solicita; le persiguen ellas. Parece, sobre todo, identificado con Horacio.»

Y más adelante: «El dialecto poético, que era en Olmedo casi habitual lenguaje, difiere en mucho del usual y corriente, y lo que es desusado y raro se confunde y equivoca con lo antiguo. En las literaturas de origen latino hay una poesía culta de aristocráticas tradiciones, y una poesía popular: cada cual tiene su mérito respectivo, y no deben juzgarse por unos mismos principios. Olmedo es de la escuela de Quintana, y esta escuela pertenece á la nobleza de la sangre.»

Refutando algo de lo expuesto por los distinguidos críticos chilenos en el párrafo que he transcrito arriba para dar á conocer su dictamen, Caro establece una doctrina que importa mucho recordar, porque me parece incontrovertible. Hé aquí sus palabras: «Cuando los citados críticos concedieron á Olmedo ciencia y no pasión, anduvieron—y permítannos aquellos ilustrados escritores que les apliquemos invertida su frase—más apasionados que científicos. Es un error, á nuestro juicio, pensar que la originalidad y la imitación viven reñidas y divorciadas. Cabe cierta originalidad aun en una traducción, cuando el traductor, calentando la fantasía al contacto de los pensamientos que traslada, los interpreta con sentimiento y los expresa con novedad. Pues qué, ¿si se trata de un breve poema, en que las imitaciones, aunque frecuentes, son adornos accesorios! Nadie imitó con más originalidad que Olmedo; nadie tuvo mayor originalidad en el estilo, sin vulnerar la propiedad del lenguaje ni emanciparse de las tradiciones de escuela. Y error es, aún más notable, confundir la inspiración con el escribir precipitado é irreflexivo. Rara vez un verdadero poeta fué también improvisador. Por aquella teoría excluiríanse del número de las obras inspiradas (poéticamente hablando) cuantas se escribieron conforme á cierto plan preconcebido ó con alguna lógica disposición de partes.»

Vemos, pues, que entre los mismos críticos americanos de mayor fuste hay divergencia de opiniones acerca del valor real de las poesías de Olmedo; y que mientras Torres Caicedo pone al poeta en

las nubes considerándolo intachable, los Sres. Amunáteguis le encuentran tachas, suponiéndolo más artificioso que espontáneo, más calculador y habilidoso que de inspiración arrebatada y sentida. Claro está que aun estos mismos reconocen, como no podía menos de suceder tratándose de personas discretas é ilustradas, la gran importancia de Olmedo y el alto lugar que ocupa entre los líricos de la América del Sur; pero el hecho es que por una ú otra causa le niegan dotes meritorias que indudablemente poseía. En mi humilde opinión, Caro es quien lo juzga con mayor tino y con más severa imparcialidad, acertando como ningún otro á justipreciar las calidades que lo avaloran, determinando con bastante exactitud la índole de su inspiración poética, y poniendo de bulto lo que realmente significa en el vasto cuadro de la poesía española del presente siglo.

Olmedo procede, sin duda, de la escuela poética de Quintana. Al asegurarlo así, el erudito colombiano da en el verdadero punto, sobre todo si nos fijamos en lo que constituye la esencia y el ideal á que propenden las mejores composiciones líricas de ambos ingenios. En cuanto á la forma, esto es, á la pureza del lenguaje, á la gallardía de la dicción, al modo de versificar, el vate de Guayaquil (aunque Caro no lo note ni se lo figure, antes bien se incline á pensar de otro modo) está más cerca de la elegante y jugosa corrección de Gallego que de la un tanto seca majestad de Quintana. Con quien apenas tiene que ver es con Meléndez, al que llamaba en 1808, en versos que ya he citado, «Mi amor y mi embeleso.»

XII.

«LA VICTORIA DE JUNÍN; CANTO Á BOLÍVAR.»

A esta composición debió Olmedo en América y ha debido principalmente en Europa su fama de insigne poeta. Natural es, por tanto, que me fije en ella antes que en las demás suyas, y que complete aquí la historia de esa celebérrima poesía, sobre la cual ya he dicho algo en las *noticias biográficas* del autor.

Para mostrar el entusiasmo que despertó en nuestro poeta la victoria de Ayacucho, reproduje allí la carta que Olmedo dirigió al Libertador felicitándole por tan señalado triunfo, y algunos renglones de otra fechada en Guayaquil á 31 de enero de 1825 relativos á

la recomendación que Bolívar le había hecho de cantar las glorias del ejército americano. Á lo copiado en aquel lugar debo añadir aquí estos otros párrafos de dicha epístola, concernientes á la poesía de que se trata: «Aseguro á V. que todo lo que voy produciendo me parece malo y profundísimamente inferior al objeto. Borro, rompo, enmiendo, y siempre malo. He llegado á persuadirme de que no puede mi musa medir sus fuerzas con ese gigante. Esta persuasión me desalienta y resfría. Antes de llegar el caso estaba muy ufano, y creí hacer una composición que me llevase con V. á la inmortalidad; pero venido el tiempo me confieso no sólo batido sino abatido. ¡Qué fragosa es esta sierra del Parnaso, y qué resbaladizo el monte de la gloria!—Apena tengo compuestos cincuenta versos: el plan es magnífico. Y por lo mismo me hallo en una doble impotencia de realizarlo... Usted dirá que yo soy sumamente ambicioso de gloria bajo la apariencia de despreciarla. Yo no sé si V. se engaña... pero mi actual desaliento proviene de que me ha llegado á dominar la idea de que nada vulgar, nada mediano, nada mortal es digno de este triunfo. Yo no amo tanto la gloria como detesto la infamia. ¿Y qué responderé yo si alguno me dice al leer mi oda, «si te hallabas sin fuerza para esta empresa, ¿para qué la acometiste? ¿Para deslustrar su resplandor? Más ganaría callando.» Mi querido señor, dígame usted, ¿qué responderé yo entonces?

»¿Usted ve estas humildades? Pues aguarde V. un poco, y verá lo que son los poetas. Usted me prohíbe expresamente mentar su nombre en mi poema. ¿Qué, le ha parecido á V. que porque ha sido dictador dos ó tres veces de los pueblos, puede igualmente dictar leyes á las Musas? No señor. Las Musas son unas mozas voluntariosas, desobedientes, rebeldes, despóticas (como buenas hembras), libres hasta ser licenciosas, independientes hasta ser sediciosas.—Yo no debo dar á V. gusto por ahora: y no debo, por muchas razones; la primera y capital es porque no puedo. Ya tengo hecho mi plan con un trabajo imponderable; ya tengo medio centenar de versos:—ya no puedo retroceder. Sucre es un héroe, es mi amigo, y merece un canto separado: por ahora bastante dosis de inmortalidad le cabrá con ser nombrado en una oda consagrada á Bolívar. En fin, déjeme usted, por Dios, y no venga á ponerme una traba que me impediría, no digo volar ó correr, pero aun andar. Déjeme V. Si á V. no le gusta que le alaben, ¿por qué no se ha estado durmiendo, como yo, cuarenta años? Sin embargo, me atrevo á hacer á V. una intimación tremenda: y es que si me llega el momento de la inspiración y pue-

do llenar el magnífico y atrevido plan que he concebido, los dos, los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad. Si por desgracia no llegare el *cuarto de hora feliz*, entonces me contentaré con el placer (porque los placeres suplen muy bien todas las cosas) de ver la América libre y triunfante, con recordar el nombre de su Libertador, y con hacer cariños á mi Virginia en mi filosófica oscuridad» (1).

Poco después, el 15 de abril de aquel mismo año, escribía Olmedo á Bolívar sobre el propio asunto: «Mi canto se ha prolongado más de lo que pensé. Creí hacer una cosa como de 300 versos, y seguramente pasará de 600. Ya estamos en 520; y aunque ya me voy precipitando al fin, no sé si en el camino ocurrirá dar un salto ó un vuelo á alguna región desconocida. No era posible, mi querido señor, dejar en silencio tantas cosas memorables, especialmente cuando no han sido cantadas por otra musa.—He padecido una fluxión que ha estado de moda; he tenido un mal-parto; es decir, que he perdido como un mes: y cuando hay tos, no está dispuesto el pecho para cantar. Haré toda fuerza de vela para remitir á usted en el correo que viene mi composición, sea como fuere» (2).

Terminada al cabo la composición; copiada y remitida al ilustre caudillo quince días después de escritos los anteriores renglones, Olmedo se creyó obligado á explicar minuciosamente á Bolívar el pensamiento que se había propuesto desarrollar, y á darle razón de los medios y recursos empleados para conseguirlo. Hízolo así en carta de 15 de mayo, hacia la cual llamo la atención de los aficionados á estos curiosos estudios. La estimo tan interesante, que no puedo menos de copiar los párrafos que se refieren á *La Victoria de Junín*. Dicen de este modo:

«Ya habrá V. visto el parto de los montes. Yo mismo no estoy contento de mi composición, y así no tengo derecho de esperar de nadie ni aplauso ni piedad. Buena desgracia ha sido que en más de dos meses no haya tenido dos días de retiro, de quietud, ni de abstraimiento de toda cosa terrena para habitar en la región de los espíritus. Cuando el entusiasmo es interrumpido á cada paso por atenciones impertinentes, no puede inspirar nada grande, nada extraordinario: feliz quien en tal situación no se arrastra. Pero cuando el entusiasmo se sostiene y está desembarazado por algún tiempo

(1) *Repertorio Colombiano*; t, II, págs. 291 y 92.

(2) *Id. id.*, pág. 293.

de toda impresión extraña, nunca deja de venir el momento de los milagros. En el primer caso, la musa va corriendo por los valles, ó trepando por las montañas; va registrando los árboles, los lagos y los ríos; su viaje es largo y quizás fastidioso. En el segundo, no: tiende sus alas, remonta el vuelo, desdeña la tierra, salva los montes, visita el sol, abre los cielos, y si le place se hunde á los infiernos un instante para suspender el lloro y los tormentos de los condenados. Yo me he visto en el primer caso; así mi canto ha salido largo y frío, ó lo que es peor, mediocre. Quizá si hubiera podido retirarme al campo quince días, habría hecho más que en tres meses; habría espiado el momento feliz, y sólo en trescientos versos habría corrido un espacio mucho mayor del que he corrido en ochocientos. Devuelvo, cedo y traspaso la parte de inmortalidad que me prometí al principio. Triunfe V. sólo.

»Cuando yo amenacé á usted con arrebatarle parte de su gloria, usted me tendría por un jactancioso; pero como mi jactancia á nadie dañaba, no tengo necesidad de hacer explicaciones sobre este punto. Mas cuando yo dije á usted que el plan que había concebido era grande y sublime, usted quizá lo creería; y como al leer mi poema, usted puede creerme mentiroso, me veo precisado á vindicarme.

»Mi plan fué éste. Abrir la escena con una idea rara y pindárica. La Musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido; en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue á los combatientes, se mezcla entre ellos y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero en medio de la fiesta una voz terrible anuncia la aparición de un Inca en los cielos. Este Inca es Emperador, es sacerdote, es un profeta. Este, al ver por primera vez los campos que fueron el teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín, y anuncia que no es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.

»Como el fin del poeta era cantar sólo á Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto sin anunciar la segunda victoria, que fué la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han mentado los nombres del General que manda y vence y de los jefes que se distinguieron, para dar ese homenaje á su mé-

rito y para darles desde Junín la esperanza de Ayacucho que debe servirles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca deseando que no se restablezca el cetro del imperio, que puede llevar al pueblo á la tiranía. Exhorta á la unión, sin la cual no podrá prosperar la América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la Libertad fundará su trono entre nosotros y esto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe será unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riquezas, respetado por su poder.

»Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del Sol, que rodean al Inca como á su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del Sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin, describen el triunfo que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfador va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha va precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por los jefes vencidos, etc.

»Este plan, mi querido señor, es grande y bello (aunque sea mío). Yo me he tomado la libertad de hacer este análisis, porque temo que á pesar de la perspicacia de V., V. no conociera toda la belleza de la idea ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto. Dispénsame V., pues: porque yo, descontento de la ejecución, me contento con la bondad del plan, y quisiera fijar las mientes de todos en esto sólo para evitar la infamia de cualquier modo.

»¿Quiere V. saber hasta dónde van los ardides del amor propio? Pues sepa V. que en la desgracia de no haber hecho una cosa tan buena, me consuelo con la idea de que yo podía hacer algo mejor.

»Deseo que V. me escriba sobre esto con alguna extensión, diciéndome con toda franqueza todas las ideas que V. quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de V., porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición; y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de V.» (1).

(1) *Repertorio Colombiano*; t. II, págs. 294, 95 y 96. En esta misma carta habla Olmedo de estar ya haciendo en Guayaquil una edición de su oda que podría servir de modelo á la que se hiciese en Lima.

La respuesta no se hizo esperar, y corrobora la especie apuntada ya en mi bosquejo biográfico de Olmedo relativa á la educación literaria del Libertador y á su aptitud para representar á un tiempo mismo el papel de Augusto y el de Mecenas.

Antes que esta última carta llegase á manos de Bolívar, habíase apresurado el famoso caudillo á manifestar su gratitud al poeta y á comunicarle su primera impresión respecto á la *oda* que acababa de recibir sin aditamento de comentarios ú observaciones. Aquel generoso espíritu sobre el cual pesaban á todas horas los más abrumadores cuidados, escribía desde Cuzco á Olmedo el 27 de junio: «Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de usted y un poema: las cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro: usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín: V. se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter: de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ajax; de Miller un Diómedes, y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina ó heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace á su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, V. nos eleva con su deidad mentirosa, como la águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros: V., pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado en el abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, V. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenon, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno, y V. no fuese tan poeta, me avanzaría á creer que usted había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no lo creo. Usted es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico á lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de V. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto de fa-

cistol de Boileau. Por todo doy á V. las gracias, penetrado de una gratitud sin límites» (1).

Estas palabras del Libertador atestiguan su ilustración y buen sentido. Pero donde más se dejan ver una y otro es en la carta de contestación á las observaciones de Olmedo concernientes á su poesía, fechada en Cuzco á 12 de julio de 1825. Dice así:

«Mi querido amigo: Anteayer recibí una carta de V. de 15 de mayo, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque V. se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, V. se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que V. ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano á quien hicieron rey en una comedia y decía: «ya que soy rey haré justicia.» No se queje V., pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio daré palo de ciego, por imitar al rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

»He oído decir que un tal Horacio escribió á los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas; y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar á cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

»Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinión los merece bien, y prepárese usted para oír inmensas verdades, ó por mejor decir verdades prosaicas, pues V. sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré mis maestros.

»Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: ó yo no tengo oído musical ó son... ó son renglones oratorios. Páseme V. al atrevimiento; pero V. me ha dado este poema, y yo puedo hacer de él cera y pábilo.

»Después de esto, V. debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que V., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

(1) *Repertorio Colombiano*; t. III, pág. 146.

»El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

»Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra á los demás personajes. El Inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente á la religión que le destruyó; y menos parece propio aún, que no quiera el restablecimiento de su trono, para dar preferencia á extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa á V. nadie. La naturaleza debe presidir á todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá V. que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga á la Reina Isabel: y ya V. sabe que Voltaire tenía sus títulos á la indulgencia, y sin embargo no escapó de la crítica.

»La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte á la tierra, á atronar á los Andes que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Iliada: promete poco y da mucho. Los valles y la sierra proclaman á la tierra: el sonsonete no es lindo: y los soldados proclaman al General, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra.

»La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa, ¿para qué me ha hecho V. rey?

»Citemos para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

Que al Magdalena y al Rímac bullicioso.

»Y este otro 750:

Del triunfo que prepara glorioso...

»Y otros que no cito por no parecer riguroso é ingrato con quien me canta.

»La torre de San Pablo será el Pindo de V. y el caudaloso Támesis se convertirá en Helicon: allí encontrará V. su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicación de sus diablos á nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas V. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que

á la verdad no sabría cantar más que yaravís. Pope, el poeta del culto de V., le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caídas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. V. me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiese el autor de la Iliada, y usted sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida, después de nueve ó diez años de estarla engendrando: así, amigo, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica, ó mejor diré mis palos de ciego.

»Confieso á V. humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio lo arrebató á V. á los cielos. V. conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos: el rayo que el héroe de V. presta á Sucre es superior á la cesión de las armas que hizo Aquiles á Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes: aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín, se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que V. da á Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar, me acuerdo de Homero cantando á su amigo Mentor: aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante; y por otra parte, ¿no será Lamar un Mentor guerrero?

»Permítame V., querido amigo, le pregunte: ¿de dónde sacó usted tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de V. al campo es pindárica, y á mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina.

»Siga V., mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las Musas con la traducción de Pope y el Canto á Bolívar.

»Perdón, perdón, amigo; la culpa es de V. que me metió á poeta.

»Su amigo de corazón, BOLÍVAR» (1).

Hallazgo precioso ha sido el de estas dos cartas del Libertador, cuya pérdida lamentaba Caro en abril de 1879 por lo curioso que sería oír á un Aquiles juzgando á su Homero, y por tratarse de la mejor poesía que, en su opinión, ha dictado en el suelo americano

(1) *Repertorio Colombiano*; t. III, págs. 147, 48 y 49.

la musa del patriotismo. Afortunadamente la sentida lamentación del literato de Colombia hubo de llegar á oídos del Sr. D. F. P. Icaza, el cual, estimulado por ella, acudió al archivo de D. Martín Icaza (suegro de Olmedo, según Caro) donde las encontró, no originales, sino en copias que inmediatamente sacó á luz en *Los Andes* de Guayaquil. Apresuróse Caro á reimprimirlas en el *Repertorio*, ansioso de allegar documentos relativos á la *crónica secreta* de la famosa oda (gustada y admirada de los amantes de lo bello en todos los pueblos de ambos mundos que hablan lengua castellana), y gracias á él podemos apreciar aquí los frutos que daba, hasta en hombres no consagrados al cultivo de las letras, la semilla que nuestros preceptores y maestros arrojaban en el alma de la juventud á principios del siglo actual (1).

Como el poeta hizo en su *canto* varias alteraciones y correcciones antes de reimprimirlo en Londres y en París el año de 1826, y veinte años después lo retocó de nuevo para incluirlo en la *América poética*, no es fácil apreciar bien el fundamento de algunos reparos de Bolívar tocantes al estilo y á la versificación. De lo que sí tenemos cabal idea, por boca de Olmedo mismo, es de su réplica á las improvisadas y discretas observaciones que á instancias suyas le envió el héroe principal del poema. Gracias al Sr. Torres Caicedo se conoce esa réplica, dirigida al libertador en carta fechada en Londres á 19 de abril del dicho año 26. La inserto al pie textualmente, como último documento indispensable para completar el cuadro que me propuse trazar.

«Todas las observaciones de V. sobre el canto de Junín (escribía Olmedo á Bolívar) tienen; poco más, poco menos, algún grado de

(1) He dicho en otro lugar que Bolívar vino á España á terminar y perfeccionar su educación. Efectivamente, á los quince años y medio salió con tal objeto de Venezuela; y después de haber tocado en Veracruz, aprovechando la ocasión para visitar la capital del antiguo imperio de Motezuma y conocer las ciudades de Jalapa y Puebla, hizo escala en la Habana, y arribó al cabo á nuestra Península, donde tomó puerto en Santoña. Llegado á Madrid, su curador el Marqués de Ustáriz le aficionó al estudio, que hasta entonces había descuidado un poco, y formó en gran parte el espíritu del futuro Libertador. Asegúralo así el biógrafo Larrazábal, nada amigo de España ni de los españoles. Insisto en lo que debió Bolívar á la educación española, por la reiterada injusticia con que algunos americanos maldicen del atraso de nuestra enseñanza en las colonias y en la metrópoli. ¡Como si no estuviesen ahí para desmentirlos las obras de los insignes escritores y poetas de aquellas regiones (Olmedo y Bello entre otros), educados y formados en la época de nuestra dominación!

justicia. Usted habrá visto que en la fea impresión que remití á usted se han corregido algunas máculas que no me dejó limpiar en el manuscrito el deseo de enviar á V. cuanto antes una cantinela compuesta más con el corazón que con la imaginación. Después se ha corregido más y se han hecho adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Lejos de mi Patria y familia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no, señor, no era la ocasión de templar la lira.

»El canto se está imprimiendo con gran lujo, y se publicará la semana que entra; lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia, y una lámina que representa la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

»Una de las razones que he tenido, á más de las indicadas, para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar á paladares delicados y difíciles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una doble razón, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho, si él amase menos al héroe y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores han hecho y publicado análisis sobre esa composición; y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi Musa estaba con mi Patria.

»Todos los capítulos de las cartas de V. merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento de un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poema lírico? Toda la naturaleza es suya: ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de V. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, que se les cae la pluma de la mano. Por otra

parte, confieso que si se cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladrón. El exabrupto de las obras de Pindaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba á Horacio.

»Quería V. también que yo buscara un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con V.? Aquél triunfó de una facción, y V. ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío, me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, si esas obras han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera á media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!...» (1)

Conocidas ya todas las piezas importantes del proceso histórico-literario-confidencial relativo al célebre poema de Olmedo, examinémoslo directamente para ver hasta qué punto merecen crédito las censuras ó defensas que aquéllas contienen. Pero ese análisis de *La Victoria de Junín*, aunque será lo más breve posible, exige capítulo aparte.

MANUEL CAÑETE.

(1) TORRES CAICEDO: *Ensayos biográficos*, t. I, págs. 126, 27 y 28.

CARÁCTER

DE

LOS CONCEPTOS MATEMÁTICOS

IV Y ÚLTIMO.

Afirmar que la Óptica nada debe al método racional, que ni una sola de sus leyes ha sido descubierta *à priori* aplicando las fórmulas matemáticas, vale tanto como destruir de un golpe toda la historia de esta rama importantísima de la Física en los tiempos modernos. Los nombres más ilustres, las más transcendentales teorías, los esfuerzos más colosales del ingenio humano vuelven á la nada porque así conviene á las sistemáticas afirmaciones de una escuela que, proclamando el imperio de los hechos, comienza en este caso concreto por desconocerlos y negarlos.

Toda la Óptica moderna pudiera sintetizarse, al menos simbólicamente, en estos tres términos:

- 1.º *Un experimento*, ó una serie de experimentos análogos: los que se refieren al admirable fenómeno de las interferencias;
- 2.º *Una hipótesis*: la del éter y sus vibraciones;
- 3.º *La aplicación* inmediata del álgebra al movimiento vibratorio de este fluido: empresa maravillosa que acomete Fresnel, en que Cauchy, el gran matemático francés, realiza prodigios, y que prosiguen sin descanso sus ilustres sucesores.

Dada la hipótesis primera, las fórmulas penetran con tal potencia deductiva en los fenómenos de la luz, que no sólo explican todos los hechos conocidos, sino que anuncian otros nuevos, los preceden y los afirman contra la experiencia misma.

¿Por ventura algún físico había observado el fenómeno de la *refracción cónica* en los cristales de dos ejes, cuando Hamilton, estudiando la superficie de la onda, es decir, el más sutil de los

idealismos matemáticos, y en esa superficie ciertos puntos singulares, sutileza de sutilezas, y aplicando al estudio de toda esta máquina nuevos algoritmos de pura abstracción, que se llaman ecuaciones, anunció sin otro motivo, ni otra prueba *el hecho*, que aun *no era hecho* conocido, de ciertas coronas luminosas?

No en verdad; y aun anunciado el fenómeno, se resistía la experiencia, cuando Lloyd, á invitación del ilustre Hamilton, ensayó un nuevo cristal de *aragonita* de dimensiones suficientes; y como en el cielo encontró Galle el planeta anunciado por Le Verrier, en el campo modesto de la masa cristalina, cielo diminuto tan prodigioso como el de los espacios, pudo al fin ver Lloyd la corona luminosa que Hamilton, trazando unos planos tangentes en un punto cónico, había visto con el auxilio de esas fórmulas que ciertos positivistas declaran impotentes y vacías.

Pero hay más, y es más admirable aun la profecía del inmortal físico inglés. De igual suerte que el astrónomo no se contentaba con anunciar la existencia del nuevo cuerpo celeste, sino que calculaba sin *verlo*, sin poder enfiar hacia él ni el antejo más modesto, sus elementos principales, así Hamilton calculaba el ángulo de incidencia, que debía corresponder á la refracción cónica interior, de cuyo cálculo deducía esta cifra $15^{\circ}-19'$. Pues bien, la experiencia posteriormente determinaba esta nueva cifra $15^{\circ}-40'$. Medía, por decirlo así, en sus fórmulas, lejos de la realidad y de sus leyes, sin más cristales ni más rayos de luz que los de la imaginación; medía, repetimos, en sus algoritmos algebraicos y geométricos el inmortal explorador de lo invisible, *la abertura* del cono luminoso, encontrando como valor teórico $1^{\circ}-55'$. Acudía la observación directa más tarde y determinaba este nuevo valor $1^{\circ}-50'$, que sólo difiere del precedente en *cinco minutos de ángulo*. ¿Puede darse comprobación más admirable de una teoría? ¿Puede existir prueba más patente de la maravillosa potencia de un método? Quien afirma que jamás de las fórmulas matemáticas se ha desprendido ni una ley, ni un fenómeno de la Óptica, ¿no demuestra, que ó desconoce de todo en todo la materia de que se ocupa, ó que pone en lamentable olvido lo que sobre estas cosas aprendió, si es que llegó á aprenderlas?

En el cielo, el planeta Neptuno; en el cristal de aragonita, el anillo luminoso de Hamilton, no son excepciones, caprichos de la casualidad, coincidencias fortuitas. Citamos estos hechos culminantes como ejemplos notabilísimos, y pudiéramos citar otros

muchos de igual valor. Todas las fórmulas de las vibraciones luminosas pueden considerarse como una *adivinación constante* de los fenómenos ópticos; y jamás se ha visto paralelismo más perfecto entre una teoría creada por el método matemático y una ciencia experimental; armonía más prodigiosa entre el sabio de las fórmulas y el sabio del gabinete; concordancia, en suma, más acabada entre la experiencia y el método *à priori*.

Pero aunque la óptica sea tal vez el terreno más sólido para batir las exageraciones de ciertos escritores, y las exageraciones de ciertas escuelas, que pretenden, ó empuqueñecer con exceso ó negar con insensata audacia la importancia del cálculo matemático en las ciencias físico-químicas, la verdad es que en toda la Física, en toda la Astronomía, y aun hoy en la Química, pueden encontrarse pruebas y ejemplos, que á los ya citados se agreguen, y los refuercen y extiendan, probando por manera clarísima que la ciencia moderna se compone de dos elementos inseparables: *la experimentación* como base y como piedra de toque permanente; las *matemáticas* como elemento de unidad y de síntesis. Sin aquélla, la ciencia se pierde entre hipótesis y fantasías; sin éstas es polvo disperso, hechos sin enlace, abrumadora muchedumbre de pequeñeces.

Ni un astro en el cielo, ni una ley óptica, ni un cuerpo en química han producido, dice alguien á quien ya nos referimos en el artículo anterior, las fórmulas matemáticas ó sus abstractos conceptos.

Neptuno en lo infinito de los espacios, Le-Verrier en lo infinito de su gloria, la refracción cónica allá en las profundidades del mundo infinitamente pequeño, Hamilton con su nombre inmortal han contestado por nosotros. Pero coloquémonos en las circunstancias más desventajosas; acudamos á la Química, ciencia que si bien concluirá por ser eminentemente matemática, hoy no lo es, y con ser embrionaria para las determinaciones *à priori* de sus leyes y de sus fenómenos, aun en ella encontraremos ejemplos que oponer á la rotunda negación de ciertos espíritus exclusivos.

Mendéléeff con sólo aplicar la *ley de la continuidad*, convertida por Lothar Meyer posteriormente en ley geométrica, ley que se resuelve en una curva cuyas abscisas son proporcionales á los pesos de los varios cuerpos simples, y cuyas ordenadas varían como los volúmenes atómicos; sólo con esto, repetimos, predice

la existencia de *un nuevo cuerpo elemental*, que ningún químico conocía, que jamás se había mostrado en ningún laboratorio, huésped fantástico de la razón, repulsivo á retortas, crisoles y campanas de cristal, que el insigne químico coloca desde luego entre el zinc y el arsénico, en una de las lagunas ó soluciones de continuidad de sus períodos atómicos, y al cual da atrevidamente la densidad 5,9 y provisionalmente el nombre de «ekaluminio.»

La experiencia llega después, á la zaga y con retardo; y Mr. Lecoq de Boisbaudran descubre el cuerpo anunciado, en el mismo punto químico de la serie que la curva marcó y con la densidad real 5,96, que sólo difiere en *seis centésimas* de la calculada *à priori*.

Estos tres nombres, los Le-Verrier, Hamilton y Mendéléeff exploradores *à priori*, y estos otros tres, Galle, Lloyd y Boisbaudran, que confirman la profecía racional, debieran inspirar mayor cautela á los que, exagerando la importancia indiscutible y decisiva, pero no única, del método práctico, anulan casi los grandes y fecundos puntos de vista del espíritu sintético y de la ley matemática.

Citar *más hechos* en prueba de nuestra afirmación, sería empeñarnos en que estos artículos no tuviesen fin: valgan como ejemplos insignes los ya citados, si es preciso valga todavía la Termoquímica, y volvamos á reanudar el interrumpido proceso de nuestras ideas sobre el carácter de los métodos y de los conceptos matemáticos.

No se nos oculta que algún positivista tenaz podrá oponer á todos los argumentos, que de los hechos citados se desprenden, esta observación, que de antemano reconocemos como exacta.

Las profecías científicas de Le-Verrier, Hamilton y Mendéléeff no hubieran pasado de meras hipótesis, si Neptuno en los espacios planetarios, el anillo de Lloyd en el campo cristalino de un pedazo de aragotina, y Boisbaudran con su gallium no hubiesen dado realidad á las creaciones abstractas y teóricas de los tres eminentes sabios. Es en último análisis *la realidad* la que prueba *la realidad* de las cosas; es la experimentación la que da carácter positivo á la ciencia; es el hecho el que hace constar el hecho y lo arranca del caos metafísico de las hipótesis racionales, para darle masa y peso, luz y densidad, camino y posición.

Nada tenemos que oponer á tales afirmaciones, que traducen en palabras el transcendental influjo del método práctico y el ca-

rácter positivo de la ciencia moderna. Pero éste es un aspecto de la medalla, y la medalla en su unidad material y sólida tiene dos caras; y tan abstracta, tan imposible en la realidad del cosmos queda suprimiendo la que representa los hechos, como negando la que simboliza su síntesis, su ley, su unidad matemática.

Y así los ejemplos que acabamos de citar prueban sin réplica posible tres cosas importantísimas:

Primera, que en la ciencia moderna la experiencia y el cálculo se dividen por mitad el campo y el sol, y si aquélla es necesaria, necesario es éste.

Segunda, que ninguna ciencia del mundo inorgánico puede constituirse con carácter definitivo, sin que los conceptos matemáticos le den leyes racionales y verdadera unidad; tendencia que hasta se hace extensiva á las ciencias biológicas y aun á las ciencias sociales a' canza.

Tercera, que las fórmulas analíticas y los principios geométricos pueden por sí, por su propia virtualidad, sin acudir á la experiencia, sin rozarse con nuevos hechos, descubrir fenómenos ignorados, determinar leyes desconocidas, y anunciar la existencia de cuerpos jamás vistos por el físico experimentador en las operaciones de su gabinete.

Pero aun se desprende otra consecuencia más importante para nuestro objeto, además de las tres indicadas, del estudio que precede.

Supongamos que los vaticinios de un Le-Verrier, de un Hamilton, de un Mendéléeff hubiesen quedado como meras lucubraciones sin consistencia real; que el cielo se negase á dar un nuevo astro cerrando sobre la nada sus interminables profundidades; que la refracción cónica no hubiese coronado con luminosa aureola el triunfo de un gran matemático; que, en fin, el gallium no figurase hoy en la lista de los cuerpos simples, dejando desairado y corrido al insigne químico ruso que lo profetizó; ¿el triple vencimiento quebrantaría ni en lo más mínimo la *fe racional* que el mundo entero, con inclusión de cuantas escuelas positivistas existen, presta á las leyes racionales, á los eternos moldes de la lógica, y á las fórmulas que los conceptos matemáticos preparan y elaboran? No ciertamente, y en el primero de nuestros tres ejemplos tenemos la prueba.

Le-Verrier trabajando sobre ciertos *datos experimentales* con una masa enorme de fórmulas, de métodos y de conceptos matemáticos, descubrió el planeta Neptuno.

Existe un nuevo planeta, dijo: nadie lo ve, pero allí está. Y tuvo razón, y el planeta acudió sumiso á la voz soberana de su dueño; y para los astrónomos, desde entonces, y no antes, traza la masa enorme su gigantesca trayectoria en los límites de nuestro mundo planetario. Hasta aquí el triunfo.

Pero Le-Verrier hizo más: *determinó elementos numéricos*; ¡prodigio de prodigios, en que la razón se abisma y en que el menor triunfo es triunfo inmenso! La longitud heliocéntrica en 1.º de enero de 1847 había sido calculada por el inmortal astrónomo con un error que no llegaba á *un* grado, y el astro apareció donde el cálculo había dispuesto que apareciese. Nuevo triunfo, que fué el último.

El último decimos, porque los demás elementos del nuevo planeta no concuerdan con los que arrojaron los cálculos de Mr. Le-Verrier. De manera que la teoría profética y la realidad práctica aparecen en este punto en la más absoluta contradicción; y hé aquí el momento de fijar las ideas y de examinar desapasionadamente las condiciones de este y de todos los problemas análogos, que en el campo de las ciencias físico-matemáticas hay que resolver de continuo.

Dos elementos distintos, el elemento *experimental*, que en este caso se reduce á datos de observación astronómica, y el elemento analítico, ó sea el *cálculo matemático*, empleó Mr. Le-Verrier para determinar numéricamente ciertas cantidades, como masa del planeta Neptuno, excentricidad, tiempo de la revolución y eje mayor de la órbita. Los resultados deducidos *à priori* no pudieron concordar con los de la observación directa, conocido que fué en el cielo el nuevo astro, y surge esta cuestión capital: ¿quién será responsable de los errores? ¿el elemento experimental, es decir, datos recogidos en anteriores observaciones, ó el cálculo y sus procedimientos? ¿ó acaso la responsabilidad deberá distribuirse por partes entre la experiencia y el análisis según determinada relación?

Pues jamás, á nadie se le ocurrió culpar al cálculo, ni á las fórmulas, ni á la pureza de las relaciones analíticas, ni á la exactitud absoluta de los conceptos matemáticos de la falta de concordancia final entre los resultados obtenidos y los valores observados. Toda la responsabilidad, la culpa toda recayó sobre el elemento experimental, sobre una ley empírica, sobre la serie de Titius, sobre la famosa ley de Bode, justificada prácticamente por los descubrimientos de Urano y de Ceres, y que resultó falsa para el planeta Neptuno. Pero si los conceptos matemáticos fuesen del

mismo orden y de la misma categoría que cualquier otro concepto experimental, hubiera sido preciso distribuir el error entre todas sus causas, atribuyendo determinados coeficientes á la observación anterior y á la serie de complicaciones analíticas que sirvieron al astrónomo francés para determinar masa, eje, excentricidad y período en el nuevo planeta.

Tal coeficiente de error probable para la serie de Titius; tal otro, muy pequeño, tan mínimo como se quiera, pero con cierto valor real, para este ó aquel teorema matemático de los que empleó el célebre astrónomo: esto era lo justo, y, sin embargo, el positivista que lo hubiera propuesto hubiera sido tratado con todos los miramientos debidos á la desgracia, pero con todas las precauciones aconsejadas por la demencia, y por el pronto la salida del observatorio á que llevara la nueva idea le hubiese sido franqueada liberal y gratuitamente.

En este y en todos los casos, el reparto de esos coeficientes de error está hecho *à priori* por la razón humana: todo el error carga desapiadadamente sobre la parte experimental, ni una infinitísima parte sobre el teorema de álgebra, de geometría ó de cálculo que haya podido aplicarse para la solución del problema.

Lo infalible, lo absoluto, lo impecable, para el concepto matemático.

El error, lo contingente, lo relativo para la parte experimental, comprendiendo en ella al experimentador mismo con sus *ecuaciones personales*, con sus falsas hipótesis, ó con sus aproximaciones insuficientes.

Pero eso decíamos al comenzar esta parte de nuestro árido trabajo, que las leyes matemáticas forjadas en las regiones abstractas de la razón, sin contar para nada con demostraciones experimentales, aunque quizás la experiencia sea enérgico y aun necesario despertador de ocultas energías, se imponían después á toda la ciencia experimental como necesarias, universales y absolutas, á manera de divinos moldes en que el mundo exterior estuviese contenido; moldes que tuviesen reproducciones fotográficas en las regiones misteriosas de nuestro cerebro.

En el interior brotan las leyes matemáticas y á lo exterior se aplican sin pedirle venia ni consejo: antes sería falsa la experimentación toda de todas las ciencias, que pudiera ser, no ya error, sino verdad aproximada, el teorema de Pitágoras. Como absoluto lo comprende y lo afirma la razón, y si no lo fuese, en otra más

alta y más perfecta razón, sería indispensable buscar las causas de su inesperada flaqueza, que la nuestra no puede funcionar de distinto modo que funciona, ni puede destruir las leyes fundamentales de su mecanismo.

Tan claro y tan evidente es esto que decimos, y que tal vez sin motivo esforcemos, que gran número de insignes positivistas, quizá los de más altura y los de más alcance, reconocen que los conceptos y las leyes matemáticas tienen un carácter de evidencia necesaria, de que jamás gozan los productos de la experimentación; reconocen aún que tales conceptos forman parte de nuestro organismo cerebral y que por esta causa se imponen con fuerza irresistible; y dan por lo tanto distinto valor y fuerza lógica distinta al hecho inmediato y diario, á la observación del momento, á las experiencias en que se ejercita nuestra actividad vital, que á los productos racionales que espontáneamente elabora nuestro cerebro.

Y esto ya es mucho, y esto en cierto modo nos da la razón, pues establece una diferencia irreducible entre lo empírico y lo racional.

Pero esto no es bastante.

Y no es bastante, porque las escuelas á que nos referimos, todavía fijan como fuente de los conceptos matemáticos y de los conceptos lógicos, la experiencia, el mundo exterior, el medio ambiente, los hechos tradicionalmente acumulados en la masa encefálica.

Según los escritores á que nos referimos, la diferencia que existe entre el concepto matemático y el concepto empírico, es en cierto modo la que existe á su vez entre el capital ya formado y el ahorro diario.

Las leyes lógicas y las leyes matemáticas *son aquél*: durante siglos, desde los primeros organismos, desde la masa gelatinosa que pudiera preceder á la primera celdilla, empezó una experimentación que fué acumulándose y transmitiéndose de unos seres en otros y que en el hombre llega á su grado máximo y á su más acabada perfección.

El hecho, la experiencia, lo contingente de hoy, en cambio, *son éste*; es decir, simbolizan el ahorro, germen del capital futuro, y mañana á su vez serán nuevas leyes racionales, con todos los caracteres de universalidad y absolutismo, si la palabra vale, que tienen hoy los conceptos matemáticos.

Sin ir al fondo de esta hipótesis, tan ingeniosa y quizás tan profunda como de quien es, porque asunto es éste que nos llevaría muy lejos, hagamos notar que es insuficiente, en el caso que nos ocupa, para ofrecer explicación satisfactoria de la enorme y radical diferencia, que á nuestro juicio existe, entre todo concepto matemático y cualquier hecho de pura observación ó cualquier ley de origen empírico.

Como el artículo, dada la materia y su escasa amenidad, va siendo largo, y como una discusión más profunda de este nuevo punto de vista nos obligaría á nuevas é interminables digresiones, forzoso es que condensemos nuestro pensamiento, y vamos á condensarlo en una sencilla y brevísima fórmula; mejor dicho, en un solo ejemplo.

¿Puede la razón humana comprender que el teorema de Pitágoras no sea cierto?

¿Puede comprender que el orden de los factores altere el producto?

No: sería renegar de sí, romper sus moldes, destruir su mecanismo, dejar de ser.

¿Puede, en cambio, la razón humana admitir que el Sol salga por Occidente y que venga á caer en la región oriental por determinados trastornos astronómicos?

¿Qué duda tiene? Puede admitirse *la posibilidad* de que esto suceda sin que por ello ni la más pequeña celdilla cerebral salga de su centro, sin que la lógica deje de ser lógica, sin que los conceptos matemáticos peligren, antes bien subsistirían presidiendo al cataclismo y fijando sus condiciones mecánicas: ellos dirían cómo había de ser para que al fin fuese.

Un choque, ó una serie de choques convenientemente calculados, pueden cambiar el sentido en que nuestro globo gira, é invertir el movimiento aparente del Sol: mi razón no por esto se perturba, ni el más insignificante corolario geométrico cambia de sitio, ni la más humilde fórmula trastorna sus términos.

De suerte que alterar cualquier teorema de los citados es imposible racionalmente, y no lo es admitir un cambio completo en el movimiento diurno de la tierra.

Sin embargo, la primera masa gelatinosa que tomó vida en los Océanos primitivos, á la vez empezó una y otra experiencia, la del giro aparente del Sol, la de las leyes geométricas: la del teorema de Pitágoras no sé cómo la empezaría, aunque ello de algún

modo debió ser; la de los puntos cardinales, esa sí la veo y la comprendo, y no me ofrece gran dificultad.

Lo empírico del movimiento diurno, lo racional de la ley matemática, empezaron en el mismo día, y han venido atravesando el mismo tiempo, y acumulando igual repetición de hechos; ¿cómo pues, aquél se queda tan empírico como empezó, y éste se ha sublimado hasta tomar aires de eterno, y lujosa vestidura de semi-divino y absoluto?

La explicación, pues, cae por su base ante este caso sencillísimo, que con poco esfuerzo podríamos convertir en teoría general, y aquí debemos terminar este punto y este artículo; pero apuntemos una última hipótesis.

Alguien tal vez querría suponer que la materia plástica del primer germen de vida] trajo ya antiguas experiencias inconscientemente acumuladas en el seno de nebulosas; por donde las leyes geométricas, y en general las del orden, las del número y las de la cantidad se pierden en lo infinito que pasó; pero esta explicación tanto se empeña en huir de lo contingente y de lo actual, que se va pareciendo mucho á la nuestra. Y por otra parte, perseguir al adversario cuando á fuerza de retroceder se va á lo infinito, fuera crueldad extrema, ensañamiento impío, y hasta viaje largo.

Resulta, pues, de esta larguísima digresión, que para el entendimiento humano los conceptos matemáticos son distintos de todo punto de aquellos otros que sugiere la experiencia: que las leyes del álgebra ó de la geometría, por necesarias y universales y absolutas se tienen; al paso que las leyes empíricas están á merced del último experimento: que puede prescindir de éstas el sér racional sin que su razonabilidad sufra menoscabo, al paso que no puede poner en duda el más humilde teorema del número, de la cantidad, ó del orden combinatorio, sin herirse de muerte: que sin demostraciones ni pruebas externas se organiza y eleva la ciencia matemática, y sin embargo, con ser de origen ideal, al mundo de los sentidos se impone, y sin ella no hay ciencia física posible: que, en suma, si lo absoluto existe, y algunos de sus reflejos llegan á nosotros, entre ellos están los que con sus maravillosas combinaciones inundan de luz los espacios ideales del álgebra y de la geometría.

La razón humana cree que los conceptos matemáticos son absolutos; ¿pero lo son? ¿No hay matemáticos insignes que hablan

del espacio de n dimensiones? ¿No existe una geometría anti-euclidiana? ¿No hay quien supone que las paralelas se encuentran?

Todos estos son problemas filosóficos, dignos de especial estudio; y dejando aparte la forma paradójica con que suelen revestirse, encierran un sentido profundo, que ya en otra ocasión procuraremos estudiar.

Por hoy es forzoso poner término á estos artículos, en que nos hemos extendido más de lo que pensábamos, con no haber hecho otra cosa que ir apuntando ideas y señalando cuestiones, sin profundizarlas, ni resolverlas. La paciencia del lector lo exige, y el propio cansancio lo impone.

JOSÉ ECHEGARAY.

AL ALMA

(IMITACIÓN DE SANTA TERESA.)

Alma, esta noche nos llama
A que tratemos de amores,
Y que de Aquél te enamores
Que antes de nacer nos ama.
Huye la mentida llama
Con que el mundo te embelesa;
Sus encantos mide y pesa;
Y advierte que todos son
Menos que fuego, carbón;
Menos que carbón, pavesa.

S. CATALINA.

LECCIÓN POÉTICA

PRIMER BOSQUEJO Y POSTERIOR REFUNDICIÓN DE LAS CELEBÉRRIMAS

QUINTILLAS

DE

DON NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Á la aptitud y delicadeza para sentir lo bello y saberlo apreciar, llamamos buen gusto. Compónese, pues, de sentimiento y de juicio. Lo hermoso arrastra y subyuga de suyo el corazón y la fantasía en la mayor parte de los hombres; pero son pocos los advertidos y sagaces que saben apreciar y conocer la razón y móviles de tamaño atractivo, y pocos, muy pocos, los que hacen naturaleza de sentir bien y juzgar atinada y sólidamente.

Si hay un arte de ver, por el cual los entendidos y sabios se diferencian del vulgo, que sólo mira, hay otro arte más difícil aún, que consiste en no prendarse el escritor de cuanto se le viene á las mientes; en no tomar por luminosísimos destellos cualquier desatino ó pensamiento falso y trivial que se le cae de la pluma; en armarse de valor para entrar por una obra propia como por real de enemigos, y en cortar y sajar lo desmedrado, seco, enfermizo é inútil, como hábil agricultor y bienhechor quirurgo.

Este peregrino arte de ver y de juzgar se adquiere á fuerza de embebecer nuestra alma en excelentes y perfectos modelos, reconocidos como tales por dilatada y continua sucesión de siglos, ensayando en tan fina piedra de toque las obras fugaces y baladíes, que entroniza la moda, ó sublima el servil espíritu de escuela ó secta, ó que la maña ó interesable artificio encomiendan á las cien trompas de la fama. Ni posa el buen gusto en corazón corrompido y encenagado, ni inflama sino á quien rinde cierta especie de culto idolátrico á la belleza

Las observaciones hechas desde la antigüedad más remota por estos hombres de exquisita erudición y maravilloso temple de alma, nos han atesorado un caudal de útiles y fecundas reglas de buen gusto, y nos han entregado un código de ellas, que ni la soberbia de la ignorancia, ni la fatuidad del envidioso, ni la locura cuando se torna epidémica, pueden amenguar ni destruir. Quien hoy yerra en letras y artes, yerra á sabiendas: no merece, pues, de la buena crítica indulgencia ninguna.

Pero el estudio sin la comparación práctica, y la regla sin su inmediata aplicación experimental, suelen por lo común esterilizarse.

Nunca más necesario que hoy el llamar la atención de los jóvenes, y recomendarles que no se cansen de enmendar sus obras. Nunca más oportuno presentarles medios eficacísimos de despertar en ellos el buen gusto, y de empeñarlos en mejorar sus escritos, aspirando á lo eternamente bello y perfecto. El espíritu de rebeldía cunde sin tregua de un modo lastimoso; la facilidad de verse en letras de molde, de hacerse aplaudir sabiendo manejar el teclado de la gacetilla y del elogio mutuo, y el afán de vivir tan sólo para el día de hoy, llenan de insolente audacia á los ignorantes, soberbios y ambiciosos, y los afierran, no en merecer, sino en arrebatarse los premios que debieran reservarse al ímprobo trabajo y fatiga, al estudio bien encaminado, al profundo saber é ingenio esclarecido.

En la tiránica filosofía que para su uso particular se forjan algunos entendimientos engreídos y rematadamente egoístas, ha de parecer quizá desacierto el cristiano propósito de enseñar al que no sabe y de dar buen consejo al que lo ha menester. Pero de muy diversa manera deben sentir los hombres de levantado espíritu; y ellos me afirman en el propósito de consagrar á la dócil juventud una LECCIÓN POÉTICA, la más provechosa y fecunda.

En opinión de insignes críticos, las *Quintillas* de D. Nicolás Fernández de Moratín, describiendo una *Fiesta de toros en Madrid*, á ser composición única del autor, bastaría para darle un puesto eminente en el Parnaso; no tiene rival ninguno en su género este bellísimo y animado cuadro, lleno de imaginación, de sentimiento y de verdadera poesía; y ha de proponerse como acabado modelo á cuantos ambicionen el envidiable laurel del poeta. Con legítima satisfacción vulgarizó Inarco Celenio tan acertado juicio, y lo ha confirmado la posteridad, sin cortapisa ninguna.

Pero la juventud estudiosa, bien que regale su imaginación y su oído con la verdad de la pintura, con la cadencia y sonoridad de los

versos, con la hermosura de las imágenes y con la naturalidad y sencillez del estilo que así las avalora, ¿cómo podrá nunca emular tanta belleza, si desconoce la áspera senda que lleva á su conquista? ¿De qué sirven flámulas, gallardetes y banderolas sobre los escollos del mar, si en la oscuridad de la noche no hay faro que sirva de aviso al navegante? Faro de vívida luz ha de ser para las almas bien templadas y que aspiran, no á laureles de papel pintado, sino verdaderos, gloriosos é inmarcesibles, conocer á vista de ojos cómo escribió don Nicolás Fernández de Moratín, de primera intención y muy joven, sus incomparables *Quintillas*. Así las presentó en elegante copia á D. Fernando José de Velasco, en la sazón misma que de presidente de la Real Chancillería de Granada acababa de tomar asiento en el Consejo de Castilla, de la Guerra y de la Santa Inquisición. Era don Fernando un montañés aficionadísimo á libros y manuscritos, que supo reunir la más selecta biblioteca de su tiempo; y á quien no menos que un códice gótico importaba un autógrafo de inspirado ingenio contemporáneo. Tuvo noticia de Moratín y de sus *Quintillas* en 1773, cuando el poeta contaba treinta y seis años de edad; las oyó con gusto y quiso que enriquecieran su biblioteca.

D. Nicolás había hecho oposición dos años antes á la cátedra de Poética, en los Estudios Reales de San Isidro; pero se la llevó el andaluz D. Ignacio López de Ayala, autor de la tragedia de *Numancia destruída*. No era, pues, indiferente para Moratín, que soñaba en ser catedrático, la amistad del Consejero de Castilla; y por él quizá obtuvo, en 1774, la sustitución de aquella clase de Poética, luego que López de Ayala, enfermo y delicado, abandonó la corte ansioso de recobrar la perdida salud con los puros aires de su patria Grazalema.

El curioso D. Fernando José de Velasco hizo encuadernar juntas varias obras manuscritas de Moratín y de sus adversarios, y poner en cada cual de ellas una advertencia preliminar. A D. Nicolás se le da en la primera hoja, que hace de portada, el título de catedrático de Poética de los Reales Estudios de Madrid. Poseo yo este códice, y contiene lo siguiente:

- 1.º *A D.º Pedro Ceballos, Silva Encomiástica.*
- 2.º *Canción Pindárica.*
- 3.º *Quintillas por D.º Nicolás Moratín, con que se solemnizan unas célebres fiestas que el Rey Amanzar (sic) mandó hacer en Madrid siendo entonces la Corte del Rey moro, con motivo del Natalicio de Alimenón de Toledo. Traducción de una pieza Árabe que le dió*

D.ⁿ Mariano Pizzi, Catedrático del mismo idioma en los Reales Estudios de Madrid.

4.º *Vexamen satírico, que ha compuesto un Cavallero contra Moratín. El Cavallero es Iriarte.*

Con un idilio acababa de celebrar el catedrático de Poética la adjudicación de premios en la Sociedad Económica de Madrid; y el renombrado fabulista no le deja hueso sano.

Hé aquí una muestra:

Aquel dulce Moratín,
poeta, bien que *interino*,
en la Tebaida desierta
del claustro de San Isidro...
ensartó más de cien coplas
con sobrenombre de *Idilio*.
Empezó con ocho pp:
trompa, penetrante, pido,
Apolo, pérfido, pende,
y, al fin, *jaspe y pues*, seguido.
Á las niñas hilanderas
poca edad lleva este chico,
pues el *pa, pe, pi, po, pu*
deletrea como un niño.

5.º *Reconvención amistosa al Autor del Vexamen contra Moratín. Romance.*

Es de D. Nicolás, muy inferior al *Vejamen*, como que el censor tenía razón; y lleva por estribillo los dos últimos versos de los que siguen:

Al escritor del *Vejamen*
no se debe responder,
porque no es inteligente
ni tampoco hombre de bien.

Los hombres han sido siempre los mismos.

Aparecen de hermosa letra redonda las poesías de Moratín; de otra, corrida, los demás versos; y de muy diferente, la de portadas y advertencias.

Dudo que sea verdadera la especie de haber disfrutado Moratín, para sus *Quintillas*, un manuscrito árabe. Y pudo nacer por aventura, si D. Mariano Pizzi le facilitó algunos datos y noticias en

materia de nombres arábigos de barrios, calles y plazas de Madrid, de sus pueblos inmediatos, y de trajes, dignidades y oficios entre los Agarenos. Con efecto, sobre este punto, D. Nicolás en su primer bosquejo hace alarde impertinente y empalagoso de erudición histórica, indumentaria y corográfica, de la cual supo luego desentenderse por completo.

Borró, pues, con deleite sin duda, al refundir su obra, lo de haber sido palenque á la sangrienta liza el sitio donde están hoy las caba-llerizas reales; y qué hubo antes donde ahora vemos las cuevas de Alparrache y del Alamillo y la calle del Arenal. De los pueblos de la comarca y sus convecinos, vinieron á quedar á buenas noches Ambroz, Torrejón de Ardoz, Almorox, Borox, Mortalax, Bergonax, Albadiel, Majaciel, Ajofrín, Alcoberín, Ajalvir, Guadalix y Alcalá de Henares; así como también el fuero de tener que dejar por men-gua el guante derecho quien no era aclamado vencedor en el circo polvoroso (Estrofas viejas: 17, 40, 54, 67, 20, 22, 29, 24, 25, 69).

En 1777 imprimió D. Nicolás Fernández de Moratín su tragedia de *Guzmán el Bueno*, y presentó al concurso de la Real Academia Española un canto épico, *Las Naves de Cortés destruidas*. Vióse desairado por la Academia, que ni le otorgó premio ni accésit; y el poeta, cierto de valer más que muchos de los que entonces arrebatan estrepitosos vítores, quiso apelar al fallo de la posteridad. Puso, desde aquella hora, el mayor empeño y esmero en revisar sus obras impresas y manuscritas, en limarlas, atildarlas y echarlas á volar en colección por el orbe literario. Entregado á esta ocupación difícil, noble y grata, le asaltó la muerte, en edad de cuarenta y tres años, á 11 de mayo del de 1780.

De seguro, no preparó en su vida el catedrático de Poética lecciones más útiles y eficaces y de mejores frutos, que el limar y corregir sus propios escritos; recibéndolas, por espacio de tres años, como discípulo el más aprovechado, su mismo hijo D. Leandro, el cual había nacido á 10 de marzo de 1760. Allí entre los diez y siete y veinte abrilés de su lozana y vigorosa juventud, y en tan fecunda escuela práctica, hubo de aprender el autor de *El sí de las niñas*, adiestrado por su padre, cómo la belleza de la forma otorga la inmortalidad á las obras del ingenio, y qué sacrificios hay que hacer para lograr tanta belleza. Con estas lecciones, con el amor que D. Leandro profesaba al que le dió el ser, y con el respeto que sus consejos le merecían, pudo conquistar el envidiable título de escritor el más elegante y el más perfecto quizá que ostenta la lengua castellana.

Moratín hijo publicó en 1785 el *Canto* paterno desairado por la Academia, según se hallaba entre las obras á que el mayor estudio y lima bienhechora de D. Nicolás infundieron nueva vida. Pero, treinta y seis años después, en 1821 y en Barcelona, hubo de sacarle por segunda vez á luz con notables alteraciones y enmiendas. ¿Existieron, pregunto yo, tres manuscritos diferentes, y D. Leandro creyó preferible esta vez el tercero al segundo? ¿Ó le hizo la piedad filial caer en la tentación de retocar el ajeno poema, cual parece darlo á entender D. Manuel José Quintana? Invencible ojeriza tuvo siempre Quintana al correctísimo Inarco Celenio, vivo y muerto; y vulgarizó la especie de haberse atrevido éste á corregir y estropear alguna obra de su padre. De aquí el preferir en 1830, para su colección de *Poesias Selectas Castellanas*, el *Canto épico* de D. Nicolás tal como apareció en 1785, y no cual en 1821; porque semejante preferencia le daba motivo á decir que «los retoques de la edición barcelonesa han perjudicado á las proporciones de la composición, disminuído á veces su grandeza, su raudal, su robustez, y, por consiguiente, alterado frecuentemente su carácter.»

Que un mismo autor puede refundir dos y tres veces una obra predilecta suya, es cosa que vemos todos los días. ¿No lo ha hecho tres veces nuestro Hartzenbusch con *Los Amantes de Teruel*? ¿Cinco veces no lo hizo Rodrigo Caro con su *Canción á las ruinas de Itálica*, de que tan diversas refundiciones he podido examinar, yo el primero, y todas de su puño y letra? ¡Pobre escritor aquel cuyas producciones salen de su mano sin el borrón más leve! ¡Con qué exactitud, en *El guante de Doña Blanca*, dijo el fecundo y sin igual Lope, el monstruo de la naturaleza, para quien era la inspiración poética raudal inagotable é impetuosísimo:

Lo mejor de un poeta es lo borrado,
no lo más limpio que pensó primero!

¡Y cuán acertado y hermosamente en *La Dorotea*:

¿Cómo compones?—Leyendo,
y lo que leo imitando;
y lo que imito, escribiendo;
y lo que escribo, borrando;
de lo borrado escogiendo!

Pudieron y debieron existir, pues (no hay dificultad en ello), tres copias en limpio, diferentes y autógrafas de *Las Naves de Cortés*

destruidas. Soberana crítica procure buscar y estudiar en todas tres la razón y el móvil, y el acierto ó la equivocación de la segur y la lima.

Algo de esto vamos á intentar hoy, teniendo á la vista el primer borrador y la refundición de las *Quintillas* que celebran una *Fiesta de Toros en Madrid*.

Borrador y refundición, á no dudar, son parto de un mismo y solo ingenio, obra de una misma pluma. Ya hemos visto cómo dolió al catedrático de Poética el *Vejamen* de Iriarte:

crítica superficial
que un aguador puede hacer,
palillos de platiquillas
y andar contando las pp.

Saludable, no superficial crítica la debió reconocer en lo más secreto del corazón; y merced á ella, como, sobre todo, al severo fallo de la Academia Española, hizo el escarmiento en cabeza propia que llegase al colmo de lo perfecto en literatura la *Canción* de D. Nicolás á *Pedro Romero, torero insigne*, y la *Fiesta de toros en Madrid*.

Entremos ya en el examen de esta última producción.

Consta de 157 quintillas el primer manuscrito, pues una hay repetida; y ¡cosa admirable, al refundirse el poema se redujeron las 157 á solas 72! ¡Supremo y laudabilísimo esfuerzo de generoso autor, borrar de una plumada la mitad y trece más de las estrofas! Pues de las 72, únicamente 18 quedaron intactas; 3 recibieron algún toque muy leve; en 48 enmendó de lo lindo; y 3 se hicieron de nuevo.

Echó abajo todo lo inútil y episódico, todo cuanto perjudicaba á la unidad del poema y á la rapidez é interés creciente de la narración. Por ello, al golpe del hacha regeneradora, vinieron á tierra quintillas tan lindas como las que pintan las carreras de los apuestos jinetes de Castilla y de los moros andaluces; al sol y á Aliatar, madrugando para lucir á un mismo tiempo; el adorno de la plaza con alfombras turquescas, espejos de Almería y damascos granadinos; á la mora, tan querida de Aliatar, hecha una amazona, armada de azagaya por si el toro embiste hacia sus balcones; al Cid, cuyos ojos azules juntamente amenazan y enamoran; la histórica espada del brioso adalid castellano; su caballo, de anchos y musculosos pechos, de casco igual y anca redonda; y al Campeador enviando á su Rey cabezas de enemigos, y las tocas á su amada Jimena (Estro-

fas viejas: 9, 15, 18, 35, 74, 77, 84 y 123). Por nada del mundo habría sacrificado rasgos tan felices un escritor engreído y vulgar.

En cambio, con solo una quintilla nueva se despliega á nuestros ojos, ahora la plaza henchida de clamorosa multitud, ávida de emociones, atendiendo á la sangrienta lid dudosa; ahora, la alegría popular costando muchas heridas; ya el agasajo con que la mora se levanta cuando el Cid se pone delante de sus balcones; ya la acción de arrancar el héroe á la fiera el lazo que le servía de adorno y ofrecerlo gallardamente á la mora (Estrofas nuevas: 9, 13, 45, 59).

Pero, ¡cuánto prosaico, trivial, incorrecto, anacrónico, ridículo é impertinente no vino abajo al golpe de la próspera segur! «Arder en vivas llamas de deseo por ser primeros en picar los toros, para servir á sus damas los que son sus caballeros;» «no atreverse nadie á salir contra un toro bravo, y quererse ir á sus casas las damas, viendo con *afrenta fea la fiesta* sin proseguir,» es vil prosa y alborotamiento gatuno (Viejas: 43, 61). Vestir finísimas tocas y lienzos de Cambray las moras en el siglo XI; y ostentar la venera al pecho en aquellas calendas los caballeros de Santiago, no podían correr de molde. Las telas y encajes de los Países Bajos tardaron todavía más de cuatro siglos en usarse por España; y si alguien creyó haber instituido Ramiro I, vencedor en Clavijo, la Orden de caballería de Santiago, año de 846, hombres severos y muy doctos fijan como época de la institución el de 1175 (Viejas: 39, 82).

¿Y cómo, en la madurez del juicio, podían ocultarse al Catedrático de Poética, fustigado de Iriarte y los Académicos en la Española, ridiculeces é impertinencias indubitables? Al lector, ansioso de presenciar la corrida, le importaban muy poco las iluminaciones, cañas, sortijas, alcancías y comida en Palacio que hubo en los días anteriores; ni que una de las moras hubiese venido á la fiesta después de tomar por medicina las aguas de Sacedón; ó que se fuesen colocando las damas en los balcones, bien provistas de posones, rejeles, escabeles y cojines, amén de los pabellones y doseles; ni el zafarrancho que en los trajes hacen los toros, rasgando *ormesíes, melanias, zarzahanes y sinabafas*, erudición de mercaderes; ni las zalemas del portero de la puerta de la Vega, tan bien criado y ceremonioso; menos las disposiciones que tenía tomadas Aliatar, por si mientras la fiesta le armaban los cristianos alguna zancadilla; ni, en fin, la descripción de los trajes del Campeador y de Zaida, sin perdonar randa, pespunte, filigrana ó ribete (V. 7, 8, 12, 13, 14, 27, 33, 52, 65-68, 75, 76, 81, 36-39).

Á cuento no venían tampoco la vida y muerte del Conde Lozano, el destierro del Cid, sus correrías hasta el Pardo, por donde al Manzanares le da caudal el Tejada incierto; ni que entonces el caballo Babiaca fuese *niño*, como su señor; ni que Rodrigo Díaz de Vivar estuviese llamado á suceder en el mayorazgo de Laín Calvo, y hubiese merecido por su valor el alferazgo de Castilla (V. 97-99, 117, 124).

Entrado ya Rodrigo en la plaza, no tenía que hacer más el poeta sino pasearle con nobleza por el circo y darse prisa á ponerle frente á frente del toro. Lo demás sobraba; y lo que sobra en un poema le perjudica mucho.

¡Y qué diremos del apóstrofe impertinente y ridículo á Madrid, anunciándole cuánta gloria le era reservada en los venideros siglos; y cómo en puntualizarla y describirla se rompe los cascos el sabio astrólogo Moslema? En un tris estuvo que morazo tan atroz no entregase á Castilla la villa del oso y el madroño:

como que en el alma entiende
que ha de ser de España silla,
de quien todo el orbe *pende*.

¡Y qué de los fugaces, pero no menos ridículos apóstrofes al fiero animal jarameño, romo y pinto, de cerviguillo encrespado; y al viento, cuando por las cuevas lleva retumbando la voz del *horrísono estruendo* que formaban *las flautas y tamboretas* (V. 102-111, 59, 153)?!!! Así desatina un buen poeta.

De grandes ingenios son los arrebatos portentosos y las risibles caídas; por el contrario, las medianías jamás yerran, jamás se equivocan: temerosas de ser envueltas por el torbellino, se asen á la tierra y de ella nunca se levantan ni un palmo. Siempre las veremos constantes en lo mediocre; pero ya dijo el preceptista en su *Epístola* maravillosa á los Pisones, que ni los dioses, ni los hombres, ni los postes mismos pueden soportar á un poeta mediano. Lejos de nosotros las obras de insustanciales versificadores y copleros, que ni enseñan, ni deleitan, ni siquiera entretienen. Si Góngora se despeña miseramente en las *Soledades* y el *Polifemo*, ¡cuánto no embelesa, y á dónde no se sublima en los *Romances*!

Exige Horacio que, antes de salir á luz un poema, le guarde en su bufete nueve años el autor, después de haber oído á tres doctos censores, uno de ellos el mejor de los críticos:

nonumque prematur in annum.

Por ventura, tantos años no fueron menester para que bien templada lima llevase á perfección la *Fiesta de toros en Madrid*.

Reducido el poema á límites justos, dispuesta con feliz invención la traza, y proporcionados los miembros, pudo ya deslizarse la narración llena de interés, y brotar á cada paso nuevos primores de pensamiento, de dicción y de exquisita delicadeza.

¡Con qué arte esquivaba ya el poeta cuanto puede rebajar la nobleza en la figura de Rodrigo! ¡Cómo del naturalismo grosero se desentiende, y sabe realzar á maravilla la verdad poética!

Bien parece, y es verdadero, poético, oportuno y bello, en la *Canción á Pedro Romero, torero insigne*, que el diestro llame con agudo silbido á la fiera:

Todo el concurso atiende pavoroso
el fin de este dudoso
trance. La fiera que llamó el silbido,
á tí corre veloz, ardiendo en ira.

Tal canción ha de estimarse de lo más inspirado, correcto y elegante que produjo el numen de D. Nicolás.

Pero el fuerte silbo, que viene allí de perlas en el diestro Pedro Romero, desdirá en un soldado caballeroso cual el Cid Rodrigo Díaz de Vivar, desluciéndole y afeándole. Pienso lo mismo cuanto á pintarle, á guisa de picador de plaza, rodeando por dos veces al toro para reconocerle; mostrando la destreza de castigarle con ligero pu-yazo; y cuando le espera lanza en ristre, teniendo siempre, aunque poco, á su alazán en movimiento (V. 128, 131, 138). Ni airosa resultaba la figura del Campeador ante la egregia mora, abatiendo á tierra la ponderosa lanza que ha de ganar á Valencia y Toledo, y haciendo que, en vez del dueño, se arrodille su caballo Babieca (V. 119). Supresiones como éstas no se deben al propósito de aligerar la composición, sino á consejos de la mayor delicadeza y buen gusto.

Explicar ahora el por qué de las enmiendas felicísimas en las 48 estrofas que dije, fuera proceder en lo infinito. ¡Cuán preferible nombre parece en la mora el de *Zaida* que no el de *Elipa*, el cual tiene además el inconveniente de ser en los barrios bajos de Madrid forma corrompida de *Felipa* (V. 2)! ¡Cuánto mejor suena *Alí el Alcadí*, que *Alí el Alquilí*, donde las *eles* y las *íes* mortifican el oído (V. 26)! ¡Cuán acertadamente corrigió en «las más apuestas doncellas que España entonces tenía,» lo de las más hermosas doncellas de toda la morería (V. 19)! Que *Zaida engalanó sus miradores con damascos, espejos*

y flores, ¿no es más elegante y sencillo que el gongorismo de que «los ofuscó en damascos (V. 34)?» «Los añafles y atabales *con armonía militar*, haciendo salva y señal de comenzar la fiesta,» ¿no superan en mucho al inventario primitivo de añafles, atabales, dulzainas y chirimía (V. 42)?

Todo favorece al crítico sabio, si dedica esmerada atención á aquilatar en la piedra de toque del buen gusto su obra. Moratín no podía ya dejar correr imágenes que desagradan, por más que estén dentro de la naturaleza y la verdad. Huyendo *mal herido* el alcaide muy zambrero de Guadalajara, resulta más poético y bello que huyendo con un brazo roto (V. 50). ¿Cómo no se había de apresurar el poeta á borrar de cuajo la quintilla 58, donde Aliatar, viéndosele venir el toro encima, se ase con las manos despavorido á la barrera, y su alfana queda *con las tripas por de fuera?*

Expresiones felices, rotundas, armoniosas y de seductora sencillez poética, reemplazan á lo prosaico y trivial y quizá gramaticalmente vicioso. Por ejemplo, «con Hamete cierra *el temerón de Conil*,» mejora la estrofa 47, en que el toro «cierra con Hamete, á quien dióle heridas mil.» Reformada la quintilla 64, Zaida, discreta y oportuna, responde que puede entrar luego en la plaza el caballero cristiano, «porque en tan solemne fiesta *nada se debe negar*,» reemplazado á lo de que en aquella fiesta «ninguna ley puede obstar.» La sorpresa de la cristiana cautiva de Zaida, al conocer que el caballero cristiano es el Cid, y aquel suspiro recordando su patria y libertad perdidas, ¿con qué oportunidad sustituyen á lo prosaico y ridículo de la antigua estrofa 92! —¿Pueden apetecerse mayor elegancia y viveza en la imagen de cómo, al crecer la algazara entre el vulgo de Madrid, Rodrigo, «*torciendo las riendas de oro*, marcha al combate y busca al toro en sonoro tropel?» Antes decía que Rodrigo «con la venia y con decoro, marcha al combate y *parte* al toro (126).» ¡Qué diferencia!

Moratín no halla menos propicia en los retoques la fortuna, cuando con maestría sin igual cambia versos de una quintilla para dar más luz y animación al cuadro, debida gradación á las imágenes y mayor interés á la escena. Reconózcanse pinceladas soberanas aquellas de que «No en las Vegas de Jarama pacieron la verde grama nunca animales tan fieros como los que se lidiaron aquel día (N. 12).» «Inquieto menea el toro la cola, mosquea la diestra oreja, vase retirando atrás para que sean mayores la fuerza y el ímpetu en el acometer (N. 53).»

No pase inadvertida la excelente corrección de la primitiva estro-

fa 70, donde no está ya «suspense el circo entero que el toro desembaraza;» sino que «suspense el *concurso* entero, *entre dudas se embaraza*» sobre quién será el caballero cristiano que pide licencia para alancear al toro, y si se le concederá ó no, cuando le ven entrar bizarramente por la plaza.

Borra la voz «casquete,» y en lugar suyo escribe *almete*, defensa propia y noble de la cabeza en un caballero armado de punta en blanco (V. 73). *Doncel* conviene mejor al Cid, que el epíteto «rapaz (V. 94).» Más poético y exacto es que, burlada, la fiera le acometa, de *espuma y sudor bañada*, que «en espumajos bañada (V. 133);» que «*huela* el suelo y le moje en ardiente resoplido,» que no que le «*hiera* (V. 135),» y en fin, que rota la nuca, su fiereza lance y *el último aliento*, en vez del «horrendo espíritu,» como escribió primeramente (V. 141).

La dureza y la cacofonía desaparecen allí donde el crítico advierte que se deslizaron. Oféndele ya, en la estrofa 80, leer «de *nácar claveteada* la silla,» y juntamente el ripio de «el escudo *que brilla*,» y rehace de lindo modo el segundo y tercer verso. Hierde su oído en los dos primeros versos de la 141 la malsonancia de las sílabas afines *bru, ba, ble, bra, ve*, y con ligero toque da fluidez y sonoridad á la quintilla. Lo propio sucede en la 152, cuyo tercer verso

pone, y se *va hacia Aliatar*,

era insufrible, por el hiato de seis aces no mezcladas con ninguna vocal fuerte.

Hasta aquí los bizarros aciertos.

La lima, aunque muy rara vez, suele también equivocarse. Hase equivocado en solas dos ocasiones, según mi opinión, al retocar la *Fiesta de toros en Madrid*.

Primera. Descrito pomposamente el listón que llevaba clavado en la cerviz la fiera, añade Moratín que «lo deseaba ofrecer todo caballero

á la dama *á quien servía*.»

Enmendar, como hizo después,

á la dama *que servía*,

donde el *que* lo mismo puede ser acusativo que nominativo, tanto vale como oscurecer ó destruir el concepto y venir á expresar otro muy diferente (V. 49).

Segunda. En más de una ocasión emplea bien D. Nicolás el pronombre *le*, como dativo femenino. Cámbialo á deshora en *la*, y comete incorrección torpe de que se confunda con el artículo, en el cuarto verso de la quintilla 137. «Cuanto cuidado *le* cuesta á Zaida el riesgo en que ve al Cid», es lo castizo, gramatical y seguro; porque el dativo *le* como el *illi* latino sirve á los dos géneros, de varón y hembra. Además, en el «*la* cuesta,» no se sabe si *cuesta* es nombre ó verbo.

Nimiedades y fruslerías pudiera parecer todo esto á los endiosados, á los que no leen otra cosa que á sí mismos, á los que ni un punto quitan los ojos del espejo de su vanidad, embelesados, como Narciso, en la contemplación de su propia figura, cautivos de sus propios defectos como si fueran envidiables perfecciones. Para estos hombres no alumbra el sol de la crítica y del buen gusto. ¡Nimiedades y pequeñeces! Menuda semilla arrojada á los bien dispuestos surcos y bien limpia de hierba inútil en cuanto nace, cubre de majestuoso verdor y de opimos frutos los campos; un piñoncillo depositado en tierra someramente, crece en árbol altísimo, donde anidarán las aves del cielo y se estrellará el furor de deshechas tempestades. Ridícula, menuda y rebuscada juzgó Moratín la crítica de Iriarte; pero cuidó bien de no echarla en saco roto. Si hubiera podido presentar á la Academia Española, tal como se publicó en 1785, el canto á *Las Naves de Cortés destruídas*, á fe que nadie le habría arrebatado el laurel del certamen. Prémíase cada día y págase con esplendidez lo mediocre y baladí; pero sólo estará reservado á míseros tiempos de perversión é iniquidad epidémicas negar al verdadero é indisputable mérito la corona ofrecida. Jamás cometerán esta abominable injusticia corporaciones dignas de la mayor consideración y respeto.

Á desconocer nosotros la *Fiesta de Toros en Madrid* como de primera intención la puso Moratín en manos del prepotente Consejero de Castilla, hubiéramos creído que poema tan admirable nació perfecto cual Minerva de la cabeza de Júpiter. Estudiándole en su embrión y en su refundición, quedará rico el entendimiento, y adiestrado y animado para acometer literarias empresas dignas de inmortalidad.

Moratín nos va á ofrecer una LECCIÓN POÉTICA tal como nunca se la agradeceremos bastante.

Á continuación y en dos columnas se reproducen las *Quintillas*: á la izquierda, las primitivas é inéditas; á la derecha, las retocadas y

conocidas. Así desde luego habrá de saltar á los ojos lo que escribió primero, y cómo lo corrigió después; qué suprimió, y de qué manera supo enlazar las estrofas que ahora venían á juntarse, y qué maravilloso arte llegó á poseer para que la narración se deslice suave y naturalmente sin tropiezo ninguno. Con letra bastardilla aparece todo lo enmendado ó variado; á fin de que el lector estudioso pueda por sí mismo, con sólo reconcentrar su atención, sorprender la razón y motivo de tantas y tan necesarias enmiendas, y á cuánta costa de trabajo se adquiere la difícil facilidad que asombra en los dos Moratines.

Sobre la primer columna pondría yo este letrero: «*Así con la inspirada y fogosa imaginación se escribe á los veinte años.*»

Y colocaría sobre la segunda columna esta inscripción: «*Así con el sólido juicio se perfecciona á los cuarenta.*»

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

Madrid, 4 de mayo de 1880.

QUINTILLAS.

- 1 Madrid, castillo famoso
Que al Rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso,
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.
- 2 Su bravo alcalde Aliatar,
De la hermosa Elipa amante,
Las fiestas quisiera armar,
Por si la puede ablandar
El corazón de diamante.
- 3 La mora enojos extraños
Mostró á tal solicitud;
Y sin cuidar de sus daños,
Se estaba en sus ricos baños
Que á tantos dieron salud,
- 4 Que la fama tanto alaba
Y el tiempo los destruyó,
Pero aunque todo lo acaba,
Seña y rüinas dejó
Donde el edificio estaba;
- 5 O en su huerto y cigarral
Que el nombre guarda, por señas,

QUINTILLAS.

FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID.

- Madrid, castillo famoso 1
Que al Rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso,
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.
- Su bravo *alcaide* Aliatar, 2
De la hermosa *Zaida* amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar
El corazón de diamante.

De Elipa, en el arenal
Que riega entre ásperas breñas
El arroyo Brañigal.

- 6 Vino, vencida á los ruegos,
A las fiestas de Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el Adalid.
- 7 Con luminarias que hicieron
El pueblo se divertía;
Las que en la mezquita ardieron
Fingieron la luz del día
Y la noche desmintieron.
- 8 Hubo cañas, y seguidas
Sortija, alcancías, gallos,
Artesillas divertidas,
Y con hachas encendidas
Mil carreras de caballos.
- 9 En parejas y cuadrilla
Llenos de talcos y luces,
Corrieron toda la villa
Los jinetes de Castilla
Y los moros andaluces.
- 10 Que no en esta monarquía
Fueron los Mahometanos
Gente vil, sin policía;
Ni fueron como en el día
Los piratas africanos;
- 11 Sino que reinó la ciencia,
Cortesanía y agrado,
Lujo, gala y opulencia,
Que aun no les han igualado
Los que ignoran su potencia.
- 12 Mäestresalas servían
De búfalo anchos lardones
Con las cebras que se crían
En Galicia, y ios salmones
Que en el Tajo se cogían.
- 13 En el alcázar pequeño,
Que era antigua fortaleza
De la guerra contra el ceño,
Y hoy es tanta su grandeza,
Que es casi digna del dueño,
- 14 Sarao se disponía
Y la zambra se danzaba;
Y tafiendo la taugía,
Si algún galán requestaba,
La dama correspondía.

Pasó, vencida á sus ruegos, 3
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el Adalid.

15 A un tiempo el sol y Aliatar

Madrugaron á lucir;
Y tocando á cabalgar,
En potros vierais salir
Caballeros á ruar.

16 En adargas y colores,
En las cifras y libreas
Mostraron los amadores,
Con pendones y preseas,
Las dichas de sus amores.

17 Donde fué campo del Rey,
Y hoy del Rey caballeriza,
Por la acción que solemniza,
La plaza armó Aliatar Bey
Para la sangrienta liza.

18 Con espejos de Almería
Estaba toda adornada,
Con alfombras de Turquía,
Con damascos de Granada,
Con persiana y pedrería.

19 Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las más hermosas doncellas
De toda la morería.

20 Con alfareme sutil
Vino Seja la de Ambroz;
Y en su torrón, con mil
Hombres dejó á su aguacil,
Por servirla, el bravo Ardoz.

21 Axa, de Xetafe vino,
Y Zara la de Alcorcón,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabón.

22 Alboraya de Ajalvir,
Belerifa de Almorox,
Y de Aravaca venir
Vieron á Zayda, y subir
A su prima de Borox.

23 Xarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Trajo á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zurita.

24 El gallardo Albenaix
Trajo á su linda Almanzora,
Que es natural de Guadix;

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas
Mostraron los amadores
Y en pendones y preseas
La dicha de sus amores.

4

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las más *apuestas* doncellas
Que España entonces tenía.

5

Aja, de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcón,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabón.

6

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

7

- Robó una noche la mora
Y la llevó á Guadalix.
- 25 Con Daraxa vino, ya
Diestro en los bohordos, Zaide,
Que de ella prendado está,
Nieta de Zulema, alcaide
De la torre de Alcalá.
- 26 De Adamuz y la famosa
Meco, llegaron aquí
Dos, cada cual más hermosa,
Y Fátima la preciosa
Hija de Alí-el-Alquilí.
- 27 A Madrid quiso llegar
Por holgarse, antes de ir
A Toledo á descansar,
Porque viene de tomar
Las aguas de Zalambir.
- 28 A la función divulgada
No faltó, por competencia,
Tal cual mora celebrada
De Córdoba, de Valencia,
De Sevilla y de Granada.
- 29 Vinieron más de Aljofrín,
De Mortalax, Majaciel,
Bergonax, Alcoberín,
Desde la Sierra Albadiel,
De Alberche y Tajo al confín.
- 30 Mil jinetes aquel día,
Llenos de bandas y soles
Pompeándose á porfía,
Ostentan la gallardía
De los moros españoles.
- 31 Antes que el pueblo esté quedo,
En caballos argelinos
Mostraron mucho denuedo
Los Azarques de Toledo
Y también los Sarracinos.
- 32 Están de gente cargados
Andamios y cobertizos,
Azoteas y terrados,
De los moros fronterizos;
Y los toros encerrados.
- 33 Las damas, en los balcones,
Con trapiches y escabeles,
En cojines y posones
Se pusieron, y en rejeles,
Con dosel y pabellones.
- 34 La hermosa Elipa ocupó

De Adamuz y la famosa 8
Meco, llegaron *allí*
Dos, cada cual más hermosa,
Y Fátima la preciosa
Hija de Alí el *Alcadí*.

El ancho circo se llena 9
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zayda ocupó 10

- Sus dorados miradores
Que el arte afeligranó,
Labrados con mil primores
Que en damascos ofuscó.
- 35 Y, amazona en suelo Hispano,
La ve el pueblo carpetano,
Por si el toro cerca vaya,
Vibrando estar con su mano
Una luciente azagaya.
- 36 Marlota lleva turquí
Con plata y oro escarchado,
De un riquísimo tabí,
Y un zaragüel de brocado
Con garbión de caniquí.
- 37 Frentero ó apretador
Que ajusta una y otra sien,
Despidiendo resplandor;
Muchos jacintos también
Que engastaba alrededor.
- 38 Carcazes de oro y azófar,
Muchas vueltas de coral,
De azabache y de cristal,
Con desaliños de aljófar
De á tres gajos el ramal.
- 39 Garzotas altas enseña
Con plumas rojas y vayas,
De plata luna pequeña,
Finas tocas y cambrayas,
Y el cabello con alheña.
- 40 Alparrache, que tenía
Cármenes, que ofrece á un lado
La cuesta que todavía
Su apellido ha conservado,
Perdió el crédito este día (*).
- 41 Sin afeite alguno ves
Ni alcohol la hermosa cara;
Al vulgo amartela, y para
Todo galán; y á sus pies
Está la cautiva Aldara.
- 42 Añafles y atabales,
Dulzainas y chirimía
Hicieron salva; y señales
De mostrar su lozanía
Los moros más principales.
- 43 De deseo en vivas llamas
Arden por ser los primeros

Sus dorados miradores
Que el arte *afiligranó*,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva; y señales
De mostrar su *valentía*
Los moros más principales.

11

(*) Esta quintilla aparece aquí fuera de su sitio, y se repite en el manuscrito allí donde debe estar. Véase la 53.

- En picar los toros fieros,
Para servir á sus damas,
Los que son sus caballeros.
- 44 Jamás pacieron la grama
Animales tan ligeros
En la orilla de Jarama,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros.
- 45 Hubo suertes extremadas
Y bizarras gentilezas,
Muchas garrochas quebradas,
Duros fresnos hechos piezas,
Y soberbias derrocadas,
- 46 Cuando un toro romo y pinto,
De cerviguillo encrespado,
Mano corta, de anca alzado,
Marrajo, entre rojo y tinto,
Espantoso y reparado,
- 47 Arrancó desde el toril
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Ben-Aguacil;
Después con Hamete cierra,
A quien dióle heridas mil.
- 48 Traía el toro un listón
Que le sirve de matiz,
Hecho un lazo por airón,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpón.
- 49 Cada galán pretendía
Presentarle por favor
A la dama á quien servía:
Por eso mató Almanzor
El potro que más quería.
- 50 El alcaide muy zambrero
De Guadalaxara, huyó
Roto un brazo al golpe fiero;
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.
- 51 Y algunos dicen que herido
De una leve punta fué,
Y disimuló advertido;
Pero quedó más corrido
En el empeño de á pie.
- 52 En jirones la almalafa
Trizó á Muley Abdalí.
Vierais rasgar por allí
Zarzahan y sinabafa,
La melania y ormesí.
- No en las vegas de Jarama* 12
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,
- Como los que el vulgo vió* 13
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.
- Salió un toro del toril* 14
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil;
Después con Hamete cierra
El temerón de Conil.
- Traía un ancho listón* 15
Con uno y otro matiz,
Hecho un lazo por airón,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpón.
- Todo galán pretendía* 16
Ofrecerle vencedor
A la dama que servía:
Por eso perdió Almanzor
El potro que más quería.
- El alcaide muy zambrero* 17
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero;
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

- 53 Alparrache, que tenía
Cármenes, que ofrece á un lado
La cuesta que todavía
Su apellido ha conservado,
Perdió el crédito este día.
- 54 También cayó Tarafín,
Que en Illescas fué caudillo,
Hijo de Sidi Ibraín,
De Madrid juez ó alamín
Donde hoy está el Alamillo.
- 55 Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.
- 56 Mas, viendo se notaría,
Va á ponérsele delante:
El toro le acometía;
Y sin que el rejón le plante
Le mató una yegua pía.
- 57 Otra monta acelerado:
La embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado,
Con las plumas, por el suelo.
- 58 Y por poco al dueño hiriera,
Que anhelante se agarró
Con la mano á la barrera;
Pero la alfana quedó
Con las tripas por de fuera.
- 59 Blasfema del duro empeño
Echando cien maldiciones
El morillo madrileño,
Viendo en qué afrenta le pones,
Fiero animal jarameño!
- 60 Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrara,
El circo desocupando;
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.
- 61 Nadie se atreve á salir,
Y el pueblo inquieto vocea;
Las damas se quieren ir,
Viendo con afrenta fea
La fiesta sin proseguir.
- 62 Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
- Todos miran á Aliatar, 18
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.
- Mas, viendo se *culparía*, 19
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometía;
Y sin que el rejón *la* plante
Le mató una yegua pía.
- Otra monta acelerado: 20
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado,
Con las plumas, por el suelo.
- Dió vuelta hiriendo y matando 21
A los de á pie que encontrara,
El circo desocupando;
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.
- Nadie se atreve á salir: 22
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.
- Ninguno al riesgo se entrega 23
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega

- De la puerta de la Vega,
Hincó la rodilla y dixo:
- 63 «Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear un toro
Un caballero cristiano.»
- 64 Mucho le pesa á Aliatar;
Pero Elipa dió respuesta
Diciendo: «Bien puede entrar;
Porque en tan solemne fiesta
Ninguna ley puede obstar.»
- 65 Y así consintiólo fiero,
Como su voluntad ve.
Hizo segundo y tercero
Acatamiento el portero,
Y á alzar el rastrillo fué.
- 66 Mas, para seguridad,
Temiendo alguna celada,
Cien moros con brevedad
Mandó poner de parada,
Y Almocadén-Ben-Amad
- 67 Sobre un cerro atalayó,
Que hoy es calle muy igual;
Cuyo escombros levantó
A otra calle, que la dió
Nombre el profundo Arenal.
- 68 Y por obviar que esté abierta,
Dijo á Alarif: «Cuida tú
Con diez xerifes alerta
Torres, homenaje y puerta
De tu abuelo Balnadú.
- 69 Pues, ya que entra á mi despecho,
Si no consigue triunfar,
Y es el galán que sospecho,
Según fuero, ha de dejar
Por mengua el guante derecho »
- 70 Suspenso está el Circo entero
Que el toro desembaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.
- 71 Purpúreo joven, que el bozo
De oro el labio le cubría,
Y aun apenas todavía,—
Ardiendo en altivo gozo,
Con viveza y lozanía.
- 72 Sonrosado, albo color,

- De la puerta de la Vega,
Hincó la rodilla, y dijo:
- «Sobre un caballo alazano, 24
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.»
- Mucho le pesa á Aliatar; 25
Pero *Zaida* dió respuesta,
Diciendo *que* puede entrar;
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.
- Suspenso el *concurso* entero 26
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.
- Sonrosado, albo color, 27

- Belfo labio, juveniles
 Alientos, inquieto ardor,
 En el florido verdor
 De sus lozanos abriles.
- 73 Cuelga la rubia guedeja
 Por donde el casquete sube,
 Cual mirarse tal vez dexa
 Del sol la ardiente madeja
 Entre cenicienta nube.
- 74 Larga pestaña, que dora
 El claro azul trasparente
 De la vista, vencedora
 De todo, que juntamente
 Amenaza y enamora.
- 75 Pespuntado coselete
 Se ajusta, y encima lleva
 Naranjado giraldete,
 Afeligranada greva
 Y listado el tonelete.
- 76 Gola de oro, que remata
 Un retrato que de lexos
 Con celos las moras mata;
 La banda, con rapacejos
 De verde, amarillo y plata.
- 77 Lleva en los tiros, pendiente,
 De tafilete africano,
 En un cuero de serpiente,
 La espada ya reluciente
 De Mudarra el Castellano.
- 78 Gorguera de anchos follajes,
 De una christiana primores;
 Por los visos y celajes
 Del almete, los plumajes
 Verjel de diversas flores.
- 79 En la cuja, gruesa lanza
 Con recamado pendón;
 Y una cifra á ver se alcanza
 Que es de desesperación,
 Ó á lo menos de venganza:
- 80 En el arzón de la silla,
 De nácar claveteada,
 Pende el escudo que brilla,
 Y el mote dice á la orilla:
 «¡Nunca venciera mi espada!»
- 81 Manga riza de almaizar
 Con randa y puntas al aire,
 Y de labor singular;
 Y algo á la izquierda, al desgaire,

Belfo labio, juveniles
 Alientos, inquieto ardor,
 En el florido verdor
 De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
 Por donde el *almete* sube,
 Cual mirarse tal vez deja
 Del sol la ardiente madeja
 Entre cenicienta nube.

28

Gorguera de anchos follajes,
 De una cristiana primores;
En el yelmo los plumajes,
Por los visos y celajes,
 Verjel de diversas flores.

En la cuja, gruesa lanza
 Con recamado pendón;
 Y una cifra á ver se alcanza
 Que es de desesperación,
 Ó á lo menos de venganza:

30

En el arzón de la silla
Ancho escudo reverbera,
Con blasones de Castilla,
 Y el mote dice á la orilla:
 «¡Nunca *mi espada* venciera!»

31

De contray el capellar.

82 La vez que la mano afloxa,
Hecha á vencer en campañas,
Y hace al aire la descoxa,
Resplandece la cruz roja
Del patrón de las Españas.

83 Era el caballo galán
El bruto más generoso,
De más gallardo ademán:
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán.

84 En la frente estrella blanca,
La crin enlazada á trechos,
Tremolante cuando arranca;
Anchos, musculosos pechos;
Casco igual, redonda el anca.

85 Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

86 Las manos en aspa, al son
Del freno, y la coyuntura
Dobla con tal perfección,
Que toca con la herradura
Del estribo en el florón.

87 Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis con tal fruto,
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

88 Ricamente encubertado
Va, con plumas y jaeces
De borlas, oro y brocado;
Vano, ardiendo en altiveces,
Bufa el animal osado.

89 Dió una vuelta alrededor;
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor:
«¡Alá te salve!» decían,
«¡Déte el Profeta favor!»

90 Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo; y él solamente
Ni recela, ni se estima.

91 Las doncellas, al pasar,
Dejan de ámbar y alcanfor

Era el caballo galán 32
El bruto más generoso,
De más gallardo ademán:
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida 33
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo 34
Que da Betis con tal fruto,
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta alrededor; 35
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor:
«¡Alah te salve!» decían,
«¡Déte el Profeta favor!»

Causaba lástima y grima 36
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo; y él solamente
Ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar, 37
Hacen de ámbar y alcanfor

- Pebeteros exhalar,
Vertiéndole aguas de olor,
De jazmines y azahar.
- 92 Mas, cuando volvió la cara
Y de más cerca le vido
La christiana esclava Aldara
Hecho un guerrero Cupido,
A Elipa dixo, en voz clara:
- 93 «Señora, sueños no son;
Así los cielos, vencidos,
Permitan á mi aflicción
Que suenen en mis oídos
Las campanas de León,
- 94 Como esse rapaz que ufano
Tanto asombro vino á dar
A todo el bando africano,
Es Rodrigo *el* de Vivar,
El soberbio castellano.»
- 95 Conócele Elipa bien,
Que bien mirado le había
Y aun sufrido su desdén,
Y aun hablado cierto día,
Y supo su amor también.
- 96 Y supo que, fugitivo
De la corte de Fernando,
El christiano, apenas vivo,
Está á Ximena adorando
Y en su memoria cautivo.
- 97 Pues, por recobrar la fama
De su opresso padre anciano,
Después que al campo le llama,
Dió muerte al Conde Lozano,
Que era el padre de su dama.
- 98 Y por ella aborrecido,
Y por el Rey emplazado,
Se ausentó desesperado,
Por si un hecho esclarecido
Haze olvidar lo pasado.
- 99 Y, vencido el alto puerto,
Del Pardo en los encinares
Espesos está encubierto,
Por donde el Tejada incierto
Caudal le da á Manzanares.
- 100 Con fijosalgo valientes
Que siguieron su deseo,
Se exercita en el torneo;

- Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.
- Mas, cuando *en medio se para*, 38
Y de más cerca le *mira*
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara
Y así la dice, y suspira:
- «Señora, sueños no son; 39
Así los cielos, vencidos
De mi ruego y aflicción,
Acerquen á mis oídos
Las campanas de León,
- Como ese *doncel* que ufano 40
Tanto asombro *viene* á dar
A todo el *pueblo* africano,
Es *Rodrigo* de Vivar,
El soberbio castellano.»
- Sin descubrirle quien es*, 41
La Zaida, desde una almena,
Le habló una noche cortés
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena (*),
- Y supo que, fugitivo 42
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

(*) Véase en la primer columna la estrofa 114.

Y dura allí entre las gentes
Este nombre por trofeo.

- 101 Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías,
Y todo en torno le cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Apostrofe.

- 102 Patria, aunque era la influencia
Del Astro igual, no tu suelo
Vió la suntuosa opulencia
Que la hispánica potencia
Igualó ya con el cielo.

- 103 Aún, puesta en cautividad,
Los Alfonsos con valor
No habían dado á tu lealtad
El uno la libertad,
Y los otros esplendor.

- 104 No tenías la opinión
Que te dió Juan el segundo;
Ni el cuarto Enrique extensión,
Ni el Emperador del Mundo
Te dió el imperial blasón;

- 105 Ni el fausto que te aumentaron
Los católicos Filipos
Cuando en tí se aposentaron,
Que de Apeles y Lisipos
Y Vitruvios te llenaron.

- 106 Aún Carlos no había logrado
Con la alta Roma igualarte,
Ni á Athenas aventajarte,
Habiendo ya en tí formado
Aula de Minerva y Marte.

- 107 No tenías aclamaciones
Por señora de las gentes;
Ni, aun domadas sus regiones,
Besaban tu pie obedientes
Dos mundos y mil naciones.

- 108 Mas ya era tu fortaleza
El presidio principal
Del Rey moro y su grandeza,
Almacén de su riqueza,
Y del reino antemural.

- 109 Por el sitio inexpugnable
Y con fuerte guarnición,
Mucha caba y torreón,
Plaza de armas formidable,
Que admira el godo garzón,—

- Tal vez á Madrid se acerca 43
Con frecuentes correrías,
Y todo en torno *la* cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

alencia

7891

- 110 Moslema, astrólogo sabio
Y de Madrid natural,
La anunció ser sin igual,
Por su famoso astrolabio,
Y señora universal.
- 111 Deseo grande le enciende
De entregársela á Castilla:
Como que en el alma entiende
Que ha de ser de España silla,
De quien todo el orbe pende.
- 112 Y tanto suele avanzar
Y temerario se ciega,
Que siguiendo á Almudifar,
Llegó con la lanza á dar
En la puerta de la Vega.
- 113 ¡Qué mucho, si el otro día
Corrió talando la Sagra;
Y llegó á tal su osadía
Que hirió al caballo, y corría
Hasta la puerta Visagra!
- 114 Sin descubrirle quién es,
Elipa, desde una almena,
Le habló otra noche cortés
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena (*).
- 115 Del cristiano se prendaba,
Pues con Alfacar ó Azarque
Siempre triunfar le miraba
En escaramuza brava
En la Tela y en el Parque.
- 116 Y ahora le ha conocido:
Que, en medio de aclamaciones,
Ya el caballo ha detenido
Delante de los balcones,
Y la mira comedido.
- 117 Era entonces el Babioca
Niño, como su señor;
Del prado por el verdor
Un mes ha que el freno trueca,
Y le adora el Campeador.
- 118 Alágale con la mano
Que ha de ganar á Valencia
Y al gran reino Toledano.
Y está, con real presencia,
Ante ella inquieto el cristiano.

Por eso le ha conocido: 44
Que, en medio de aclamaciones,
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

(*) Véase en la columna segunda la estrofa 41.

- 119 Pero cuando le miró
Ya sin temor ni recelo,
La rienda un poco llamó;
Abatió la lanza al suelo
Y el caballo arrodilló.
- 120 Y el gallardo caballero
Inclinó con gentileza
Cuanto pudo la cabeza:
Hizo un cambiante el plumero
Como el relámpago empieza.
- 121 La mora, que en hermosura
Hace á Venus competencia,
Se levantó con presura,
Haciéndole reverencia
Con atención y mesura.
- 122 Ya es de todos conocido
Por sus famosas entradas
Y muy grandes cabalgadas
Que en esta tierra ha cogido,
En rebatos y emboscadas.
- 123 Pues, de la tropa agarena,
Que siempre vence en la arena,
Está á Burgos enviando
Las cabezas á Fernando,
Y las tocas á Ximena.
- 124 Y á más de ser sucesor
De Laín Calvo al mayorazgo,
De sus años en la flor
Consiguió, por su valor,
De Castilla el alferazgo.
- 125 Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
«No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;»
Y algunos le llaman «Cid.»
- 126 Crece la algazara; y él,
Con la venia y con decoro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Partió en sonoro tropel.
- 127 Ya el bruto se le ha encarado
Desde que le vido entrar,
De tanta gala asombrado,
Y alrededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.
- 128 Pero el jinete (aunque no
Basta para detenerle
El gozo que en el ardió),

La mora se puso en pie, 45.
Y sus doncellas detrás:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero 46
Entre el vulgo de Madrid:
«No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;»
Y algunos le llaman «Cid.»

Crece la algazara; y él, 47
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado 48
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y alrededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

- Por mejor reconocerle,
 Dos veces le rodeó.
- 129 Púsose donde la dama
 Pueda gozar de la acción
 Que aun hoy celebra la fama;
 Se acerca al toro, y al son
 De un fuerte silbo le llama.
- 130 Cual flecha se disparó
 Impelida de la cuerda,
 De tal suerte le embistió:
 Detrás de la oreja izquierda
 La aguda lanza le hirió.
- 131 Pero con tanta destreza,
 Que apenas llegó á tocar
 Alzó el hierro con presteza;
 Porque quiere dar lugar
 A lucir su gentileza.
- 132 Y revolviendo el caballo
 Veloz como el pensamiento,
 Se quedó en el mismo asiento,
 Sereno, sin fatigallo,
 Y huyó el ímpetu violento.
- 133 Brama la fiera burlada;
 Segunda vez le acomete,
 En espumajos bañada,
 Y segunda vez la mete
 Sutil la punta acerada.
- 134 Pero ya á pie firme espera
 Con heroico atrevimiento:
 El pueblo, mudo, está atento;
 Se engalla el toro y altera,
 Y finge acometimiento.
- 135 La arena escarba ofendido
 Que sobre el lomo la arroja
 Con el hueso retorcido;
 El suelo hiere, que moja
 Con ardiente resoplido.
- 136 La cola inquieto menea,
 Vase retirando atrás;
 La diestra oreja, mosquea,
 Para que el empuje sea
 Mayor, y el ímpetu más.
- 137 Quien en esta ocasión viera
 De Elipa el rostro alterado,
 Claramente conociera
 Cuánto le cuesta cuidado
 El que en tanto riesgo espera.
- 138 Pero el caballero, atento

- Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
 De tal suerte le embistió:
 Detrás de la oreja izquierda
 La aguda lanza le hirió. 49
- Brama la fiera burlada; 50
 Segunda vez le acomete,
De espuma y sudor bañada,
 Y segunda vez la mete
 Sutil la punta acerada.
- Pero ya *Rodrigo* espera 51
 Con heroico atrevimiento:
 El pueblo mudo y atento;
 Se engalla el toro y altera,
 Y finge acometimiento.
- La arena escarba ofendido, 52
Sobre la espalda la arroja
 Con el hueso retorcido;
 El suelo *huele y le* moja
 En ardiente resoplido.
- La cola inquieto menea, 53
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
 Para que *la fuerza* sea
 Mayor, y el ímpetu más.
- El que* en esta ocasión viera 54
 De *Zaida* el rostro alterado,
 Claramente conociera
 Cuánto *la* cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

- A cuando la fiera viene,
Está airoso, no violento;
Y aunque poco, siempre tiene
El caballo en movimiento.
- 139 Mas ¡ay, que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo;
- 140 Ni rayo, así fulminante,
Baja con velocidad,
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,
- 141 Como el bruto se abalanza
Con espantable braveza;
Mas, rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y horrendo espíritu lanza.
- 142 La algazara y vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecía
Que honda mina reventó
Ó el monte y valle se hundía.
- 143 Rodrigo, así como estaba
Desde el caballo, alcanzó
Aquel lazo que llevaba
El toro; al balcón corrió
Y en la alta lanza le clava.
- 144 Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Elipa diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;
- 145 Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.»
- 146 Roxa vergüenza purpura
El rostro en varios colores
Á la mora, con ternura
Y bellísimos frescores,
Que aumentaron su hermosura.
- 147 Y con rostro placentero,
Dixo turbada: «Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar un favor
- Mas ¡ay, que le embiste horrendo 55
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo;
Ni llama, así fulminante, 56
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,
Como el bruto se abalanza 57
En terrible ligereza;
Mas, rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.
La confusa vocería 58
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecía
Que honda mina reventó
Ó el monte y valle se hundía.
Á caballo como estaba 59
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó,
Y á los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos, 60
Le alarga á Zaida, diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;
Si no os dignáredes ser 61
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.»
- Ella, el rostro placentero, 62*
Dijo y turbada: «Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor

- De tan gentil caballero.»
 148 Y besando el rico don,
 Con un claveque y brindel
 Le prende con afición
 Al lado del corazón,
 Por briquiño ó por joyel.
- 149 Pero Aliatar el caudillo,
 De envidia ardiendo se ve;
 Y del coraje amarillo,
 Con celos, sobre un rosillo
 Lozaneándose fué,
- 150 Y en ronca voz, «Castellano,
 Le dice: yo con decoros
 Ofresco á mi dama ufano,
 No penachos de los toros,
 Sí cabezas del cristiano.
- 151 Y si vinieras de guerra
 Cual vienes de fiesta y gala,
 Vieras que en toda la tierra
 Mayor valor no se encierra
 Que el que Maredit exhala.»—
- 152 «Assí, dixo el de Vivar,
 Respondo:» y la lanza al ristre
 Pone, y se va hacia Aliatar;
 Mas, sin que nadie administre
 Orden, tocaron á armar.
- 153 Tamborettes y ajabebas
 Formaban hórrido estruendo
 Que retumba por las cuevas.
 Elipa está conteniendo;
 Mas la voz ¡oh viento! llevas.
- 154 Ya fiero bando con gritos
 Su muerte ó prisión pedía,
 Cuando se oye en los distritos
 Del cerro de Leganitos
 Del Cid la trompetería.
- 155 Entre la Monclova y Soto
 Tercio escogido emboscó,
 Que viendo cuanto tardó,
 Se acerca, oyó el alboroto,
 Y al muro se abalanzó.
- 156 Y si no vieran salir
 Por la puerta á su señor
 Y á Elipa á le despedir,
 El castellano furor
 Entra en la fuerza á dormir.
- 157 Porque el moro, recelando
 Que en Madrid tenga partido,
- De tan gentil caballero.»
 Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
 Le prende con afición
 Al lado del corazón,
 Por *brinquiño* y por joyel.
- Pero Aliatar el caudillo,
 De envidia ardiendo se ve;
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
 Lozaneándose fué,
- Y en ronca voz, «Castellano,
 Le dice: *con más decoros*
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.
- Y si vinieras de guerra
 Cual vienes de fiesta y gala,
 Vieras que en toda la tierra
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»—
- «Así, dixo el de Vivar,
 Respondo:» y la lanza al ristre
 Pone, *y espera* á Aliatar;
 Mas, sin que nadie administre
 Orden, tocaron á armar.
- Ya fiero bando con gritos
 Su muerte ó prisión pedía,
 Cuando se *oyó* en los distritos
 Del *monte* de Leganitos
 Del Cid la trompetería.
- Entre la Monclova y Soto
 Tercio escogido emboscó,
 Que viendo *cómo* tardó,
 Se acerca, oyó el alboroto,
 Y al muro se abalanzó.
- Y si no vieran salir
 Por la puerta á su señor
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.
- El *Alcaide*, recelando
 Que en Madrid tenga partido,

63

64

65

66

67

68

69

70

71

Repórtase comedido;
 Y por el parque florido
 Aun le sale acompañando.
 158 Y es fama que á la bajada
 Juró por la cruz el Cid
 De su vencedora espada,
 De no quitar la celada
 Hasta que gane á Madrid.

Se templó disimulando;
 Y por el parque florido
Salió con él razonando.
 Y es fama que á la bajada 72
 Juró por la cruz el Cid
 De su vencedora espada,
 De no quitar la celada
 Hasta que gane á Madrid.

Finaliza aquí la LECCIÓN POÉTICA. De seguro tiene que haber sido, y será siempre, fecunda y gustosa para hombres de claro entendimiento y de fino amor á la perfección y belleza en el arte. Más ha de aprovechar el estudioso y discreto parándose unas cuantas horas á descubrir, reconocer y aquilatar los descaminos y los acier-tos en ambas composiciones, colocada la una al lado de la otra, que sobrecargando la memoria con abstracciones estériles y palabrerios discursos.

No he intentado hacer cabal examen crítico de las viejas y nuevas QUINTILLAS, sino poner al lector en situación de hacerlo por sí mismo. Confío que me lo agradecerá.

A. F.-G. y O.



EL RÉGIMEN POPULAR EN ARAGÓN

CONTRAPUESTO AL ARISTOCRÁTICO.

- § 1.º Necesidad de estudiar el régimen popular de Aragón contraponiéndolo al del Rey y la aristocracia: sus épocas y desarrollo.
- § 2.º División territorial de Aragón desde fines del siglo XII: alto y bajo Aragón.
- § 3.º La oligarquía: su predominio en el alto Aragón y sus abusos.
- § 4.º Las Comunidades en general: política del Batallador en su creación.
- § 5.º Las Comunidades de Aragón: Calatayud, Daroca y Teruel.
- § 6.º Otras Comunidades posteriores en Castilla y Aragón.
- § 7.º Decaen las Comunidades de Castilla desde el siglo XIII y prosperan las de Aragón.
- § 8.º Feudalismo eclesiástico en el alto Aragón: su carácter.
- § 9.º Feudalismo eclesiástico en el bajo Aragón: las órdenes militares.
- § 10. Junteros y sobrejunteros: liga de los Concejos.
- § 11. Reyertas entre las villas cabezas de Comunidad y las aldeas.
- § 12. Asistencia de los Concejos á las Cortes: clasificación de ciudades, villas y aldeas.

§ 1.º

NECESIDAD DE ESTUDIAR EL RÉGIMEN POPULAR DE ARAGÓN CONTRAPONIÉNDOLO AL DEL REY Y LA ARISTOCRACIA.

No es posible comprender bien las vicisitudes del régimen político de Aragón, sus resoluciones y su estado social, sin considerar el régimen concejil ó municipal, llamado más ó menos propiamente *popular*, contraponiéndolo al del Rey y los señores, estudiando al mismo tiempo las variedades que esto ofrecía en los diferentes puntos del territorio, muy distintos y con diferentes fueros, costumbres y organismos, y aun esto mismo según las épocas, ó, como dicen ahora, el desenvolvimiento social en *el tiempo y el espacio*.

Mucho se habla de la democracia y de las libertades de Aragón, pero quien afirme que en Aragón apenas había lo que se llama *pueblo*, y que las libertades eran aristocráticas más que democráticas, no andará descaminado. Allí no había igualdad, ni ante la ley ni

ante el Estado, y donde no hay igualdad no hay libertad verdadera. Allí había razas, clases y castas; había moros y judíos, que no gozaban de los fueros, y que reclamaban el cumplimiento de capitulaciones mal cumplidas. Había vasallos de los señores que, si no eran meras *cosas*, eran siervos de la gleba, pegados al terruño, sin poder emigrar, ni buscar otros arriendos y aparcerías. Había villanos de parada, despreciados y maltratados hasta por la ley, que apenas les reconocía derechos. Había los villanos de signo y divisa del Rey, que se daban por muy contentos mientras lo eran, pues gozaban de los fueros en gran parte, y el Rey los protegía por la cuenta que le tenía; pero que estaban siempre con el temor de que el Rey los vendiera, ó donara á cualquier noble, pues desde aquel momento los llamados hombres libres, vendidos como un rebaño, pasaban á ser siervos de un señor, que los maltrataba y esquilma á su antojo. Los vasallos de iglesias y monasterios gozaban también de los fueros y de una sombra de libertad; pero en cuanto á ser esquilcados y explotados no eran de mejor condición que los vasallos de las señorías, y, si al Abad, ó al Obispo, se le antojaba vender el pueblo á un sobrinito suyo, ú otro cualquiera, en aquellos tiempos de excesivo nepotismo, aquel día acababa su escasa libertad, pues ni gozaban ya de fueros, ni de la manifestación al Justicia, ni de recurso á los tribunales reales.

Y donde los villanos estaban respecto á los nobles é infanzones en la proporción de nueve á uno, y los vasallos eran en gran número, ¿podrá decirse que era un país libre? Calculando que Aragón tuviera entonces poco más de medio millón de habitantes, pues á 600.000 no llegarían, los ricos hombres eran 12 y llegaron á ser unos 20, los mesnaderos unos 100, los infanzones pasaban de 1.000, los vasallos de señores de 50.000, otros tantos, ó más, eran de iglesias y monasterios, los ciudadanos hermunios de ciudades y villas unos 200.000, los villanos de signo del Rey otros tantos. Resultaba, pues, en este cómputo ó estadística aproximada, que los verdaderamente libres, hasta la anarquía, eran unos 2.000 individuos; libres asimismo hasta la anarquía los hermunios de algunas ciudades y villas prepotentes, regidos oligárquicamente y, por tanto, tiranizando en tiempo de paz los caciques á la masa general de la población, que se decía y suponía libre. ¿Y había libertad donde existían unos 2.000 nobles que obedecían cuando querían y como querían, y tiranizaban á 50.000 de sus semejantes, unos 100.000 manejados oligárquicamente, tiranos un día y tiranizados al siguiente, y el resto, más de la mitad de

los aragoneses, considerados como villanos de parada, objeto de ludibrio y desprecio, *servum pecus*, que gozaba á medias de los beneficios de los fueros cuando había que mimarlos en tiempo de guerra? Si esto era libertad, ni aun en la Edad Media había que deseársela á quien la aplauda y la encomie.

Pero en general habría que decir lo mismo á todos los encomiadores de las cosas de la Edad Media, y esto consiste, en que los escritores se hacen la ilusión de creer que, de volver las cosas á tal estado, ellos serían señores, y no se acuerdan de que quizá podía tocarles en el reparto el ser villanos, ó vasallos.

Por lo que hace *al tiempo*, hay que advertir que, así como dividimos la época casi prehistórica de Aragón en tres períodos hasta D. Sancho el Mayor, desde el tiempo de Ramiro I tenemos que dividirla para la parte política en otros tres períodos ó épocas:

1.^a Desde D. Ramiro hasta D. Alonso II el Casto inclusive, siglos XI y XII, en que se conserva el elemento primitivo aragonés en toda su pureza.

2.^a Desde D. Pedro II, el Católico, en que fermenta el elemento revolucionario, por efecto de sus liviandades, y en que la aristocracia medra á costa de la verdadera libertad, hasta D. Pedro IV inclusive, que logra dominarla en parte (siglos XIII y XIV), después de las terribles luchas de la Unión.

3.^a Desde D. Juan I, cuya frivolidad y ligerezas dan lugar á que la aristocracia, apoyándose en la leyenda y la jurisprudencia lírica, gane por astucia los derechos tiránicos que había perdido, hasta Felipe II que, por un acto de crueldad y tiranía, vino á dar la paz al País, y agregar la Corona de Aragón á Castilla, formando á España; lo cual no habían logrado ni su padre ni los Reyes Católicos.

Hemos recorrido el primer período: fáltanos recorrer los otros dos de la revolución armada, titulada *La Unión*, y el de la tiranía aristocrática y leguleya, disfrazadas ambas con máscara de libertad.

§ 2.º

TERRITORIO DE ARAGÓN: DIVISIÓN TERRITORIAL.

Hecha la división *de tiempo*, hagamos la *del espacio*.

Tomó Aragón su nombre del río que así se llama. En la etimología de su nombre nos detendremos poco, pues tal cuestión tiene más

de curiosa que de útil. Dicen que en el nacimiento del río había un ara dedicada al valor, que se llamaba *Ara-agonis*.

Si la hubo, nadie la ha visto, ni se sabe dónde para: de *ago agonis* se dijo *agonia*.

Dos eran los ríos que llevaban este nombre, por cuyo motivo se decía á veces en plural *Aragonum*.

Nace el principal en la cúspide del Pirineo cerca de Canfranc, y no lejos de su nacimiento únensele el río Baguerre, y otro riachuelo que baja de los cerros de Santa Cristina: con ellos aumenta su caudal para llegar á Jaca, por donde pasa humilde, y después de saludar sus muros, tuerce su curso hacia el Poniente, pues la Sierra de la Peña se opone á su paso, trazando su divisoria con el Gállego, que recoge las aguas de la opuesta vertiente y entre ellas las del otro Aragón, llamado Subordán, que nace en el puerto de Aragues, y recorre el valle de Echo. Pero el territorio aragonés disfruta poco de los caudales del río que le da nombre, pues en la azarosa división de sus fronteras, al salir de Tiermas, entra en Navarra, y recorre una zona poco poblada, la cual parece que la naturaleza destinaba á formar parte de Aragón, y que á pesar de eso es de Navarra.

Allí está Sangüesa, estrechada entre el río y la frontera, en la confluencia del río Oncella con el Aragón. Aquel pequeño río da nombre al valle y territorio de la Valdonsella, objeto de largos pleitos entre los Obispos de Huesca y Pamplona, y que, á pesar de que el Obispo Sandoval hallaba iniçuo, absurdo y anticanónico que se lo disputaran los aragoneses, la Santa Sede cometió la iniquidad anticanónica y absurda (vamos al decir del Sr. Sandoval) de devolverlo al Obispado de Jaca, de que había sido antes que de Pamplona.

En el pueblo de Biel, de donde tuvo la honor D. Alfonso el Batallador, antes de ser Rey, nace el río Arba, que lleva su nombre, á diferencia del Arba de Luesia, que viene á unirse con él en Egea de los Caballeros, de donde, unidos y acrecentados con otros arroyos, bajan á Tauste y afluyen al Ebro. Todavía allí hay un seno ó recodo de Navarra que llega hasta Pradilla, y que acredita cuán anómala é irregular es la frontera por esta parte, merced á los azares de la guerra y á los caprichos de los caciques lugareños durante las tenaces luchas entre aragoneses y navarros, en tiempo de D. Ramiro el Monje.

Por el contrario, el triángulo que posee Navarra al otro lado del Ebro, teniendo por base este río desde cerca de Alfaro á Cortes, y fijando por cúspide á Monteagudo, tiene razones para ser de Nava-

rra, pues fué territorio de la Vasconia hasta *Allobone* (Alagón); y, aunque reconquistado por D. Alfonso el Batallador, se ladeó á Navarra después de la aciaga muerte de éste. Quizá contribuyó á ello el haberse dado el señorío de Tudela al Conde de Alperche, pues, á la muerte del Batallador, los Bearnese se adhirieron más bien á Navarra, al paso que Aragón, al ganar por su entronque con Cataluña lo que había perdido por la parte de Navarra, se atrajo las poderosas casas de Fox, Tolosa y otras, que hablaban el *lenguaje del oc*, llamado impropiamente limosín.

Casi pudiera decirse que este idioma, y no dialecto, era el oficial de la Corona de Aragón, pues lo era de la casi totalidad de los Reinos, Cataluña, Valencia, Baleares y gran parte del alto Aragón, en la colindante con Cataluña; y lo hablaron y escribieron varios Reyes, desde D. Jaime el Conquistador hasta D. Pedro el Ceremonioso, ambos cronistas.

Por la parte de Levante y en lo alto del Pirineo, lindando con Cataluña, nace el Garona en el extremo de la raya de Aragón, y aun casi en territorio aragonés. Sirve de frontera fraternal con Cataluña el río Noguera, que, bajando al monte Maladea, no lejos de Benasque, corre hasta cerca de Almacellas, límite de Aragón y Cataluña, donde afluye al Segre (antiguo *Sicoris*), con el cual pasa por Lérida. Poco después se une con el Cinca, en el sitio donde estuvo el monasterio de Escarpe, con sus citercienses, más adelante trapenses, y con poderoso caudal entran juntos en el Ebro, después de besar los muros de Mequinenza.

No lejos del Noguera nace el Cinca, también en lo más alto del Pirineo, y baja por el valle de Bielsa hasta Boltaña, donde desemboca al llano, y después de regar los feraces campos de Barbastro y Fraga, célebre en otro tiempo por su pesada maza para hincar los pilotes sobre que estribaba el puente, recibe el Alcanadre, antes de unirse al Cinca, como queda dicho.

Á poca distancia de Fraga está la frontera de Cataluña. Lérida y Fraga son la base de otro triángulo agudo con El Clamor de Almacellas, que el Rey D. Jaime II declaró ser de Aragón, contradiciéndolo Cataluña.

En efecto, en el libro segundo de los fueros, añadido á la compilación hecha por el Obispo Canellas, está el título que dice: *Quod Ripacurtia et Littera usque ad Clamorem de Almacillis sint de regno Aragonum*. Y es muy notable aquel fuero, porque expresa que aquellos territorios estaban poblados á fuero de Aragón, *excepto los feu-*

dos; que los Ricos hombres habían tenido aquellas tierras sólo en honor, y que los vegueres y paheres de Cataluña les hacían muchos agravios, por ignorar los fueros de Aragón.

Toda aquella tierra desde el Gállego á Mequinenza, llamada hoy los Monegros, es un mísero desierto, sin agua, sin vegetación, sin viviendas; Mancha de Aragón, y que es una verdadera *mancha*. De Pina á Velilla de Cinca, de Leciñena á Mequinenza, el terreno de aquella parte de Aragón es una especie, de Sahara, sin árboles, aguas ni viviendas, salvo algún mísero pueblecillo, donde apenas tienen agua de pozo, ó alguna inmunda charca de agua pluvial, á pesar de que el Gállego y el Cinca pasan por allí con grande altura, desperdiciando sus caudales, como los de casi todos los ríos de nuestra Patria.

Á la parte del Ebro aquende se reproduce el mismo triste espectáculo de esterilidad, aridez y desolación, que al otro lado: áridas llanuras sin un árbol, sin una mata, sin una triste vivienda. Los franceses han saneado y fecundado sus landas: aquí son yermos, páramos y eriales esos vastos terrenos, que quizá fueron feraces campos en tiempo de los Romanos. Entonces estaban arbolados y atraían humedad y frescura. ¿Fueron los godos, fueron los musulmanes los que causaron tal devastación, al modo que es hoy un terreno de cal y ceniza la Palestina, que los Israelitas tenían cual un verjel? En mi juicio, contribuyeron á ello unos y otros. La decantada agricultura de los moros ha sido ponderada, como otras cosas suyas, más de lo justo. En vegas y tierras de primera calidad todos son buenos agricultores.

La mayor parte de estos terrenos eriales están próximos á Zaragoza, y algunos escritores culpan á la oligarquía de aquella ciudad de haber producido esos yermos á fin de tener pastos para sus ganados.

En el bajo Aragón, ó sea la *Tierra Nueva*, como la llama el fuero, y que está del Ebro aquende, hay tres secciones importantes que conviene distinguir. La primera es el pequeño territorio de Tarazona y Borja, adyacente á Navarra y Castilla la Vieja, que fué parte de la antigua Vasconia: segunda, el territorio de las cuatro Comunidades de Calatayud, Daroca, Teruel y Albarracín, riñón de la antigua y potente Celtiberia (1), como dice Estrabón; y tercera, lo que

(1) *Celtiberi praestantiores versus ortum habitant et meridiem.* (Vease el capítulo 1.º del tomo XLIX de la *España Sagrada*.)



llaman comunmente en Aragón la *Tierra Baja*; Alcañiz, Belchite, Híjar y Caspe, recodo de la antigua Edetania, la cual llegaba hasta Zaragoza, según Estrabón. Hasta tal punto vino á conservarse la geografía antigua, bien fuera por la tradición, bien por casualidad.

De Aragón debiera ser el territorio del puerto de Beceite hasta el Ebro, con los de Cherta y Gandesa, que á D. Jaime I se le antojó unir á Valencia, como conquistas suyas.

La razón de estas divisiones y la influencia en la política merecen ser conocidas antes de entrar á tratar de las revoluciones de Aragón; y para ello hay que estudiar los azares de la reconquista desde la muerte del Batallador hasta D. Jaime el Conquistador.

Terminada la conquista de Valencia, la Corona de Aragón quedó redondeada de un modo parecido á la de Castilla, si vamos á buscar analogías. Era Navarra para Aragón lo que Portugal para Castilla; Cataluña, lo que la antigua Corona de León con Galicia y Asturias, y aun el título de Gerona llevaban los Príncipes herederos, como el de Asturias los de Castilla. Las Comunidades de Calatayud, Daroca y Teruel, con sus fueros de frontera y organización foral especial y privilegiada y su terreno montuoso, remedaban en Aragón á las Provincias Vascongadas; y la Tierra Baja, donde las Órdenes militares tenían, la de Calatrava la villa de Alcañiz, la de San Juan á Caspe, la de San Jorge de Alfambra no pocos territorios cercanos á Teruel, y los Templarios á Cantavieja, Tronchón, Fortanete y otros varios pueblos de la Serranía próxima á Morella, remedaba á los territorios de la Mancha y Extremadura, donde habían hecho grandes conquistas, asiento y encomiendas las tres Órdenes militares de Castilla, con más las del Hospital y el Temple. Finalmente, Valencia, ganada por D. Jaime, al tiempo mismo que San Fernando conquistaba gran parte de Andalucía, era para Aragón lo que ésta para Castilla, y no pocas las afinidades de la Edetania con la Bética.

No quiero dejar de observar la clasificación geográfica de Aragón que se hizo al ajustar las paces, de que luego hablaremos.

En el libro sexto, al tratar de las infanzonías, se dividía Aragón en Serranía y Tierra Nueva. Es notable el siguiente pasaje.

Pena invasionis palatii infancionis est.

Ultra serram XXV solidorum.

Et citra quæ dicitur Terra Nova, id est noviter acquisita, LX solidorum.

En mi juicio, se entendían por Tierra Nueva las conquistas de

D. Alfonso el Batallador, esto es, del Ebro aquende. Y se ve más claro en este libro séptimo al elegir los paheres, ó paciarios, para cumplir la tregua y paz, pues en 1265 se nombra por paciarios, del Ebro allá, al mayordomo del Rey, A. de Foces, y á R. de Lizana, y del Ebro acá á Blasco de Alagón y Artal de Luna. Merece citarse el texto: *Statuimus autem paciarios huius pacis, et executores, Citra Iberum, dilectos nostros A. de Focibus, mayordomum Aragonum, et R. de Lizana.*

Ultra Iberum, B. de Alagone et A. de Luna.

Se da tratamiento de ciudades á Zaragoza, Huesca y Jaca: *Nec non civitatibus Cesarauguste, Osce, Face, atque aliis populis Regni nostri.*

En el anterior se había declarado villas grandes á Calatayud, Daroca, Teruel, Alcañiz, Borja, Barbastro, Exea y Un-Castillo, al declarar la obligación de dar fianza de derecho el desafiador, *vel ante Regem, vel tenentem locum Regis, vel ante Justitiam propinquioris civitatis, vel villarum magnarum, scilicet Calatajubii (1) Daroce, Turolii, Alcanicii, Burgie, Barbastri et Unicastri.* Aunque no se nombre á Tarazona entre las ciudades, se cree que lo era, como ciudad con catedral, pues por lo común se daba este título á los pueblos que las tenían, por respeto á los cánones nicenos, que prohibían ponerlas en pueblos pequeños, *ne episcopalis dignitas vilesceret.*

§ 3.º

LA OLIGARQUÍA EN ARAGÓN.

Deslindadas, pues, las Señorías, y las diferentes categorías y clases de la nobleza y aristocracia de Aragón, libre en parte hasta la anarquía, la rebelión y el asesinato jurídico, según luego veremos, conviene estudiar lo que eran la oligarquía y el caciquismo, su aliado y cómplice en tiranías y malversaciones, desde las funestas guerras civiles de la Unión.

Recién conquistada la ciudad de Zaragoza, le dió D. Alfonso el Batallador, en 1119, el fuero, que se llamó *de los veinte*, cuyo texto

(1) Calatayud no reivindicó el título de Bilbilis hasta entrado el siglo XVI, y en la recrudescencia clásico-pagana.

en el latín bárbaro de su cancelaria, puro romance latinizado, dice así:

«Además de esto os mando que me juréis todos estos fueros los veinte hombres mejores que eligiereis de entre vosotros, y los veinte de entre vosotros que juréis primero hagáis jurar á todos los demás, salva mi fidelidad y mis derechos, y de todas mis costumbres, y que todos os ayudéis y os mantengáis unidos para la conservación de estos fueros que os doy, y no os dejéis violentar por ningún hombre, y á quien os hiciere fuerza ó violencia, uníos todos y destruidle sus cavas y todo cuanto tenga en Zaragoza y fuera de Zaragoza, y yo os ayudaré á ello.»

Et qui vos voluerit inde forçare totos in unum destruite eis suas casas, et totum quantum habet in Zaragoza et foras Zaragoza.

Este era el origen del célebre privilegio que se llamaba *de los veinte*, el cual era mirado como el paladión de las libertades de Zaragoza, pues se acudía á él para defender los derechos é intereses de aquella ciudad, *ut nequid Respublica detrimenti caperet*. Pero este pretendido monumento de libertad no era, ni fué hasta el siglo XVI inclusive, sino un pretexto para atropellos y execrables tiranías dentro y fuera de Zaragoza. Dentro de la ciudad, porque en muchas ocasiones sirvió de pretexto para venganzas de los caciques, y aun para cometer asesinatos jurídicos impunemente, á pretexto de salvar el orden público; y fuera, porque con ese pretexto cometían los vecinos, y en especial los ganaderos, toda clase de atropellos á mansalva, metiendo sus ganados por los campos de todos los pueblos inmediatos; y, si llegaban á oponerse los míseros villanos, salían de Zaragoza las turbas armadas, y arrasaban á roso y belloso cuanto se les ponía por delante, como hicieron con el Castellar, pueblo que destruyeron inicualemente, y no fué el único que hubo de ser víctima de tan brutal tiranía. Si quien abusa de tal modo de la fuerza, en virtud de un privilegio feroz y abusivo, llama á tal fuero *libertad*, las víctimas, y todos cuantos tengan sentido común, han llamado y llamarán siempre á esto *tiranía*.

Este detestable privilegio lo dió también D. Alfonso el Batallador á Tudela, en 1127 (1), y lo llamaban también del *tortum per tortum* (tuerto por tuerto, daño por daño), porque en uno y otro había esta

(1) Colección de fueros de Muñoz, á la pág. 120 el fuero de Tudela, y á la 451 el de Zaragoza.

cláusula: *Si quis vero voluerit vobis tollere, vel tortum facere de istos fueros; pectet mihi inde mille morabetis.*

Créese que este privilegio, ó cosa parecida, lo tuvo antes la ciudad de Huesca; la cual, en más de una ocasión, y aun en este mismo siglo, usó y abusó del derecho de talar los campos de los pueblos inmediatos, siempre que se decía que les habían hecho algún daño ó agravio, por pequeño que fuera, llegando esta tiranía oligárquica hasta el extremo de talar y arrancar las viñas y las mieses de los campos, que habían sido regadas con agua del pantano, sin permiso de las autoridades de Huesca (1).

El bueno de Argensola (Lupercio), hablando de este execrable privilegio, en su *Información de los sucesos del Reino de Aragón*, en 1530, se expresaba así en el cap. XII (2). Dice que lo dió don Alonso I en 1115 (3) «para poblar mejor la ciudad.» La cual de tal manera ha conservado este privilegio y *extendido sus palabras*, que *¡en odio de la mayor parte del Reino!* (nótese bien) es su áncora sacra. Es verdad que á esta conservación ha ayudado la tolerancia de algunos Reyes, que se han valido de este instrumento, porque *Zaragoza siempre pende de la voluntad Real* (!) (4).

«Quando este privilegio sale, tiemblan las personas á quienes Zaragoza amenaza, porque, si para ejecutar con rigor es menester derribar casas, formar ejército y destruir campos, *heredades ó lugares*, lo hace guardando esta forma: que el Senado ó capítulo y consejo, informado del agravio que la ciudad padece, declara que aquél es *tuerto*; notifican á la parte que lo hace que haga la enmienda de la manera que los Romanos enviaban para este efecto los feciales, y, si persevera en el hecho, eligen veinte hombres, cuyo magistrado no

(1) Un diputado de Huesca, liberal y aun progresista (de nombre y partido, no de *hecho*, que es cosa distinta), me contaba años pasados con cierta fruición, y casi delectación morosa, que, siendo niño y estando en una escuela de Huesca, á principios de este siglo, tocaron *á tala*, y que el maestro, soltando su rebaño menudo, según costumbre, envió los chicos á reforzar la turba multa de labradores, estudiantes, sastres, zapateros y demás *gente ordinaria*, que salían con hachas, picos y cuanto hallaban á mano para destruir las viñas, huertas y sembrados de un pueblecillo inmediato, cuyos vecinos habían *cometido la picardía* de regar sus campos el día anterior con aguas del pantano.

(2) Pág. 16 de la edición de 1808.

(3) Error grave en un cronista, pues en 1115 no estaba conquistada la ciudad de Zaragoza.

(4) Luego veremos todo lo contrario.

tiene límites de tiempo ni jurisdicción, si el mismo consejo no los puso, y así vulgarmente es llamado *el privilegio de veinte*; no solamente no bien recibido de los del Reino, pero *no hay inventado título harto execrable, que no le den aquellos que han sido lastimados de su furia*. Mas Zaragoza le defiende y tiene en uso con gran cuidado, ni le faltan razones para probar que es justo.»

Razones de cierto género (1) no faltan nunca á los rábulas y pica-pleitos para defender tiranías y abusos, cuando hay quien lo pague bien. Pero ¿qué decir de la frase de Argensola, de que Zaragoza pendió siempre de la voluntad Real, siendo así que durante las guerras de la Unión llegó á ser una especie de Argel para los Reyes, cuando entraban en la ciudad sin ejército que los defendiera? Véase por qué no se puede formar verdadera idea de las libertades de Aragón sin dar á conocer las oligarquías de Zaragoza y Huesca.

No acriminaremos á D. Alfonso el Batallador por la formación de estas oligarquías, cuyas malas consecuencias no acertó á prever. Tenía el modelo de ellas en las ciudades del alto Aragón, Jaca, Barbastro y Huesca: quería dar fuerza á las dos célebres poblaciones ribereñas del Ebro, Zaragoza y Tudela, contra los señores feudales, que quisieran más adelante avasallarlas. Mientras fué Rey de Castilla convínole tener su capital en Soria, punto céntrico de Aragón, Navarra y ambas Castillas. Pero, retiradas ya las guarniciones de aragoneses y navarros, que tenía en Castilla, después de su divorcio, y reunidas todas sus fuerzas para la difícil é importante empresa de ganar á Zaragoza, hubo de pensar en poner aquí su capital, como la puso; al modo que los Reyes de Castilla habían ido teniendo su corte en Oviedo, León, Burgos y Toledo, según iban avanzando en la reconquista.

No le convenía, pues, que la ciudad, capital de su ampliado Reino, fuese feudal: por eso desde luego, y en 1119, dió ese privilegio, al parecer democrático, pero que por la fuerza de las circunstancias se hizo oligárquico, y que sirvió, más que para la defensa de las libertades zaragozanas, para satisfacción de los caprichos y venganzas de los caciques *burgueses*, que, sin ser nobles, alardeaban asimilarse á ellos por sus riquezas é influencia.

Por lo que hace á Tudela, es de notar que el Batallador no le dió

(1) *Razón de pie de banco* llama el *Diccionario de la Lengua* á la que no convence ni satisface.

desde luego el fuero del *tortum per tortum*, pues había dado la ciudad en feudo al Conde de Alperche, y no cabía, por tanto, aquella oligarquía con este feudo, que no era solamente señoría de honor. Debió mediar algún disgusto con el Conde, quizá por las pretensiones de D. Alfonso dentro de la Gascuña francesa, y entonces fué cuando ideó dar á Tudela, en 1127, aquel desafortado fuero, que ocho años antes había dado á Zaragoza, para crear un feudalismo municipal prepotente contra las pretensiones del feudalismo aristocrático ó nobiliario.

Así parece que se puede explicar el origen de aquellos fueros. Agregada á Navarra la vascona *Tutela*, constantemente desde la muerte del Batallador, por las tradiciones de la geografía hispano-romana, no olvidadas á pesar de las irrupciones de Godos y Musulmanes, no llegó la oligarquía de Tudela á producir en Navarra los males y desafueros que la de Zaragoza produjo en Aragón, y sobre todo en los territorios adyacentes á la capital aragonesa, la cual no sólo avasalló, sino que despobló y esterilizó sus contornos.

§ 4.º

LAS COMUNIDADES EN GENERAL, TANTO EN CASTILLA COMO EN ARAGÓN: POLÍTICA DE DON ALFONSO EL BATALLADOR.

En contraposición á esta tiranía oligárquica, no estudiada ni comprendida por los políticos, que han escrito á carga cerrada acerca de las libertades de Aragón, estaban los fueros especiales de las tres Comunidades del bajo Aragón, que eran Calatayud, Daroca y Teruel, á las cuales se agregó más adelante la de Albarracín.

Ganadas por D. Alfonso el Batallador Zaragoza, Alagón, Tafalla, Tudela, Borja y Tarazona, dejó aseguradas una y otra orilla del Ebro hasta Zaragoza, dándose la mano estas ciudades con Alfaro, Calahorra y Soria, que ya antes eran de cristianos; pues la de Soria había ganado, asegurado y repoblado en los primeros años de su matrimonio con D.^a Urraca. Y no sirve decir que ya de antes Soria era Castilla, y tierra de cristianos, pues también consta que todo aquel territorio, como el de Almazán y Atienza, se perdió en los últimos años del reinado de D. Alfonso VI, y de resultas de las batallas en que fueron derrotados sus ejércitos, en una de las cuales murió el Príncipe su propio hijo y heredero, quedando el anciano mo-

marca sitiado en Toledo, y en grave riesgo. Tan perdido estaba todo aquel territorio al tiempo de morir el Conquistador de Toledo, que ni la misma villa de Osma, aun más arrimada á Castilla la Vieja, se daba por segura, según consta de las Lecciones del rezo de San Pedro, primer Obispo de aquella Sede después de la reconquista (1).

Así, que reconquistada, repoblada y asegurada Soria por el Batallador, prendóse éste de tal modo de aquella capital, cabecera del Duero y heredera de las glorias inmarcesibles de Numancia, que puso allí la capital de su monarquía, ó mejor dicho *imperio*, pues Emperador llegó á llamarse, como Rey de Aragón y Navarra por su derecho, y de León y ambas Castillas por el de su mujer. De ahí el que diga el escudo municipal de Soria:

Soria pura Cabeza de Extremadura.

Extremadura (*extrema Durii, fronteras del Duero*) equivalía á frontera, y en los privilegios de aquel tiempo hallamos en Galicia *extrema Minii*, y en Aragón se llamaba *Extremadura* á la ribera del Cinca, divisoria de Cataluña y del territorio que aun era de moros.

Para asegurar contra los moros aquellas *extremaduras*, y aun contra las demasías señoriales, ideó D. Alfonso el Batallador dar á todos aquellos territorios una organización militar y política á la vez, que constituyera una especie de feudalismo municipal, el cual sirviese de baluarte contra los musulmanes, y de contrapeso á la prepotencia de los magnates. Sugirióle quizá esta idea el fuero de la vecina ciudad de Nájera, medio castellana medio navarra, que había servido mucho para la libertad de Rioja, al paso que Calahorra y Haro, tiranizadas por sus señores, no valían para modelo.

La línea de batalla de aquella *extremadura*, formada por el Batallador en Castilla la Vieja, procedía de esta manera. Desde el nacimiento del Duero y la sierra de Gomara á la de Gredos, avanzaba por las de Riaza y las estribaciones del Guadarrama. Aquí comenzaba la segunda Comunidad prepotente de Castilla, que era Segovia, con vasto territorio y bien organizado, cuyo Concejo podía poner en cam-

(1) Dejando á D. Alonso VI enterrado en Sahagún, regresaba San Pedro á Osma, cuando le salteó la muerte al pasar por Palencia. *Deinde Palentino Episcopo dubitanti an corpus illius propter maurorum frequentes irrupciones Oxoman tuto deferrí posset... respondit, ipsum bono animo esse.* Lección VI del rezo del Santo, el día 2 de agosto.

pañá 5.000 peones y 400 jinetes, que tenían que ir en pos de su pendón concejil. En el Espinar y los campos de Fazalvaro enlazaba la Comunidad de Segovia con la de Ávila, con la cual reñía no pequeñas contiendas sobre cuestiones territoriales. La Comunidad de Ávila, avasallada por señores prepotentes y su numerosa aristocracia, no logró desarrollar su importancia municipal (1).

No así Salamanca, que, con un carácter democrático, y casi republicano en su origen, se organizó briosamente al estilo de la de Segovia, haciéndose respetar de moros y magnates, aunque no siempre con acierto ni próspera fortuna. De esta manera la línea de las Comunidades de Castilla, formada por D. Alfonso el Batallador, mientras fué Rey consorte, alcanzaba desde el nacimiento del Duero en Soria, hasta encontrar otra vez el Duero en la dirección de Salamanca y Zamora, llegando hasta la raya de Portugal, y teniendo por baluarte la sierra de Gredos contra los moros extremeños. Á mal llevaron los de Salamanca que D. Alfonso VIII fundase á Ciudad Rodrigo, dentro de su territorio concejil, y sin contar con ellos, y con el Rey mismo pleitearon, por considerar como una usurpación aquel hecho. Á tal punto subían sus bríos, y, si más adelante llegaron á formarse allí los señoríos solariegos de Béjar y Ledesma, y luego los de Alba y Peñaranda, arrancando al Concejo de Salamanca sus mejores villas, no fué esto sino cuando, debilitados los Concejos y enorgullecidos los magnates por el favor de los Reyes y las discordias civiles, cayeron de su poderío aquéllos y sus comunidades, así en Aragón como en Castilla.

Las Comunidades de Ávila y Soria perdieron el carácter de tales, y se hicieron aristocráticas y linajudas, y hasta que fueron suprimidas, en 1834, tuvieron reputación de ser madrigueras de robos, latrocinios y supercherías (2).

En Soria se hicieron linajudos: baste ver lo que dice su historia

(1) La historia de Ávila por el P. Ariz es un libro de caballería andante, forjado hacia el año 1518, y lleno de dislates.

(2) De los robos de la de Soria habló largamente Loperráez en la historia del obispado de Osma, pues, como parcial de esta ciudad contra Soria, no perdonó nada á los caciques de ella, para ponerlos en ridículo.

Con motivo de los escandalosos robos, que venían cometiéndose por los caciques de Ávila y los sexmeros de la tierra, se formó un expediente ruidoso á fines del siglo pasado, en el que figuraron innoblemente varios títulos, clérigos y ganaderos de Ávila y de su tierra, por lo que han dado ahora en llamar *irregularidades*, que antes se llamaban *estafas y desfalcos*.

acerca de sus célebres *linajes*. El Municipio y el pueblo quedaron eclipsados. Ávila se tituló *de los caballeros* por los muchos que allí había, y su Municipio y Comunidad quedaron tan anulados, que ni aun tienen historia. Salamanca y Segovia sostuvieron sus fueros democráticos, y aunque en ellas había no pocos nobles, y por cierto muy ilustres y denodados, lograron salvar las franquicias, libertades é importancia de sus Municipios hasta nuestros días.

Pero ¡cosa notable! ninguna de las cuatro ciudades Soria, Segovia, Ávila y Salamanca ha podido dar con sus fueros primitivos y procomunales, y aun apenas con sus cartas pueblas, y se explica bien esto en el empeño que hubo por borrar de la memoria los beneficios que les había hecho el Batallador. Sábese que éste era apoyado en Castilla por el clero secular y los burgueses, y detestado por los monjes y los señores feudales. Así nos lo revela el titulado anónimo de Sahagún, entre sus numerosas ficciones y mentiras. De aquí el que, al retirar el Batallador las guarniciones de aragoneses y navarros que tenía en Castilla, se hiciera todo lo posible por borrar la noticia de estos beneficios y hasta los fueros que los contenían (1).

Posteriormente, y á imitación de estas cuatro grandes Comunidades de Castilla, cuyo territorio es hoy día precisamente el de sus provincias, se formaron otras varias Comunidades, menores unas, como Sepúlveda, Almazán y Madrid, y más adelante otras importantes, como Toledo y Cuenca. Traía Segovia ruidosos pleitos sobre territorio, no solamente con Ávila, sino también con Madrid y Toledo (2), de tal modo, que San Fernando hubo de entender en la hitación entre los Concejos de Segovia y Madrid; pues pretendía Segovia llegar hasta los muros mismos de esta villa, puesto que los segovianos se habían apoderado del portillo fortificado, que hasta nuestros días se llamó *la puerta de Segovia*.

No de otra manera el Obispo de Pamplona tenía metido el pie dentro de Zaragoza, pues, acampado con sus navarros á orillas del

(1) El fuero de Salamanca, que publicó el Sr. Sánchez Ruano, con muy desdichadas aunque pretenciosas observaciones, no es el fuero primitivo de Salamanca, ni con mucho, sino que se reduce á unas ordenanzas municipales aprobadas por D. Alonso IX, en época muy posterior.

(2) En el archivo municipal de Segovia, que he podido reconocer detenidamente, hay papeles muy curiosos relativos á la sublevación de las Comunidades de Castilla. Por ellos se ve que todavía entonces duraban las reyertas territoriales de aquella Comunidad con la de Toledo.

Huerta, fué el que se apoderó del *Suburvio* ó arrabal, que había entre este río y el muro viejo, ó romano, el cual iba desde la puerta de Toledo, por lo que ahora se llama el Coso, y entonces era el foso de la ciudad, motivo por el cual quedó de su jurisdicción la feligresía que aun se llama de San Miguel de los Navarros. Quizá por razón análoga el de Huesca tiene todavía la jurisdicción en el territorio inmediato de Santa Engracia.

Preciso era hablar, siquiera fuese rápidamente, del origen de las Comunidades de Castilla, pues que éstas precedieron á las de Aragón, y unas y otras debieron su origen á D. Alfonso el Batallador. Unas y otras fueron importantísimas en la historia popular y concejil de ambas Coronas, siquiera en una y otra no se haya hecho alto en estas instituciones democráticas, como fuera justo (1). En Castilla se habla de las Comunidades con motivo de la sublevación de Padilla y los comuneros. La idea que de las Comunidades de Castilla tenían nuestros padres, puede calcularse por las necesidades y ridiculeces que hicieron los llamados *comuneros* en 1822, al organizarse en sociedad política, casi pública, contra las logias masónicas, y las de los llamados anilleros, de ficticia memoria. Nada de fueros, ni cartas pueblas, ni organización militar, municipal y económica, ni emancipación de villas sabían los que idearon aquel grotesco ceremonial, en que el recipiendario se cubría con el escudo de Padilla, que solía ser de hoja de lata.

No tienen tampoco, según vamos á ver, conexión alguna ni punto de contacto las antiguas Comunidades de Aragón y Castilla, pacíficas, laboriosas y adictas casi siempre á los Reyes, con los conatos de los comunistas modernos y sus teorías anárquicas y rapaces.

Dejando, pues, á un lado lo relativo á las Comunidades de Castilla, y su organización territorial, municipal, militar, económica y agronómica, inexploradas y no estudiadas todavía, á pesar de su mucha importancia hasta principios del siglo XVI, y aun alguna

(1) En mi discurso de recepción en la Real Academia de la Historia tomé por asunto el tratar del origen de las tres antiguas de Aragón y de la más moderna de Albarracín, con harta extrañeza de la generalidad de los eruditos, pues la mayor parte de ellos no sabían que hubieran existido Comunidades sino en tiempo de Padilla y en Castilla.

En la Sociedad Geográfica di una conferencia sobre las de Aragón y Castilla, bajo el punto de vista geográfico, y como punto de partida de nuestra división provincial en gran parte.

económica después, pasemos á las de Aragón, que son el objeto especial de estas observaciones é investigaciones, para comprender cuál era el estado de la verdadera democracia en Aragón, en los siglos XII y XIII, en contraposición á la aristocracia, ya estudiada, y antes de que ésta hiciera su negocio á costa de la Corona y de los pueblos, llamando *libertades* á sus usurpaciones.

§ 5.º

LAS COMUNIDADES DE ARAGÓN: CALATAYUD, DAROCA Y TERUEL.

No fundó desde luego D. Alfonso el Batallador las dos Comunidades primeras de Calatayud y Daroca. Verificó la conquista de estos territorios hacia el año 1118. El primer señor á quien dió la honor de Calatayud fué un tal Íñigo Jiménez, según aparece del fuero de Cabanillas, otorgado en 1124: *Senior Eneco Semenones in Calatayube* (1). Poco duró en aquel señorío, pues el año 1127 aparece que tenía éste caballero el honor de Tafalla (2).

En 1131 D. Alfonso dió fuero á los de Calatayud, estando sitiando á Bayona de Francia: allí aparece como señor de la villa Pedro de Castellazol, que lo fué durante algunos años, pues aparecía su firma en otros varios documentos. El fuero no se redactó en la Cancillería Real, sino que se lo presentaron al Rey los pobladores de Calatayud, escrito en romance, al parecer, y luego en ella se tradujo al latín grosero que entonces se usaba, que era un romance latinizado más bien que latín romanceado.

Comienza el Rey diciendo, que hace donación y confirmación de aquella carta á todos los pobladores de Calatayud, á mayor honra y gloria de Jesucristo y de la Virgen María, para bien y honor de los cristianos, y para confusión y maldición de los paganos, que Dios confunda.

En seguida añade: «Os doy y concedo los fueros tales cuales *me los habéis pedido.*»

Lo primero que les concede es el *medianeto* ó tribunal de medianería, con todas las tierras inmediatas realengas, y que este media-

(1) Muñoz, *Colección de fueros*, pág. 444.

(2) *Senior Enero Semenones in Tafalla*: fuero de Tudela: Muñiz, pág. 422.

neto sea á la puerta de Calatayud, según la costumbre de la Edad Media, de que las puertas de la ciudad fuesen, á la vez que fortalezas y cuerpos de guardia, comisarías de policía y tribunales de jurados. De ahí el que en Molina y otros puntos los concejales llevasen el título de *aportellados*, porque cada concejal cuidaba de la defensa de un portillo, ó puerta del muro, administraba justicia en él, y vigilaba la conservación del orden, rondas, etc., en el barrio contiguo al dicho portillo.

Las palabras del otorgamiento del fuero de Calatayud son:

Dono et concedo vobis quod habeatis foros tales cuales vos ipsi mihi demandastis.

Luego los fueros los pedían determinadamente los pobladores, y probablemente se los llevarían escritos en romance como queda dicho; quizá iban algunos caballeros y hacendados de aquella opulenta villa morisca, que durante la dominación de los Todjibitas había llegado á competir con Zaragoza, tenido régulos y batido moneda; y como acompañaban al Rey en su expedición contra Bayona, aprovecharían la ocasión de obtener libertades y franquicias.

Se ha discutido sobre la significación de la palabra *medianeto*, pues en unos fueros suena á mancomunidad de pastos y derechos, y en otros á juicio arbitral. El fuero de Nájera otorgaba, que si un forastero demandaba á un vecino de Nájera, saliera éste al medianeto á la puerta del puente. Aquí el fuero de Calatayud dice:

In primis quod habeatis medianeto cum totas meas terras ad portam de Calatayub, et nullo homine de Calataiub non sit preso per nulla occasione foras de Calatayub, et non respondeat foras de suo concilio ad nullo homine.

Después hace setenta concesiones á los pobladores, no sólo cristianos, sino algunas relativas á los moros y judíos.

Dales en seguida el señorío concejil de un vasto territorio de cuatro leguas cuadradas, marcando solamente los límites por Norte y Oriente, desde la raya de Castilla junto á Deza y la sierra de la Viduernia, Verdejo, Albalate y Carabantes por Ariza y la sierra de Majarán hasta Villafeliche, donde partía términos con la Comunidad de Daroca, acabando en Codos. Estos dos últimos pueblos pasaron más adelante á ser de la de Daroca. Dentro de ese territorio ejercía jurisdicción el Justicia de Calatayud sobre setenta aldeas, haciendo de Merino, equivalente á Corregidor, ó Juez de primera instancia) de todo aquel vasto territorio, donde nunca se conoció más Merino ni Juez que el dicho Justicia de Calatayud, que llevó

este título hasta el año 1710, en que la administración galo-hispana de Felipe V lo suprimió, mudándolo en el de Corregidor. El año 1822 aquel territorio quedó constituido en provincia con Jefe político en vez de Corregidor. Ahora forma parte, como Daroca, de la provincia de Zaragoza.

El fuero de Daroca es posterior al de Calatayud en once años: lo dió en 1142 D. Ramón Berenguer; pero consta que tenían otro más antiguo, otorgado por D. Alfonso el Batallador, pues en 1129 decía éste á los vecinos de Caseda, que les concedía *tales foros quales habent illos populatores de Daroca et de Soria*. Mas este fuero no se halla.

El fuero de Daroca es menos libre que el de Calatayud: no habla de Justicia, sino del Señor: declara á los vecinos libres é inegnuos, esto es, hermunios. Era Señor en Daroca, al otorgar el fuero, un tal Sancho Íñiguez (*Sanctius Enecones, Senior de Daroca*.)

El art. 2.º del fuero establece que si el Señor de Daroca, ó algún otro caballero, hiriese á hombre de Daroca, entre en mano del reclamante, lo cual no se puede entender literalmente, sino en sentido de que tenga que dar satisfacción á voluntad del ofendido.

Establécese cierto antagonismo entre el Concejo y el Señor, mandando, que, si éste hace daño á cualquier vecino de Daroca, el Concejo ayude á éste contra el Señor. ¡Véase por este rasgo cuán lejos estaban las señorías de honor de ser ni parecer feudos ni sombra de éstos ¡Y eso que ya era la época en que principiaba á sentirse la influencia catalana! El Juez, los alcaldes, escribano (secretario ó notario del Concejo), almotacaf, portero de la villa, andadores, saiones, abogado (*defensarius*), guardaviñas, y demás empleados del Concejo, múdanse todos los años á voluntad del Concejo, ochos días después de la Santa Pascua (1).

De la sentencia del Juez se podía apelar al Concejo en lo contencioso.

Variaba, pues, la organización del Concejo de Calatayud de la de Daroca. En Calatayud el Señor apenas tenía más atribuciones que cobrar las rentas reales, contribuir á éste con las caballerías, y guiar las milicias concejiles de la ciudad y las aldeas.

(1) *Judex, alcaldes, scriba, almotacaf, janitor villae, andadores, saiones, defensarius, vinitores, et caeteri huiusmodi, mutantur voluntate et arbitrio Concilii, VIII S. Paschae, et mutantur annualim eodem die.*

El Concejo de la villa de Calatayud lo componían el Justicia, el Juez, que era su lugarteniente y le llamaban *Judez* (1), el almotaçaf, veedor de pesos, medidas y víveres, y los jurados, llamados más adelante *regidores*. Además, para los asuntos graves se unían al Concejo los representantes de cada una de las once parroquias.

Los pueblos que D. Ramón dió al Concejo de Daroca en señorío concejil, fueron aún más extensos y numerosos que los de Calatayud, y quitó aldeas á ésta, sobre lo cual tuvieron luego pleitos. Comenzaba á contar desde Villafeliche, que el Batallador dió á Calatayud, y más adelante D. Jaime cedió al Monasterio de Piedra. Seguía luego la línea divisoria por Ateca, Cimballa y Cubell, Torralba de los Frailes (2), y por el río Martín á Huesa, Fuendetodos, Villanueva, Cosuenda, Codos y Miedes, que eran de Calatayud.

La Comunidad de Teruel no se formó hasta el año de 1176. Dióle fuero, carta puebla y término jurisdiccional D. Alfonso II, llamado también en Aragón el *Casto*. «Para exaltación de la Santísima Trinidad y persecución de los enemigos de la Santa Cruz, voy á poblar y hacer una villa en el lugar que se llama Teruel. *Facio et populo quamdam villam in locum qui dicitur Turolium*.

Les da carta puebla, reconocimiento de derecho consuetudinario y de franqueza, ó sea de inmunidad, ó de hermunios (3).

En seguida les señala el término jurisdiccional y casi señorial de la villa y de su Comunidad, con los pueblos limitáneos y contenidos dentro del contorno, á saber, del Puy de San Ginés á Signa, Motorrita, Zalaya, y luego partiendo términos con Alcañiz y Peñagolosa, por Alpuente y Pie de Mulo, en la Atalaya de Albarracín (4), volviendo hasta el Puy de San Ginés.

Dícese que Teruel tomó más adelante el fuero de Sepúlveda, cosa algo rara, y sobre lo cual no todos están conformes. Es lo cierto, que los de Teruel llegaron á querer alardear cierta especie de independencia, como si fuera su territorio algo distinto del resto de Aragón. No siempre mostraron igual lealtad á los Reyes que las otras

(1) Sospecho que pronunciaban *Judéz*.

(2) Frailes llamaban á los canónigos agustinianos del Santo Sepulcro de Calatayud, dependientes del Patriarca de Jerusalén, porque guardaban vida común.

Eran señores de Codos, Tobed, Torralba y otros pueblos en ambas Comunidades, según veremos luego.

(3) *Cartam populatioms consuetudinis et franquitatis*.

(4) *Ad Talayam de Sancta Maria de Barracino*.

dós Comunidades, como veremos más adelante, y en especial durante las guerras de la Unión, y aun en las revueltas de Zaragoza en tiempo del malhadado Lanuza.

§ 6.º

COMUNIDADES POSTERIORES DE CASTILLA Y ARAGÓN.

Vista la importancia de las cuatro grandes Comunidades de Castilla, y de las tres de Aragón, organizáronse otras por el mismo estilo, tanto en una como en otra Corona, pero no llegaron á tener la prepotencia que aquéllas. En la época en que se formó la de Teruel, en Aragón, se organizó en Castilla la Nueva la de Cuenca, también briosa y prepotente.

Por el contrario, Molina, Sigüenza y Guadalajara no llegaron á tener la importancia que aquéllas. Cayó Molina en poder de la casa de Lara, la cual organizó allí una especie de behetría, debiendo ser Señor del pueblo el individuo de la familia que éste eligiera. Siquiera esto no fuera un feudo, en el rigor de la palabra, llamábase hasta nuestros días el Señorío de Molina. Sus milicias no llevaban pendón propio, sino que seguían el de la casa de Lara, ó del Señor que lo era por entonces. Últimamente vino á ser desde el siglo XIII patrimonio de personas de la Real familia

Sigüenza era del Señorío de la iglesia catedral de Santa María, como Palencia lo era de la de San Antolín. En una y otra población litigaban los Cabildos con los Obispos sobre el Señorío; pues aunque los Obispos se consideraban como los verdaderos Señores, los Cabildos alegaban, que la representación verdadera y genuina de la Iglesia la tenían ellos, y que el Obispo representaba la diócesis, pero no la catedral, y que, puesto que la donación se hacía á la Iglesia y no á la mitra, las ciudades eran del Cabildo, que no moría, y estaba siempre fijo, lo que no sucedía con el Obispo. Algo de esto pasaba en Osma y en otras iglesias. Así que el Obispo de Sigüenza tenía su alcázar ó palacio-castillo en lo alto de la población, pero el Cabildo no pocas veces contendía con él, y de hecho mandaba cuando aquél moría, y quizá la fortificación de la catedral, uno de los modelos de arquitectura estratégico-eclesiástica, respondía á esta idea, pues, cuando se construyó, poco podía temer de los moros la Iglesia de Sigüenza, ni valer su fortificación contra ellos.

En Palencia partieron el Obispo y el Cabildo la ciudad, quedando aquél con una parte y el Cabildo con la otra media. En todas estas poblaciones de señorío eclesiástico el Concejo estaba casi anulado, reducido á una escasa gestión económica, y eso donde lo había, y en época posterior. Las milicias seguían el pendón del Obispo ó de la Iglesia, cuando á éste se le obligaba á concurrir al servicio del Rey, como entonces se decía, con un número determinado de lanzas por razón de su feudo. De ahí el que en ninguno de esos territorios llegaran sus Concejos á formar Comunidad, con esa especie de señorío concejil. Por análogas razones Guadalajara, que tuvo en sus principios importancia comunal y concejil, la fué perdiendo, según que ella y su tierra fueron cayendo lentamente bajo el yugo aristocrático, viniendo más tarde á ser de los Mendozas, y de la célebre casa del Infantado.

Almazán y Sepúlveda vinieron á constituir pequeñas Comunidades, aquélla en contraposición á Sigüenza, y ésta promoviendo litigios á Segovia, hasta emanciparse por completo.

La villa de Madrid constituyó también Comunidad, pero lo reducido de su territorio, angostado entre Segovia, Toledo y Guadalajara, y rodeado de pueblos de señorío eclesiástico ó feudal, hizo que fuera de escasa importancia en razón de Comunidad. En la batalla de las Navas estuvo su milicia con su pendón concejil del oso y del madroño, pero no con gran honra (1). Toledo también llegó á tener briosas Comunidad, pero por poco tiempo la utilizó, por diferentes causas, no siendo la menor la influencia de los Arzobispos, sobre todo desde el siglo XIII.

Por lo que hace á la historia de Aragón, hallamos iguales resultados por iguales causas. Tarazona no tuvo Comunidad por no dar fuerza al Concejo contra el Obispo, dado que éste no tenía el señorío de la población. Borja cayó en poder de la casa de Atarés, y por tanto no tuvo Comunidad. Más adelante D. Pedro el Ceremonioso regaló la villa á D. Beltrán Claquin, que la vendió al Arzobispo de Zaragoza. Alcañiz y Caspe eran de las Ordenes militares, como veremos luego.

(1) Cuenta Almela en su *Valerio de las historias* que, viendo D. Alfonso huir al que llevaba el pendón, hubo de decir: «Ved como ya fuyen los nobles,» creyendo que era el pendón del Conde de Cabra, parecido al de Madrid. Uno de los nobles, que conoció la equivocación, hubo de decirle: «Cierto, los villanos fuyen, que non los nobles.»

Por lo que hace á la villa de Albarracín, sábese que era del señorío de la ilustre familia navarra de los Azagras, que, por no reconocer vasallaje ni al Rey de Castilla ni al de Aragón, se titulaban *vasallos de Santa María*. D. Jaime el Conquistador, apenas adolescente, puso sitio á la villa, para incorporarla á la Corona de Aragón, pues los Señores de ella eran un peligro constante para ambas Coronas; ladeándose tan pronto á una como á otra, y haciendo incursiones desde aquella enriscada fortaleza. Burláronse los nobles escandalosamente del pobre Monarca, el cual refiere las bellaquerías y traiciones que allí le hicieron los Señores aragoneses, según veremos más adelante, teniendo el Rey que alzar el sitio ignominiosamente, y hecho objeto de ludibrio de aquellos nobles tan poco *nobles*.

Más adelante, incorporada ya á la Corona la villa de Albarracín, y teniendo que conservarla en frontera contra Cuenca y Molina, siguiendo la política de D. Alfonso el Batallador, la constituyó Don Jayme en Comunidad, dando al Concejo los derechos señoriales, militares y económicos, siguiendo su milicia y las de las aldeas inmediatas el pendón de la villa, como antes el de la casa de Azagra.

Pero ya sonaba por entonces la época de la decadencia de estas instituciones democráticas.

VICENTE DE LA FUENTE.

(*Se concluirá.*)

EMANCIPACIÓN

Si del griego vate Píndaro
Me inflamara el astro ardiente,
Si lograrse hacer mi cántico
Resonar de gente en gente,
Sin descanso volaría
Mi ardorosa fantasía
Por la vasta inmensidad,
 Con acento de victoria
Pregonando toda gloria
De la humana libertad.

Pero no del frágil ídolo
De revuelta osada plebe,
Que de templos y de alcázares
Á turbar la paz se atreve;
Mas de aquella insigne Diosa,
Centinela valerosa
Del derecho y la razón,
 Que en la ley rigor inspira
Y al que oprime al débil mira
Con celeste indignación.

¡Cómo entonces justa cólera
Fuera numen de mi canto!
Prorrumpiendo en nobles ímpetus,
Y vertiendo acerbo llanto,
Sin piedad condenaría
La opresión, por granjería,
De atezada multitud,

Que de América en el suelo
Y á la faz del alto cielo
Se apellida esclavitud.

¿Quién al hombre dió sin límites
El poder de ser tirano,
De aferrar por miras ávidas
En cadenas á su hermano?
Pues del mismo padre vienen
El señor y el siervo, tienen
Una ley para los dos:

La de ser libres en vida,
Y en idéntica medida
Ser juzgados ante Dios.

Si de Grecia en la República
Cuando altiva se mostraba,
Si en la Roma de los Césares
Que los pueblos debelaba,
Por infanda ley de guerra
Que llenaba la ancha tierra
De amargura y de pavor,

La vencida muchedumbre
Se postraba en servidumbre
Bajo el pie del vencedor,

Sólo fué porque en el Gólgota
Todavía no era visto
El sublime y dulce lábaro,
La sagrada Cruz de Cristo,
Que borrando generosa
La mancilla ignominiosa
Del rebelde ingrato Adán,
Para mengua de tiranos
Á los hombres hizo hermanos
Que á la misma patria van.

¿Cómo, pues, de la evangélica
Luz divina bajo el foco,
Por letal codicia sórdida

Puede alguno ciego y loco
Aherrojar al desdichado,
Cual á innoble ser privado
De la humana dignidad?

¿Fuera injusto que en su frente
Duro estigma eternamente
Publicara su crueldad?

Ved la nave que del Africa
Por la costa vaga y gira,
Como tigre que carnívoro
Descuidada presa mira:
De su seno infame arteros
Van brotando los negreros
Que estimula vil pasión,
Y á indefensos, pobres seres,
Hombres, niños y mujeres,
Arrebatan en montón.

En angosta inmunda cámara
Sin piedad los aprisionan;
De la quilla el rumbo rápido
Á los vientos abandonan.
Custodiando su tesoro,
Convertirlo presto en oro
Sólo quieren con afán;
Y por fin en vil mercado,
Como grey que han conquistado,
Por dinero vil los dan.

¡Qué de oprobio, qué de lágrimas
Al costoso esclavo espera!
Dirigido por el látigo
Que sacude mano fiera,
Bajo sol siempre ardoroso,
Sin familia ni reposo
Y en horrible padecer,
De la tierra para el dueño
Que le mira en torvo ceño
Oro y oro ha de obtener.

Mas de cuadro tal que lúgubre
Mudo enciende mis enojos,
Á despecho de mi cólera
Separar debo los ojos.
Y si á tanto horror me apeno,
Si impotente lo condeno,
¿Es que inulto quedará?

De mi pecho en lo profundo
Álguien dice que del mundo
Tal baldón se borrará.

Haga, pues, el cielo pródigo
Que rayando fausto día
Deje al fin el hombre mísero
De ser torpe mercancía.
Y á la vez que en todo suelo
Libre pueda ver el cielo
De la cuna al ataúd,

Cual ensueño maldecido
Tal se borre en el olvido
La infamante esclavitud.

ANTONIO ARNAO.

DEL SENTIMIENTO

EN LAS CIENCIAS NATURALES

I.

NECESIDAD DEL SENTIMIENTO EN LA INVESTIGACIÓN.

Cuando quiere apreciarse, en todo su inmenso valor, este trabajo científico de nuestro tiempo, fruto de labor continua é incesante, suele descuidarse un elemento, en mi entender, de la más alta importancia, para llegar al conocimiento de la Naturaleza. Atiéndese de ordinario al trabajo que pudiera decirse de pura inteligencia, á ese esfuerzo potentísimo del entendimiento humano, en cuya virtud se llega á la determinación y establecimiento de las leyes generales y de los primeros principios; tiénese en cuenta también ese otro trabajo, si de menos bulto, de igual valor y mérito, que consiste en la paciente, atenta y continuada investigación de los hechos, labor que si no satisface por entero deseos y aspiraciones muy elevadas, es manantial riquísimo é inagotable fuente de donde sale el precioso material de los hechos, fundamento de toda concepción verdaderamente racional y positiva de la ciencia. Mas se olvida frecuentemente otro elemento anterior á estos dos, el cual es, si se quiere, complementario unas veces del conocimiento racional, en cuanto desde éste pueda llegar á poseerse con facilidad, y otras supletorio, porque, naciendo de una impresión y reconociendo por origen una relación de puro arte, puede suplir el dato del sentido y la inducción racional, dando así un conocimiento, menos pensado que sentido ciertamente; pero no pocas veces de tanto valor como el obtenido por investigación y racionio. Este elemento ó fuente de conocimiento

en el orden de la Naturaleza es el sentimiento de ella misma, este sentimiento artístico que se adivina, á pesar de todos los razonamientos matemáticos, en los trabajos de los grandes naturalistas; este sentimiento grande y elevado, que brota puro y magnífico dentro de aquellos que aciertan á comprender la belleza incomparable de las armonías del Universo; esta emoción puramente estética que puede hacer del sabio un artista y del que al arte se consagra perfecto naturalista, sólo por haber sentido de modo perfectísimo la Naturaleza, sin pararse en la investigación minuciosa del detalle, ignorando acaso los diferentes medios de practicarla y sin hallarse en posesión de aquellas leyes y principios que sirven de base á las ciencias naturales; que tiene el sentimiento de la Naturaleza, en los espíritus privilegiados, poder bastante para hacer adivinar todas las leyes, todos los hechos y todos los principios, elevando á quien tal privilegio goza hasta la concepción más alta de esa misma Naturaleza, y eso aun á pesar de los que así sienten; pues tan inconscientes son de ello, como lo es el artista de las leyes que rigen el contraste de los colores ó la sucesión de los sonidos.

Importa mucho tener en cuenta el sentimiento de la Naturaleza en la constitución de la ciencia; interesa en gran manera al científico sentir aquello sobre que han de versar sus estudios; pues la emoción estética y el sentimiento son auxiliares muy poderosos para conocer y contribuyen además á dar al entendimiento solidez mayor en su trabajo y á la inteligencia dato seguro para alcanzar aquellas verdades racionales, que aunque se apoyan en los hechos, jamás se ven en el detalle de la experimentación. Por otra parte, así como no se concibe un artista que no pida á la Naturaleza, aunque sea para mejorarlo, algún dato, un solo elemento para su obra, tampoco hay verdadero científico que no tenga algo de artista; pues al modo como el sentimiento elevado del mundo físico es bastante para llegar á la concepción del Universo, hay también quien por pura ciencia alcanza la solución de las cuestiones estéticas más transcendentales, no al modo de filósofo, sino como verdadero artista, que mejor siente que piensa su obra. Y es de notar que el científico demanda auxilio del sentimiento en dos momentos, bien distantes por cierto, mas perfectamente unidos por serie inmensa de trabajos é investigaciones; estos dos momentos puede decirse que son el primero y el último de la ciencia, el punto de partida y el término al cual le es dado llegar; ese momento, último acaso del procedimiento científico, en que se formula la teoría general y se consagra en principio el dato del

sentido. Comprende el primero de ellos la investigación de los hechos, y obsérvese que el sentimiento interviene aquí determinado, es decir, como arte: que procedimiento artístico se precisa para experimentar, colocando de manera adecuada los elementos de investigación; pues há menester, quien á la ciencia se dedique, de gran arte para sorprender cuantas relaciones guardan entre sí las circunstancias que concurren en la producción de los hechos. Refiérese el segundo á las últimas consecuencias del trabajo experimental, á aquel punto de vista desde el cual es dado percibir las grandes síntesis y formular los primeros principios, cosa que viene á significar la realización del ideal del científico, la relativa posesión de la verdad y la meta á donde puede llegar el espíritu consagrado á la ciencia, punto no el último ciertamente, pero sí el postrero que es dado alcanzar al esfuerzo humano. Este trabajo de síntesis é integración, esta gratísima labor, cuyo fruto son las grandes teorías científicas, es eminentemente artística, ya que sólo puede realizarse por aquellos espíritus superiores que aciertan como á presentir qué cosa sea este Universo infinito y cuáles las leyes que rigen sus fenómenos y manifestaciones. No fué únicamente el dato del sentido y sus maravillosos cálculos quien llevó á Newton á formular el principio de la gravitación universal; no se apoyaron sólo en fenómenos los que establecieron la teoría dinámica del mundo; Faraday vió algo superior á los hechos cuando echó los primeros cimientos de la electro-óptica; Lavoissier, fundando la química moderna, sintió mejor que nadie las palpitations de la energía cuando cambia la constitución de los cuerpos; Fresnel y Brewster adivinaron, aun antes de medirlas, las agitaciones rapidísimas é impalpables que forman los colores; Darwin deja ver, á través de la lógica abrumadora de los infinitos datos acumulados para demostrar la evolución de los seres, un sentimiento grande y profundo de la Naturaleza, y todos aquellos sabios esclarecidos que formularon grandes principios y dotaron á la ciencia de teorías generales y puntos de vista elevados, desde los cuales puede contemplarse un orden entero de conocimiento de hechos, como desde el foco de una lente acierta á verse un gran espacio iluminado, todos han sentido la Naturaleza, y obedeciendo á este sentimiento, elevado y grande, llegaron á conclusiones y principios, demostrados luego por razonamiento; pero hijos al fin de esa emoción estética que tantas maravillas realiza.

Y por otra parte, ¿qué otra cosa sino sentimiento de la Naturaleza—y sentimiento que sin cesar se renueva con la atenta contempla-

ción de sus maravillas—es este deseo ardiente de nuestro espíritu, estas ansias de nuestro entendimiento, estos impulsos de nuestra inteligencia y estos inmensos esfuerzos de nuestra voluntad, que obligan al trabajo asiduo, á la labor no interrumpida para llegar á la verdad? Y este mismo gozo y como arrobamiento que embarga todo nuestro ser cuando hemos alcanzado un solo dato de conocimiento; este placer infinito que se siente cuando se llegó á poseer una verdad, que es el punto más elevado desde el cual puede contemplarse algo de esa misma Naturaleza, ¿qué cosa son sino producto de emoción estética, perfectamente igual á la del artista que presiente ó realiza la incomparable forma, el prototipo de la belleza? En la ciencia natural, como en la vida entera, el pensar y el sentir van siempre unidos, sólo que en aquélla el pensamiento y la investigación se adelantan á menudo, abriendo camino al espíritu para que sienta, en toda su pureza y verdad, esa Naturaleza á cuyo conocimiento consagra por entero sus fuerzas.

Cabe señalar todavía otra influencia del arte en la ciencia, y es la que se refiere á la exposición científica, á explicar las grandes teorías y demostrarlas por medio de hechos, empleando para ello arte especial que indique haber sentido lo que pretende enseñarse. Respecto de esto puede citarse un hermoso pasaje de una obra de Goëthe, que es como especie de ley acerca del particular: estas son las palabras del poeta: «No es naturalista digno de aprecio, sino aquel que sabe cautivarnos, presentando el objeto más extraño y singular en su propia localidad, con toda su vecindad y siempre en el elemento en que vive. ¡Cuánto desearía oír á Humboldt, siquiera una vez, contando sus viajes!» Por estas corrientes va en el día la exposición de la ciencia. Hoy ya no se presentan los hechos aislados explicándolos con cierta aridez, sino en forma adecuada; los expositores de ciencia y los maestros atienden con particular interés (y modelo de ello son Tyndall y Huxley) á explicar los hechos, no de manera estática, sino en el acto en que se verifican, ofreciéndonos así un magnífico cuadro de la Naturaleza, perfectamente viva, y no un cadáver, al cual es preciso aplicar el escalpelo y por la constitución del órgano adivinar la función.

Negar esta importancia del sentimiento pienso que nadie la niega; prescindir de él no hay naturalista que prescinda; por eso sólo debe tratarse de la manera especial cómo ese sentimiento interviene en cada momento de la investigación científica, del modo cómo el que siente la Naturaleza puede ser naturalista y cómo el investiga-

dor dotado de exquisito sentimiento puede ser artista. En cuanto á lo primero bastará, creo yo, explicar la necesidad del arte en la experimentación, la importancia del sentimiento para establecer los primeros principios de la ciencia y su papel en la enseñanza y exposición científica, teniendo en cuenta que respecto de estos puntos sólo se harán indicaciones generales, y por lo que á lo segundo se refiere, con un ejemplo puede demostrarse la manera cómo el sentimiento de la Naturaleza, si es perfectísimo, basta para formar un naturalista; este ejemplo es Goëthe, y con otro probar la posibilidad de alcanzar lo más elevado en el arte por el estudio de un orden de fenómenos naturales; este ejemplo será el sabio Helmholtz, el cual, especialmente en su clásica obra acerca de la teoría fisiológica de la música, llega á las más altas cuestiones de estética, por el estudio matemático de las leyes de los sonidos.

*
* *

Sentir la experimentación es una de las primeras condiciones que debe poseer el investigador. Significando medida el experimento, puesto que sólo sirve para indicar diferencias y analogías, parece casi inútil el sentimiento en esta labor fatigosa y pesada, cuyo objeto es en definitiva acomodar á cierta unidad, tomada por término de comparación, hechos producidos, según especial ritmo y en condiciones determinadas; sin embargo, obsérvase de continuo que el experimentador tiene, por lo general, una especie de sentido, que yo llamaría de elección, en virtud del cual, no sólo coloca los distintos factores del fenómeno en condiciones adecuadas, sino también, por suerte de instinto ó presentimiento, elige siempre, de las condiciones del hecho, aquellas que más pueden servirle para el superior trabajo inductivo y aun para variar las condiciones del fenómeno.

De estas afirmaciones puede deducirse que unas veces interviene en la investigación el sentimiento determinado como arte, y otras veces en toda su vaguedad y pureza; ya que sólo causa cierta impresión estética la Naturaleza, impresión que se traduce, para el investigador, en esa suerte de fuerza ó impulso que inconscientemente le arrastra á preferir ciertos caracteres de los fenómenos, precisamente aquellos más adecuados para modificar las manifestaciones de la

energía del Universo. De otra manera, sin hacer intervenir el sentimiento, no sé explicarme las predilecciones por ciertas analogías y caracteres, no pocas veces los menos salientes, y esa suerte de acierto en esta predilección que abre al espíritu nuevos horizontes y campos más dilatados en que ejercitar esta fuerza inmensa del pensamiento, satisfaciendo, en cuanto es posible, las ansias de conocer la verdad que sin cesar alimentan su energía.

Hay aún otra razón digna de mencionarse, y es precisamente el carácter mismo del experimento. Cada hecho que se descubre—término de una serie infinita—es ciertamente dato muy valioso para llegar al conocimiento (pues sólo es verdadero y positivo cuando se funda en la experimentación) y material de gran mérito, indispensable é imprescindible para constituir la ciencia; pero si su prueba es irrefutable, si el conocimiento adquirido por el experimento es firmísimo y resiste á toda crítica, si nada convence como la vista del fenómeno, la realidad de éste abruma; si su lógica—permítase decirlo á un ferviente devoto y decidido partidario del método de experimentación—tiene algo de imposición (en cuanto no permite la menor objeción, y satisfaciendo el deseo puramente especulativo, no da lugar ni á sombra de duda), hay detrás de esta lógica algo superior al empirismo del conocimiento fenomenal; existe oculto por la rigidez é impasibilidad de los caracteres del hecho, algo muy superior que explica cosas que el entendimiento, abrumado por su inflexible lógica, no acierta á percibir, condiciones que la inteligencia no alcanza, que son apariencias, y sólo apariencias, cuanto embarga nuestra atención; y cuando más allá de ellas queremos penetrar, pronto tropezamos con la barrera de lo desconocido, inaccesible á los cálculos, á los racionios y á los experimentos, asequible únicamente al sentimiento que puede dar alguna luz para caminar por un mundo en el cual son insuficientes experimento y medida. En este sentido es como interviene el sentimiento en la experimentación; completando la insuficiencia del dato del sentido, pasado cierto límite, é impulsando al investigador para elegir y estudiar aquellas condiciones del hecho que pueden llevarle más lejos y prestarle mayor ayuda en el conocimiento racional.

Por otra parte, sin salir del carácter del experimento, ¿puede decirse que éste satisface enteramente todas las necesidades del espíritu, colma sus deseos, templá sus ansias y llena por completo sus aspiraciones? Pequeño sería el espíritu exclusivamente alimentado del detalle y del pormenor; dotado de poca perspicacia y agudeza

si no viese en el fenómeno algo más que su abrumadora realidad; nada sagaz y escaso de científica curiosidad, si con sólo apariencias se viese satisfecho y ahito. Ansias mayores y deseos más elevados há menester el espíritu verdaderamente científico: quien á la ciencia se consagra y con vocación á ella se siente, ha de profesarla ferviente culto, ha de sentir esa suerte de misticismo que abrasa é inflama el deseo de la verdad, y entiéndase bien, *debe sentirlo*, para poder investigar con fruto, para poder ver lo que hay oculto en la abrumadora lógica del hecho, en esa realidad invasora, cuyo conocimiento es indispensable en la ciencia. Ha de vivir su espíritu en la Naturaleza, y á ésta verla el científico dentro de sí. No hay otro medio de realizar esto sino el hecho, no conozco otro procedimiento para alcanzar este ideal supremo sino la experimentación pensada y sentida; pensada en cuanto sin raciocinio y discernimiento adecuado es imposible toda ciencia, y sin discurrir acerca de los fenómenos erróneo el conocimiento; sentida en cuanto el sentimiento puede dar luces y medios para determinar más superiores relaciones de hechos, enlaces de mayor categoría que sirvan de base á principios de pura razón, y en cuanto también sentir el experimento significa, por un lado, descanso del entendimiento de su penosa labor y minucioso trabajo—y descanso en que aquél experimenta inefable gozo,—y por otro suerte de compensación de esa lógica de los hechos que se impone al espíritu, el cual há menester del sentimiento para levantarse potente y adquirir por él nueva vida y nuevo vigor, necesario en ese trabajo de la investigación y del detalle, que tanta fuerza gasta y tanta actividad consume.

Esto es lo que debe entenderse por *sentir el experimento*; poseer ese sentido especial, ese instinto particular que guía al investigador y le hace preferir y elegir las condiciones y caracteres propios y adecuados para alcanzar las más elevadas inducciones y los principios más fundamentales.

En cuanto al arte de la experimentación, puede considerarse como derivado de este sentimiento más elevado, forma especial suya y determinación de lo que aparece en él vago é indeterminado: diríase que el primero corresponde á la concepción de la obra artística en conjunto, y el segundo al procedimiento de ejecución; mas entiéndase que si el arte de experimentar es esto, no está, en manera alguna, sujeto á reglas fijas y perfectamente constantes. Como en las llamadas bellas artes no deben ponerse al artista más trabas, ni darle otras reglas, ni exigirle más que la expresión de la belleza,

dejando á su elección é inspiración los medios de realizarla, así en la ciencia de la Naturaleza el experimentador es perfectamente libre en la elección de los medios: sólo se le pide que realice el hecho y que sepa determinar todas las condiciones de su producción y todas sus variantes; por eso es mejor experimentador aquel que más y mejor siente la Naturaleza y acierta á comprender el mecanismo de sus manifestaciones.

Muy semejantes son en esto el procedimiento científico y el procedimiento artístico. Arte y ciencia tienen objeto determinado; pero las obras artísticas y las obras científicas aparecen perfectamente espontáneas y sólo presentando esta condición de espontaneidad, que denota, como observa Helmholtz, un acto involuntario del genio, es como decimos que realizan la belleza ó la verdad. Conviene también notar, en punto á esto, cierta semejanza de los medios empleados por el investigador con los procedimientos artísticos. No es ciertamente buen artista sino aquel capaz de sentir dentro de sí todo el conjunto de su obra, viéndola como realizada, pero sin que esto sea por un acto enteramente reflexivo, resultado de estudio atento y minucioso, sino producto del sentimiento de lo bello, fruto de esa facultad divina que tan pocos poseen; por eso el gran artista no estudia, para la ejecución de su obra, otra cosa sino detalles y pormenores, que si contribuyen en gran manera y ayudan mucho al efecto estético, no constituyen ni forman la obra de éste por entero: que no es el detalle arte, como no es ciencia el fenómeno aislado, sino que ambos resultan de cosa muy superior á los procedimientos empleados, del sentimiento que realiza en el arte la belleza y en la ciencia la verdad.

Es el trabajo del experimentador muy parecido al del artista: siente el investigador el fenómeno ó la serie de fenómenos que pretende estudiar; se da á pensar luego sobre el procedimiento que debe seguir; discurre acerca de las condiciones de la investigación, y esto constituye una serie de actos, determinados por impresión más artística que científica; la mayor cantidad de acto reflexivo, la labor más paciente y minuciosa, es, por semejanza con la del artista, la que constituye lo más detallado del método de experimentación, eso que agota la paciencia del científico, si no sabe poner arte maravilloso en cada uno de los métodos empleados; y este arte de experimentar, que es condición muy especial y rara, gozada sólo por muy pocos, constituye mérito de los más sobresalientes, da idea al mismo tiempo de la sagacidad del espíritu y es muestra de raro

ingenio, capaz de percibir al momento hasta el menor detalle de los hechos y fijarlo perfectamente en la inteligencia. Demuéstrase esto con mucha claridad en la historia de la ciencia: el arte de experimentar no es sino la adaptación de medios diversos para conseguir un fin, que es la verdad en el orden científico; por eso, á medida que los medios aumentan, crecen también y se perfeccionan los procedimientos experimentales y la ciencia adquiere, por la conquista de nuevas verdades, solidez mayor en sus principios y más extensión en sus aplicaciones. La expresión de la verdad, como la expresión de la belleza, aumenta y es más perfecta, en igualdad de sentimiento, cuantos más medios se conocen para realizarla. Nuestra época es riquísima en medios y procedimientos de expresión artística, es decir, en lo que en el arte se estudia y sobre lo cual pueden darse ciertas reglas fijas; sin embargo, no es el arte contemporáneo el mejor; fáltale el principal elemento, carecemos de sentimiento; hoy, por desgracia, se piensa mucho y se siente poco, y el arte decae por falta de ideal y de vida. En cambio, el sentimiento parece haberse trasladado á la ciencia de la Naturaleza, que á virtud de su poderoso impulso, adelanta dominando todos los órdenes de conocimiento; en los tiempos actuales no hay grandes obras de arte, no se producen esos portentos del genio, admirables creaciones que parecen ser la más perfecta expresión de la belleza; en cambio, la ciencia, fundándose en el sentimiento de la Naturaleza, y apelando á él casi siempre para explicar lo que no acierta á entender, se ha extendido prodigiosamente, produciendo y realizando, con sus verdades, tesoros incomparables de belleza y arte.

*
* *

Indicada ya la influencia del sentimiento en la investigación experimental, llegamos á tratar el punto en que es más necesario este sentimiento.

Sucede con los fenómenos en la ciencia algo de lo que pasa con los individuos en la sociedad: un solo sér no puede constituir sociedad, como un solo hecho no forma ciencia; pero á medida que se van multiplicando las relaciones de los individuos y formándose categorías superiores á la familia, la individualidad desaparece como cosa sustantiva: así en la ciencia el hecho desaparece en el momento

de alcanzar el principio racional, que explica una serie de fenómenos ó la ley generalísima por la cual todos se determinan. En este momento es inútil la experimentación; la fe en sus leyes es inquebrantable; todas se comprobaron en multitud de casos y en todos los hechos observados: la razón queda dueña absoluta de la ciencia, pero no satisfecha de su obra. Hay algo muy superior á sus medios, y aunque se abraza en ansias de vivir de esa verdad más alta y absoluta, sus cálculos, sus trabajos, sus esfuerzos, no pueden darle ni la más débil luz para guiarla en aquellas alturas, ni el menor indicio para caminar hasta aquel punto, que sólo aciertan á ver sus deseos, pero inaccesible á toda investigación y á todo análisis. Barrera infranqueable separa lo conocido de esa región ignota, alumbrada sólo por los destellos del sentimiento. Nada alcanza la ciencia á conocer, por puro raciocinio y sin más auxilio que sus propios recursos experimentales y analíticos, en esa esfera superior, á la cual llama Spencer *lo incognoscible*, y aun es de advertir que la ciencia positiva y verdadera ha de detenerse al llegar aquí, dando por terminado su trabajo con la afirmación de lo relativo y limitado del conocimiento.

Resultado de esto es la limitación de la ciencia en la calidad del conocimiento, no en su extensión, que la investigación científica no reconoce límite fijo y perfectamente estable. Mas, por otra parte, existe un deseo en el espíritu humano, deseo muy superior á sus medios, pero nunca satisfecho, que tiene como ideal la posesión de toda la verdad, realizando así el conocimiento absoluto: y la ciencia misma, aun alcanzado aquel período ó momento en que se consagran sus principios fundamentales, experimenta como necesidad de llegar á puntos más elevados, deseo de alcanzar verdades de mayor generalidad y ansias de elevarse muy por encima de lo que permiten sus procedimientos y sus análisis. Fuera de ciertos límites, son insuficientes los experimentos y los cálculos: cuando, por ejemplo, quieren extenderse y aplicarse los principios que rigen á la energía en el orden físico á los actos psicológicos, sociales y morales, entonces, aumentando los elementos que concurren en la producción del fenómeno y complicándose mucho las relaciones que es preciso establecer entre ellos, resulta que no son aplicables, sino en casos muy contados, las leyes y principios que en las ciencias naturales determinan todos los fenómenos. Mucho se trabaja, es cierto, para llegar á conocer el dinamismo de los actos psíquicos, sociales y morales; quizá dentro de poco tiempo se alcance la solución del pro-

blema; pero, en el momento presente, fuerza es confesar que si hay hecho mucho y muy meritorio, falta mucho más y se necesitan mayores trabajos; por eso tales asuntos están todavía en ese incognoscible que ofrece á la ciencia experimental dilatadísimo campo donde ejercitar sus procedimientos y motivo para idear nuevos y más perfectos métodos. Este desconocido, este mundo aun inexplorado, cae perfectamente bajo el dominio del sentimiento y sólo él es capaz de penetrar todos los arcanos y problemas que encierra, y en este sentido es como puede afirmarse, que en las ciencias naturales, suple el sentimiento de la Naturaleza la deficiencia de los procedimientos que puede emplear el investigador.

Después de minuciosas investigaciones que dan el conocimiento de los hechos, luego de haber descubierto y formulado las leyes que los determinan, averiguando hasta sus relaciones más íntimas, aplica la ciencia el procedimiento inductivo, analiza y trabaja el científico para llegar á afirmar la unidad de la energía y explicar los fenómenos de la Naturaleza por cambios ó transformaciones diversas de movimiento, y en este punto se detiene y juzga, no terminada su tarea, sino agotados por completo sus recursos intelectuales y sus métodos; pero el deseo de conocer más y las ansias de extender ese principio general, síntesis de todo su trabajo, crecen en la vecindad de lo desconocido; detrás del principio de la persistencia de la energía para los fenómenos puramente físicos, está la aplicación de esa misma ley en el orden psíquico, en el orden moral y en el orden social; mas si faltan elementos para establecer relaciones y términos sobre qué apoyar la inducción, ¿cómo alcanzar la aplicación que se desea? ¿De qué manera y por qué medios se ha de llegar á la determinación de las leyes de la voluntad, ignorando el papel que desempeña el factor psíquico en los actos humanos? Sube de punto la complicación de los fenómenos al llegar á estas alturas, y aunque se trabaje mucho, y aunque se llegue á establecer sobre bases, relativamente seguras, la ciencia psicofísica, piérdese la razón en conjeturas é hipótesis, y al sentirse el espíritu á la vez objeto y sujeto de experimentación, se desconcierta y extravía la mayor parte de las veces. Por eso el insigne filósofo Spencer opina, con gran sentido, que la región de lo desconocido, si debe ser explorada, es únicamente cuando hay datos seguros y fijos, cosa no muy frecuente, según es difícil y complicada la experimentación psicológica, que en los demás casos debe dejarse al investigador en perfecta libertad para la explicación de esos fenómenos. Mas si para lo incognoscible

puede muy poco la razón, el sentimiento lo hace todo y muchas veces las hipótesis y conjeturas que sintiendo se forman, confirmanse luego por el experimento y la medida: tal sucede con la ley psicofísica y otras análogas.

Cuánto se eleva la ciencia natural completándose con el sentimiento en la parte incognoscible no hay para qué decirlo. Esos presentimientos vagos é indeterminados que guían al científico y le conducen á ciertos órdenes de dudas y de experimentos; esas ideas, apenas formuladas, que más tarde son fuente y origen de teorías generales y aun de nuevas ciencias; las mismas conjeturas, hijas de una especie de intuición, que aventuran frecuentemente los sabios dedicados á un orden de especulaciones, al modo de profecías ó promesas de leyes que luego se descubren, todos estos trabajos producto son del sentimiento, fruto de inspiración artística, sólo perceptible y reservada únicamente á aquellos científicos consagrados á la investigación de la Naturaleza, dotados de superiores condiciones, en virtud de las cuales llegaron á establecer algunos de esos principios que señalan el límite superior de lo conocido, y admitido por la ciencia, y desde ese principio, calificado de primero, pudieron sentir algo del mundo desconocido, y efecto de este sentimiento emitir esa idea, establecer esa hipótesis, que adelantándose á los métodos experimentales y dilatando más la esfera del conocimiento, se confirma plenamente y se recibe como verdad en la ciencia de la Naturaleza.

Además de esta influencia del sentimiento en los principios superiores de la ciencia, hay otra, menos elevada ciertamente, pero que interesa indicar someramente; me refiero á la manera cómo interviene este sentimiento para establecer los principios científicos.

Hay un punto en la investigación—seguramente el más grato para el científico—en el cual se consagra en ley el hecho, y perdiendo toda su importancia el experimento, queda relegado á orden más inferior y empírico. Para hacer este trabajo, última expresión de la ardua labor experimental indispensable para la ciencia, se necesita, ante todo, poseer perfectamente el sistema de conocimientos que se quiere generalizar y convertir en ley racional, tener golpe de vista suficiente para percibir de una vez todas las relaciones de los fenómenos, sus elementos y sus condiciones de producción; pues sólo así es posible reducir á mera síntesis el caudal de detalles y pormenores acumulados por el experimento. Una de las cosas en que más se siente esta necesidad del genio y del sentimiento, que

todo lo tienen presente, en momento determinado, es el establecimiento de las ecuaciones generales, representantes del funcionalismo de toda la Naturaleza en un orden dado de hechos; aquí no basta conocer perfectamente la sucesión serial de los fenómenos, ni es suficientemente haberlos estudiado al detalle; se precisa estar dotado de espíritu suficientemente elevado para sorprender y adivinar las relaciones íntimas de los elementos ó términos de la serie, sentir el enlace estrechísimo de las condiciones que determinan cada fenómeno, percibir con claridad suma las modificaciones de éstos y relacionarlas con las variaciones de sus condiciones de producción y expresar por términos sencillos, valiéndose del algoritmo, todo cuanto ha podido hacerse en este sentido, á fin de llegar, por puro cálculo y raciocinio, á producir y establecer, sin haberlas visto, las modificaciones de los hechos, las variaciones de la actividad natural, correspondientes á los cambios acaecidos en el valor de los datos que sirven para establecer la ecuación de cualquiera serie de fenómenos, que esto debe ser el objeto final de toda investigación científica.

Para esta gran labor no es suficiente, aunque constituye poderoso auxiliar, el dato del sentido y la misma inducción no es bastante; se precisa sentir la Naturaleza para sorprender sus mecanismos, impresionarse por sus inefables bellezas para acertar con sus leyes; pues á donde no llegan experimentos y cálculos alcanza el sentimiento, luz purísima que penetra en lo más escondido de las cosas y permite ver esa verdad oculta á nuestros ojos por las apariencias de los fenómenos. Como el arte, en la ciencia el sentimiento es todo lo que vemos en los hechos es como la niebla que oculta la hermosa claridad de los cielos.

Hállase la prueba de todo esto en el efecto que produce en el científico el descubrimiento de un principio ó el enunciado de cualquiera ley, en ese placer espiritual, comparable sólo al que se experimenta en la contemplación de las obras de arte de primer orden. Á este propósito hé aquí cómo se expresa el sabio Tyndall: «*Moviéndose entre un número limitado de fenómenos, llega el genio, por virtud de su propia fuerza expansiva, á una concepción general que á todas comprende. No hay operación del espíritu más admirable que esta de la cual apenas podemos darnos cuenta; como el soplo del Espíritu Santo, de que habla la Escritura, nadie puede decir de dónde viene. Es el paso del hecho al principio rápido unas veces y otras lento; pero constituye siempre un manantial de placer intelectual, que si es rápido, concéntrase convirtiéndose en suerte de*

éxtasis ó arrobamiento. Para todos los que han experimentado tal placer, aun en grado muy moderado, el acto de Arquímedes saliendo del baño y corriendo desnudo por las calles de Siracusa gritando *eureka, eureka*, es fácil de comprender.» Con estas bellísimas frases creo podrá entenderse—pues habla quien varias veces sintió ese placer del espíritu—cuánta es la importancia del sentimiento para establecer los primeros principios que pueden alcanzarse en la ciencia, y la necesidad, por consiguiente, en que se halla el verdadero científico de trabajar y cultivar este sentimiento si anhela llegar hasta donde es permitido al esfuerzo humano en la investigación de la Naturaleza.

Por lo que á la exposición y enseñanza de la ciencia se refiere, habré de decir que así como hay un arte de experimentación, existe también otro arte de exponer las verdades científicas, y en él son maestros los sabios más esclarecidos.

Entiendo que no hay exposición científica, calificada de completa, sin la condición artística que trato de hacer notar; porque en esta parte de la ciencia, aun prescindiendo de cuanto se facilita con el arte la comprensión de los hechos, necesítase revelar conocimiento profundo y posesión absoluta de las leyes y teorías que se enseñan, cosa que puede notarse muy bien en la misma exposición de la ciencia, si reúne la condición de armonía; pues ha de ser ésta sistemática por todo extremo y tan atractiva y sencilla, que el espíritu menos cultivado y el entendimiento poco trabajado en la ciencia puedan entenderla con poco esfuerzo y sin experimentar enojo ni fatiga. Por eso quien bien entiende y siente las verdades científicas puede exponerlas y enseñarlas, haciendo verdadera obra de arte, tan grande y magnífica en el conjunto, como habilísima y primorosa en los detalles.

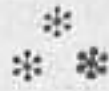
Significa el arte en la enseñanza de la ciencia, además de perfecta comprensión y sentimiento de sus verdades, armonía y método en el conocimiento, cualidades que son producto del arte y que como tales deben resaltar en aquellos que á la enseñanza científica se consagran. Estas dotes, adorno del buen expositor, están perfectamente consignadas en las palabras de Goëthe, antes citadas, y se deducen muy claramente también de otras frases de Helmholtz, en las cuales se indican ciertas analogías y puntos de contacto entre el expositor de la ciencia y el artista, que es preciso tener muy en cuenta.

Realmente en las obras de arte no debe verse el trabajo minu-

cioso y pacientísimo del autor, cuyo trabajo es fruto de estudio y reflexión, y de ningún modo producto espontáneo de la imaginación ó del sentimiento, porque, como el mismo Helmholtz dice, «una obra de arte, en la cual podemos demostrar la acción de la reflexión consciente acerca de la disposición del conjunto, nos parece pobre y muy inferior.» Imagínese, si no, un cuadro en que se vea el primer dibujo de la composición, las correcciones y las enmiendas; á nadie se le ocurrirá decir que es esto producto espontáneo, sino fruto de estudio y análisis. No quiero expresar con esto la inutilidad de la reflexión consciente y el estudio en la obra de arte; pienso, por el contrario, que estas dos cualidades no deben faltar jamás al artista; pero no deben verse en su obra sino después de mucho análisis, deben estar ocultas y eclipsadas por la belleza y el sentimiento que la obra artística produzca, hasta el punto de que todo aparezca como producto espontáneo é inconsciente del sentimiento y del genio. En el expositor de la ciencia debe darse la misma condición: en sus explicaciones y en sus escritos ha de aparecer el conjunto de la ciencia de tal manera que impresione vivamente, sin que resalten el detalle y el pormenor, sino después de estudio atento y reflexivo; ha de verse de una vez su trabajo, como producto espontáneo de su genio, aunque después haya de aparecer la paciente labor y el inmenso estudio que representa la exposición y la enseñanza de la verdad científica. En esto pienso que consista el arte de explicar la ciencia.

Ya sé que va á decirse que hay libros áridos en extremo, faltos de todo atractivo, y sin embargo calificados de primer orden en la ciencia, y entre estos libros han de citarse indispensablemente las obras de Darwin y la *Mecánica Química* de Berthelot. Para justificar la opinión emitida conviene mucho fijarse en que los libros de ciencia pueden dividirse en dos grupos, comprendiendo en el primero aquellas obras semejantes á las de Tyndall, Huxley y Helmholtz, en las cuales se hacen verdaderas exposiciones científicas, en donde se requiere el arte especial de que aquí se trata, y en el segundo los libros cuyo objeto es presentar muchos datos y observaciones que no constituyen precisamente cuerpo de doctrina; pero son fundamento y base sobre la cual se levantan las teorías más generales de la ciencia; á esta clase pertenecen muchas de las obras de Darwin y algunas de Berthelot; quienes, aun en medio de la aridez de las cuestiones que tratan, guardan cierto orden sistemático, revelación de conocimientos especialísimos, perfectamente entendidos, y de ese

sentimiento elevado de la Naturaleza, reservado solamente á aquellos cuya gran inteligencia es capaz de entender y percibir sus bellezas, sus armonías y sus leyes inflexibles y eternas, y también á los que, explicando la ciencia, se igualan á ellos ya que llegan á comprenderlos.



Para realizar por completo el fin que la ciencia se propone no basta, según va dicho, la pura investigación: el experimento ayuda á conocer, pues la verdad, de él ha de arrancar; mas siendo elemento indispensable, necesita el concurso de la inducción que completa el trabajo experimental y el dato del sentido, y aun esta inducción precisa á su vez del sentimiento de la Naturaleza para completarse y como purificarse de ese trabajo paciente del detalle y de la abrumadora y pesada lógica de los hechos. Por lo cual se dijo que el sentimiento era y constituía una de las fuentes de conocimiento en las ciencias naturales y un elemento tan importante como el hecho mismo. Y al llegar aquí ocurre necesariamente nueva cuestión, sobre la que es menester discurrir brevemente. Sábese que viniendo el conocimiento del experimento y de la inducción, debe educarse el espíritu verdaderamente científico, trabajándose en el arte de experimentar y en el ejercicio lógico de inducir sobre el dato de sentido, teniendo siempre delante, y como término de su trabajo, aquel primer principio que sirve de límite á los más altos conceptos de la ciencia, y por tanto, que con ejercicio y educación experimental, adquirida primero en la repetición de trabajos ya hechos y luego por esfuerzo individual y propio, llega á poseerse ese arte especialísimo, ese carácter singular, que distingue al científico; lo cual significa que aprovechando los elementos y aptitudes del individuo, la reflexión y el estudio por una parte, y por otra la influencia del medio, la tradición científica y la educación del espíritu—que viene á constituir especie de selección,—pueden hacer del hombre de entendimiento claro un buen científico; mas no lo será completo si no reúne, además de estas condiciones, espíritu elevado y grande capaz de sentir toda la belleza incomparable de esa Naturaleza á cuya investigación y conocimiento consagra su actividad. Á su vez este sentimiento requiere educación especial y adecuado cultivo, que es flor delicada que sólo crece en tierras ricas en principios de

vida; pues se alimenta con raros jugos, cuya elaboración es difícil por todo extremo.

Esta educación del sentimiento, cuyo resultado es la exquisita percepción de la belleza, se adquiere, á mi ver, por tres caminos ó medios que se completan, y son: contemplación y estudio de las obras de arte, aislamiento de las cosas de la vida de las ciudades para comunicarse directamente con la Naturaleza, y profundo estudio de las obras de ciencia más notables.

Tan interesante me parece la educación artística del naturalista, que juzgo la pura contemplación del arte y de sus obras capaces de hacer comprender muchas cosas de la ciencia natural, que de otro modo no se apreciarían. El sentimiento, educado y acostumbrado á las grandes obras de arte, adquiere una facultad de percepción sorprendente, puede distinguir con precisión absoluta desde el primer momento, y alimentado con emociones gratas, aprecia de una vez todos los detalles y luego elige los más salientes y los que más le convienen; de lo cual proviene sin duda ese prodigioso sentido, inconsciente casi siempre para quien lo posee, de que están dotados aquellos que, cultivando un poco el sentimiento con el estudio del arte, dedícanse á la experimentación, y en ella muestran raro ingenio y altísimo sentido de cuanto ejecutan. Y por otra parte, en lo que á la crítica científica y á la inducción se refiere, los que se educan en el arte tienen adelantado mucho, porque el buen gusto y la delicadeza artística son aplicables perfectamente para fijar los primeros términos de todo trabajo inductivo.

En cuanto á la directa comunicación del espíritu científico con la Naturaleza, bastará decir que los naturalistas más distinguidos vivieron casi siempre en el campo, y que las leyes y teorías científicas mejor fundadas y más admitidas, se enunciaron después de solitarios trabajos y completo aislamiento. Buena prueba son de ello las leyes de Kepler, los trabajos de Newton para enunciar su famosa ley y los de Darwin. Esta suerte de misticismo científico no lleva jamás al quietismo y á la inacción; es, por el contrario, fecundo en alto grado, porque en la absoluta contemplación de la Naturaleza trabaja activamente el espíritu, ayudado por el sentimiento, sin que haya nada que de su labor le distraiga. Además, esa misma vida del sentimiento se vigoriza al contacto de la vida de la Naturaleza, centro y origen de toda actividad y fuente inagotable de bellezas y armonías.

Por lo que se refiere al tercer punto, bastará decir que si las

grandes obras de la ciencia son en algo producto del sentimiento, su estudio excitará necesariamente el sentimiento de quien á ellas se consagra, haciendo por ello en la educación científica papel semejante al que las obras de arte desempeñan; que de esta manera el sentir y el pensar se unen y completan en el espíritu humano.

Creo suficientes estas indicaciones ligerísimas para hacer comprender la gran influencia del sentimiento en las ciencias naturales, en las cuales, según más detenidamente se verá, es un elemento para conocer. Pocos naturalistas hay ciertamente en quien se presente este sentimiento purísimo de la Naturaleza; pero estos pocos son aquellos que en el orden de los descubrimientos realizaron mayores prodigios y en el de la pura especulación llegaron más lejos con teorías y leyes; pues solo á ellos está reservado traspasar los límites de lo conocido por la generalidad de los sabios.

(Continuará.)

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

PUBLICACIONES ALEMANAS

SOBRE

LA HISTORIA DE ESPAÑA

El desarrollo verdaderamente extraordinario que, merced al poderoso impulso recibido de Niebuhr y Ranke, han tenido allende el Rhín los estudios históricos en el siglo actual, se refleja muy particularmente en el afán con que los alemanes, no contentos con explorar su propia historia en todos sentidos, se han aplicado y aplican á estudiar y esclarecer la de otros países. Entre ellos no ha sido ciertamente de los menos favorecidos nuestra España, circunstancia debida en parte á la íntima conexión de nuestra historia con la de Alemania, singularmente en los períodos visigótico y austriaco. Mas no se ha concretado á ellos la paciente investigación de los alemanes, sino que, como tendremos ocasión de observar, apenas hay período alguno de la historia de España que no haya sido asunto de sus estudios y desvelos. Muchos de estos trabajos son ya conocidos y justamente estimados entre nosotros; pero puede decirse con verdad que este conocimiento no ha trascendido al gran público, sino que es privilegio del número, harto escaso todavía desgraciadamente, de personas que en España procuran estar al corriente del movimiento literario extranjero. Por otra parte, hay algunos muy importantes, que á causa de haber salido á luz en Revistas de escasa circulación, ó en disertaciones ó programas que no se ponen á la venta, ni se incluyen por tanto en los catálogos, tarde ó nunca llegan á noticia de aquellas personas á quienes más interesan. Ciertamente para remediar este mal se han fundado recientemente publicaciones destinadas á registrar todos los trabajos que cada año salen á luz sobre cada ramo de las ciencias filológicas é históricas, entre las cuales mencionaremos como más interesantes para nuestro ob-

jeto el *Anuario de los progresos de la ciencia de la antigüedad clásica* de Bursian (1) y el *Anuario de las ciencias históricas* (2) que publica la Sociedad Histórica de Berlín. Verdad es que las Revistas históricas, y en especial la *Revue historique* francesa, ya por medio de correspondencias periódicas sobre las publicaciones llevadas á cabo en cada país, ya insertando los sumarios y á veces el resumen de los artículos publicados en las Revistas especiales, procuran tener á sus lectores al corriente del movimiento literario en este orden. Pero, sobre que, dada la gran extensión de este movimiento en nuestros días, tales reseñas no bastan para abarcarlo en toda su extensión, sucede que las citadas publicaciones son de fecha relativamente reciente, y que para orientarnos sobre la literatura histórica del período anterior carecemos de tan eficaces auxilios.

No es, por tanto, tarea tan fácil ni hacedera como pudiera creerse á primera vista, la de inventariar las publicaciones verdaderamente importantes que acerca de nuestra historia se han hecho en Alemania, en el curso del presente siglo. Colocado yo en circunstancias favorables para llevarla á cabo, gracias á la iniciativa, tan fecunda para el progreso de los estudios históricos del Sr. Conde de Toreno, que en 1878, siendo Ministro de Fomento, me envió á Alemania con este objeto, voy á exponer brevemente el resultado de mis investigaciones. Aunque ligera é incompleta, esta reseña podrá ser de alguna utilidad á las personas que en nuestra Patria se dedican á los estudios históricos, ahorrándoles el hacer por sí mismos un trabajo prolijo de suyo y que ofrece serias dificultades. Ojalá contribuya en algún modo á hacer que sea menos frecuente, y sobre todo menos fundado el cargo que suele dirigirse á los autores de algunas publicaciones, por otra parte estimables, llevadas á cabo en nuestra Patria, de que no se cuidan, ó se cuidan muy poco de conocer y utilizar los trabajos de los eruditos extranjeros. No hay duda que uno de los principales obstáculos que se oponen al progreso de los estudios entre nosotros es esta especie de aislamiento científico, al cual se debe que se pierda frecuentemente en inquirir cosas ya resueltas y averiguadas el tiempo que pudiera emplearse provechosamente en dilucidar puntos oscuros y controvertidos; y que, por desidia ó por vano y pueril temor de perder la originalidad é indepen-

(1) *Jahresbericht über die Fortschritte der Alterthumswissenschaft*. Se publica en Berlín desde 1874.

(2) *Jahresbericht für die Geschichtswissenschaft*, fundado en 1876.

dencia de juicio, se priven muchos, con grave daño del progreso científico, de hacer más fecundas sus propias investigaciones, utilizando el resultado de las investigaciones ajenas.

No pretendo hacer la estadística de las publicaciones alemanas relativas á nuestra historia, sino sólo dar noticia de aquellas que, por algún concepto, merecen ser conocidas entre nosotros; así que teniendo ante todo presente la utilidad práctica de mi trabajo, eliminaré de él los libros de escaso ó ningún valor científico, aunque se refieran á España exclusivamente, y me aplicaré muy especialmente á dar noticia de las obras en que, aunque sólo parcial ó incidentalmente, se trata de nuestra historia con competencia, sin olvidar las disertaciones y los artículos de Revistas, siempre que ofrezcan verdadero interés para los eruditos. Á pesar de la diligencia que he puesto para lograr que mi reseña sea lo más completa posible, no tengo la pretensión de haberlo conseguido. Creo, sin embargo, que serán muy pocas las publicaciones algo importantes omitidas en ella. No todas las obras que menciono, he podido consultarlas por mí mismo. Respecto de las que se hallan en este caso, emitiré el juicio que han merecido á personas competentes, y cuando ni siquiera esto pueda hacer, me limitaré á indicar su título para que se sepa que existen. Aun respecto de las que conozco, cuando por no referirse á mis estudios no puedo juzgarlas con verdadero conocimiento de causa, cuido de consignar la opinión de que gozan entre las personas competentes y autorizadas.

I.

Inaugura dignamente la serie de las publicaciones alemanas relativas á la historia antigua de España la obra capital de Guillermo de Humboldt sobre los orígenes ibéricos (1). Aunque no es sino un fragmento de otra obra más extensa que se proponía publicar sobre el pueblo y el idioma vasco, para la cual allegó gran copia de materiales, auxiliado eficazísimamente por sus amigos D. Pedro de As-

(1) *Prüfung der Untersuchungen über die Ureinwohner Hispaniens*. Berlín, 1821. Fué traducida al francés por Marrast y se imprimió en París en 1866.

La traducción castellana de este libro (Madrid, 1876), como muchas de las traducciones de obras alemanas, publicadas en España en estos últimos años, parece hecha, no del alemán, sino del francés, y deja desgraciadamente harto que desear.

tarloa, cura de Durango, y D. Antonio de Moguel y Urquiza cura de Marquina, puede decirse de ella que forma época en el orden de estudios á que se refiere, en cuanto que fijó el punto de partida y precisó y perfeccionó el método aplicable á este linaje de investigaciones.

Partiendo del principio de que la fuente más antigua y digna de crédito, «el monumento más antiguo y auténtico» que poseemos de los primitivos pobladores de España son los nombres de pueblos, montañas, lagos y ríos, que nos han transmitido desfigurados los historiadores y geógrafos antiguos por el afán de acomodarlos á su pronunciación, se esforzó por remontarse á las radicales de estos nombres, distinguiendo los derivados del vasco de los pertenecientes á los idiomas de los demás pueblos que sucesivamente invadieron la Península.

Esta investigación, difícil á causa de la variedad en las permutaciones fonéticas, y en que Humboldt desplegó una paciencia y sagacidad admirables, no concretándose á los nombres de lugar de la España antigua, sino extendiéndola á los de las Galias, de Italia, de las tres islas del Mediterráneo y de Tracia, ocupa la mayor parte del libro y autoriza á Humboldt para sacar las conclusiones siguientes:

«El estudio comparativo entre los nombres geográficos de la Península y la lengua vasca demuestra ser ésta hija del idioma único de los Iberos é idénticos los Vascos y los Iberos.—Hay nombres geográficos vascos en toda la Península, del mismo modo que sabemos que por toda ella estaban difundidos los iberos.—Hay también en España nombres geográficos cuya comparación con los de países ocupados indudablemente por los Celtas, demuestra su origen céltico, y que por tanto, nos dan á conocer allí, donde faltan testimonios históricos que lo acrediten, las comarcas en que los Celtas se mezclaron con los Iberos.—Los Iberos puros, es decir, no mezclados con los Celtas, habitaron sólo alrededor de los Pirineos y en la costa meridional de la Península. Ambos pueblos mezclados ocuparon el interior de la Lusitania y la mayor parte de las costas del Norte.—Los Celtas españoles aunque emparentados con los de las Galias y los de la Gran Bretaña, como lo demuestra la afinidad de los nombres geográficos y de las lenguas habladas en estos países, no eran probablemente de pura raza gaélica, pues que tan distintos son el carácter y las instituciones de ambos pueblos. En la fusión de los Celtas con los Iberos predominaba el elemento ibérico. Fuera de España no hubo Iberos sino en la Aquitania y en algunas de las costas del Mediterráneo. En el Sud de Europa ocuparon los Iberos las tres islas del Mediterráneo,

según lo demuestran la historia y los nombres geográficos; mas no ha de creerse por esto que todos ellos procedían, al menos exclusivamente, de España ó de las Galias, sino que se establecieron allí desde tiempo inmemorial ó emigraron desde Oriente.—Es probable también, á juzgar por los nombres geográficos, que fuesen iberos los pueblos primitivos de la Italia continental.—No conociendo nosotros el carácter y las costumbres de los Celtas ni de los Iberos sino por el testimonio de los escritores clásicos, é ignorando las modificaciones que hubieron de sufrir en época anterior, ni podemos afirmar su identidad de origen, ni tampoco negar el parentesco primitivo entre ambos pueblos.»

Prosiguiendo las investigaciones de Humboldt, y aprovechando los preciosos materiales que ofrecen al efecto las inscripciones romanas de España, coleccionadas ya, aunque no publicadas aún, por Hübner, dedicó Kiepert en 1864 una importante monografía al estudio de la *Etnografía antigua de la Península ibérica* (1).

Las conclusiones de Kiepert, fundadas en un examen detenido de los nombres geográficos, y en las investigaciones de Humboldt, Zeuss y Diefenbach, pero sobre todo, como él mismo declara, en los trabajos de Hübner sobre la topografía epigráfica de la Península, son: 1.^a Que en la mitad de la Península que comprende las costas y buena parte del continente del Sud y de Levante, ó sea la parte más llana y feraz de España, no se halla más que nombres geográficos de origen celta; prueba de que los Celtas fueron sus primeros pobladores, si bien los arrojó después de esta comarca una invasión ibérica análoga á la de los Árabes. 2.^a Que en la mitad del Noroeste y el continente propiamente dicho, se hallan también, como sostenía Humboldt (aunque sin incluir el país montañoso gallego, astur y cántabro, no exceptuado por éste), nombres célticos, aun fuera de la comarca poblada en el período histórico por Celtas y Celtíberos, casi en la misma proporción que los nombres segura ó probablemente ibéricos, señal evidente de que la mitad de esta comarca fué ocupada completamente ó dominada, á lo menos, por los Celtas en el período antehistórico. Kiepert sostiene la última opinión fundándose principalmente en que entre los nombres de ríos de esta comarca no hay ninguno de origen céltico, sino que

(1) *Beiträge über die Ethnographie der iberischen Halbinsel*. Se halla en el número de marzo del *Monatsbericht der königlichen preuss. Akademie der Wissenschaften*, págs. 143—165.

muchos de ellos, y sobre todo el más importante, *Iberus*, son de origen indudablemente ibérico, «circunstancia, dice, que parece demostrar plenamente la prioridad de los Iberos sobre los Celtas en estas regiones.» Sirve de complemento á este trabajo un mapa de los nombres geográficos ibéricos y célticos en España en que se indica las direcciones geográficas establecidas en el texto.

Son dignas de mención especialísima entre las publicaciones relativas á nuestra historia primitiva, varias disertaciones del célebre canonista y germanista Phillips, que en sus últimos años consagró preferente atención al estudio de los Iberos y los Celtas en la Península, siendo muy de lamentar que la muerte le impidiera llevar á término las publicaciones que proyectaba sobre este asunto. Ocupa el primer lugar entre aquellos trabajos el relativo á *La invasión de los Iberos en la Península ibérica* (1), en el cual, después de algunas consideraciones generales sobre las emigraciones de los pueblos antiguos, expone y discute las varias opiniones sobre el origen de los Iberos españoles, y sin decidirse en pro ni en contra de la identidad de los Iberos de Asia y de Europa, sostiene, sin embargo, que los Iberos españoles vinieron de Asia, y fundándose en la semejanza entre ciertos nombres geográficos del Norte de Africa y España, cree necesario admitir que una misma raza ocupó en lo antiguo ambas regiones ó que los Iberos moraron en África antes de establecerse en nuestra Península. Siguen á la anterior en mérito é importancia las disertaciones acerca del pueblo ibérico de los Indigetes y sus vecinos (2), en que después de fijar el territorio ocupado por aquella tribu, diserta sobre sus principales ciudades y fija también los límites de los Cerretanos, Bergistanos, Ausetanos y Laetanos; la relativa al origen ibérico de algunos nombres de ciudades y de pueblos del Sud de la Galia (3), donde del examen de los testimonios literarios y numismáticos, y en especial de los nombres topográficos de la primera Narbonense y de la tercera Aquitania, infiere que estas comarcas fueron habitadas desde muy antiguo por un pueblo empa-

(1) *Die Einwanderung der Iberer in die pyrenäische Halbinsel*. Viena, 1870. Tanto ésta como las demás disertaciones del mismo autor que después citaremos, se publicaron primeramente en las Noticias de Actas (*Sitzungsberichte*) de la Academia de Viena.

(2) *Veber den iberischen Stamm der Indiketen und seine Nachbarn*. Viena, 1871.

(3) *Prüfung des iberischen Ursprunges einzelner Stämme und Städtenamen im südlichen Gallien*. Wien, 1871.

rentado con los Iberos; sus estudios sobre el alfabeto ibérico y el concerniente á la notable inscripción ibérica hallada el año 1851 en las inmediaciones de Castellón de la Plana (1).

El origen, emigraciones, lengua y costumbres del pueblo celta han sido estudiados por primera vez con gran copia de erudición é ingenio por el ilustre autor de la *Grammatica celtica*, Gaspar Zeuss, en su libro sobre los alemanes y las razas vecinas á ellos, que forma época en la historia de los estudios germánicos y célticos (2). Más interesante aún para nosotros por tratar circunstanciadamente de los Celtas españoles, es la obra de Diefenbach, intitulada *Celtica*, impresa en 1840. De las dos partes, de que consta la primera, que versa sobre los documentos lingüísticos para la historia de los Celtas, adolece, según reconoce el mismo autor, de «faltas imperdonables nacidas del estado de las fuentes en aquella época, por lo cual necesitaba apremiantemente una refundición.» La segunda, cuyo título es *Ensayo de una historia genealógica de los Celtas*, ocupa dos volúmenes y contiene textos y comentarios sobre la filiación, las emigraciones y las correrías, así de los pueblos que sin género de duda pertenecían á la raza céltica, como de los que, según algunos testimonios, estaban emparentados con ellos, así como sobre otros pueblos que, por sus relaciones con los Celtas, creyó el autor deber incluir en el círculo de sus investigaciones.

Diefenbach ha refundido y rectificado sus investigaciones sobre este punto, en otra obra posterior, de índole análoga á la que acabamos de citar, pero distinta en el plan y en las proporciones. Su *Orígenes Europeos* (3), que es la obra á que nos referimos, no sólo aventajan á la *Celtica* por haberlos enriquecido el autor con una preciosa disertación acerca de los primeros habitantes de Europa, sino también por que el «Diccionario de los restos de la lengua de los Celtas y de sus vecinos, en especial de los Germanos y de los Españoles conservados por los escritores antiguos,» que constituye su segunda parte, revela cualidades de erudición y de método muy superiores á las de la obra primitiva.

El estudio de Phillips sobre las moradas de los Celtas en la Pe-

(1) *Veber eine in der Nähe von Castellon gefundene iberische Inschrift* Vienna, 1871.

(2) *Die Deutschen und die Nachbarstämme*. Munich, 1837.

(3) *Origines Europaeae*. Die alten Völker Europas mit ihren Sippen und Nachbarn. Francfort sobre el Mein, 1861.●

ínsula ibérica (1), puede figurar dignamente al lado de sus trabajos acerca de los Iberos. No pretende nuestro autor investigar nuevamente el origen y emigraciones de los Celtas', respecto de lo cual se remite á los trabajos anteriores de Zeuss y Diefenbach. Su único objeto, como lo indica ya el título de su monografía, es fijar el territorio ocupado por los Celtas, investigación cuyos resultados nos es imposible resumir aquí, siquiera sea brevemente, debiendo limitarnos á decir que es sin disputa lo mejor que poseemos sobre tan difícil materia. ¡Lástima grande que la muerte le impidiese publicar el estudio que pensaba dedicar y que anuncia ya en esta monografía sobre la invasión de los Celtas en la Península!

Aunque no se refiere exclusiva ni principalmente á la historia antigua de España, debemos mencionar también en este lugar, como importante para nuestro objeto, la obra de Cuno sobre los Celtas (2), donde se trata muy de propósito de los Celtas ibéricos, sosteniendo que en tiempo de Herodoto, no sólo ocupaban ya las costas del Océano, sino que habían penetrado también hasta el extremo Sudeste de la Península, fundándose principalmente en que los Cune-tes citados por aquel historiador son indudablemente de origen celtio. Menos razonable es su opinión acerca de los Celtíberos, que defiende con razones más ingeniosas que sólidas, y mediante una interpretación artificiosa de los textos de Polibio, Estrabón y Plinio, sobre el particular. En su sentir eran Celtas puros, y yerran los que tienen á este pueblo por una raza procedente de la fusión de Celtas é Iberos. y Los Ligures son una rama de los Celtas. Sus observaciones acerca del territorio ocupado por los Iberos y sobre la lengua vasca, punto este último respecto del cual se atiende generalmente á la opinión de Humboldt, merecen ser tomadas en consideración.

La historia del origen y progresos de la colonización fenicia de España ha sido expuesta con singular maestría por el ilustre Movers en su obra capital sobre los fenicios (3). El trabajo del sabio profesor de Breslau, que puede considerarse como definitivo en la

(1) *Die Wohnsitze der Kelten auf die pirenäischen Halbinsel*. Viena, 1872.

(2) *Vorgeschichte Roms*. Erster Theil. *Die Kelten*. Leipzig, 1878. Véanse sobre todo las págs. 55-85 y 135-137.

(3) *Die Phönizier*. Berlín 1840.—*Das phönizische Alterthum*. Berlín, 1849-1852. El tomo consagrado á las colonias forma la segunda parte de esta última obra. De las colonias fenicias en las Baleares y en España trata en las págs 579-689.

materia, sobre mostrar la fecha exacta y la gran extensión de los establecimientos fenicios en las Baleares y en España, haciendo ver que los hubo, no sólo en las costas, sino en muchos puntos del interior, plantea y resuelve á maravilla la cuestión, tan embrollada por los escritores clásicos y tan debatida entre los eruditos, acerca del carácter y de los límites de la antigua Tarteso; asentando resueltamente ser Tarteso denominación geográfica de una región que abarcaba aproximadamente el territorio de la Andalucía actual.

Merece también consultarse la extensa y erudita monografía del mismo autor en la *Revista de teología y filosofía católica* acerca de los establecimientos fenicios en Gades y en la Turdetania, no obstante haber sido utilizada ya en la obra que acabamos de mencionar (1).

Refiérese también á este orden de investigaciones y puede ser leída con provecho por sus ingeniosas y atinadas consideraciones sobre las colonias fenicias de España, la disertación de Redslob sobre Tarteso (2), á pesar de que se defiende en ella tesis tan errónea é insostenible como la identificación de Tarteso y Dertosa.

Rectifica y completa en algunos puntos las investigaciones de Movers sobre los Fenicios en general y especialmente sobre las colonias fenicias en África, aprovechando al efecto los últimos resultados de los estudios orientales, que no fué dado utilizar á su ilustre antecesor, el joven erudito Oton Meltzer en el volumen primero, único publicado hasta ahora, de su reciente historia de los Cartagineses (3). Aunque extrema frecuentemente en su polémica con Movers el valor de los argumentos negativos y se muestra á veces escéptico en demasía, su libro contiene algunas páginas instructivas é interesantes acerca de las antiquísimas navegaciones de los Fenicios á España y las primeras relaciones de los Cartagineses con la Península. El tomo segundo, que debe salir á luz en breve, promete ser más interesante para nuestra historia antigua, pues el autor habrá de tratar en él de propósito, y no como hasta ahora incidentalmente, de las relaciones de los Cartagineses con España en el período de su mayor apogeo.

(1) *Die Phönizier in Gades und Turdetanien*, en la citada *Revista*, año 1843, cuaderno 2.º, págs. 1-43 y 3.º, págs. 1-26.

(2) *Tartessus* Ein Beitrag zur Geschichte des phönizisch-spanischen Handels. Hamburgo, 1849.

(3) *Geschichte der Karthager*. Berlín, 1879.

He visto citar frecuentemente con elogio un artículo de Olshausen acerca de las colonias fenicias en el Mediterráneo, inserto en el *Museo Renano de Filología* de 1853, y que no he podido consultar.

La historia de las colonias griegas en España no ha sido objeto hasta ahora, al menos que yo sepa, de ningún estudio especial, y lo que se encuentra sobre ellas en la *historia griega* de Curtius (1), nada añade á lo que ya se sabía sobre esta materia.

EDUARDO DE HINOJOSA.

(*Se continuará.*)

(1) Sabido es que la *Griechische Geschichte* de Curtius, traducida recientemente al italiano y al francés, es la mejor exposición que hasta ahora se ha publicado de la historia del pueblo griego desde sus orígenes hasta los tiempos de Alejandro Magno.

LA MUSICA

EN NUESTRAS IGLESIAS ⁽¹⁾

Cuéntase que allá, en la segunda mitad del siglo XVI, llegó á su colmo un escándalo inconcebible, que de muchos años atrás deploraban los cristianos viejos en las iglesias de la Europa culta, y que consistía en acompañar con la música más descaradamente *profana* los Divinos Oficios. Los compositores, que no me atrevo á llamar *religiosos*, depravado el gusto y extraviados por completo, empezaron por valerse de las canciones populares, como tema de sus laberínticas obras, las cuales escribían muy á menudo con independencia de las palabras litúrgicas; y todo lo que su inventiva les sugería en materia de expresión era teñir de negro las notas cuando se trataba de tinieblas ú oscuridad, de rojo cuando se trataba de sol, de luz ó de púrpura, y de verde cuando era cosa de campo. ¡No se puede dudar que el auditorio quedaría perfectamente edificado con esta pintoresca notación! Además, y aquí entra lo peor, concluyeron por dejar á cada canto popular sus palabras genuinas, de suerte que, al mismo tiempo que se cantaban el *Kirie*, *Gloria*, *Sanctus*, etc., se oían los versos en lengua vulgar, algunos de ellos no muy decentes, produciéndose tal algarabía y confusión, que cada coro de iglesia se asemejaba más bien á una jaula de locos que á un lugar de oración y respeto; lo cual, si podía causar regocijo á las simples beatas de aquella época, que serían sobre poco más ó menos como las que conocemos en la presente, no entusiasmaría del propio modo á las personas verdaderamente piadosas.

(1) Sentimos mucho que el autor de este notable artículo se haya negado á firmarlo, privando así á nuestra REVISTA del honor de registrar en sus columnas el nombre de uno de los más ilustres artistas de la España contemporánea.

El abuso llegó á tal extremo, que se pensó muy seriamente prohibir en los templos toda música que no fuera el canto-llano. El Concilio de Trento, al cerrar sus sesiones, en que había tratado del asunto, dejó nombrados dos Cardenales para que pusiesen en práctica sus acuerdos respecto á la música. Estos comisionados, queriendo asesorarse con gente práctica, eligieron ocho individuos del Colegio de capellanes-cantores (pues lo que voy relatando acontecía en Roma), y, todos juntos, en la primera reunión unánimemente decidieron que no se volverían á cantar: 1.º, las misas y motetes en que hubiera amalgama de diferentes palabras; 2.º, las misas compuestas sobre temas profanos populares ni cultos, y 3.º, palabras ningunas que no estuviesen sacadas de los Oficios de la Iglesia. También se discutió largamente sobre si era posible que en un canto figurado, escrito á muchas partes, que nunca eran menos de cuatro, se oyesen clara y distintamente las palabras: los músicos ponderaban la dificultad, en razón al necesario empleo de fugas é imitaciones, cuyo artificio formaba el carácter de la música de aquella época; los Cardenales replicaban citando obras de algunos autores en las cuales la letra se oía sin confusión; pero los cantores decían á su vez que esto era hacedero en trozos de poca extensión, pero imposible en las grandes composiciones. Florecía á la sazón, y era maestro de capilla de Santa María la Mayor, uno de los genios más admirables del arte músico, esto es, Giovanni Pierluigi, conocido generalmente por Palestrina. Á él encomendaron los comisionados la tarea de componer una misa dentro de las condiciones deseadas; en la inteligencia de que si la prueba salía fallida, el canto figurado quedaría abolido para siempre en la Iglesia. Lleno de entusiasmo el compositor, é inspirado con la idea de salvar al arte músico de tal excomunión, compuso, no una misa, sino tres á seis voces, que fueron ejecutadas en casa de uno de los Cardenales comisionados, con admiración y asombro de todo el auditorio, que proclamó el mérito portentoso de las obras y el genio divino del autor.

Desde este punto y hora quedó consignado que así se debía escribir para la Iglesia, y que toda obra que no siguiese este camino sufriría el anatema; con lo cual el arte músico conservó su puesto en el templo, y los compositores chirles se fueron con sus laberintos á otra parte.

No ha sido mi intención darme aires de erudito escribiendo lo que antecede: todo es para venir al cuento de que ahora, en el último tercio del siglo XIX, en pleno florecimiento artístico-musical,

con crítica, con modelos insignes en manos de todo el mundo y con otros elementos, hacían falta en la capital de España un Concilio de Trento, Cardenales comisionados, adjuntos competentes, tribunales inexorables, y además un presidio para condenar á silencio perpetuo á los profanadores de la música de iglesia.

Si alguno creyese que exagero, no tiene más que tomar en la mano la lista de los cultos de cualquier día del año, y raro será que no encuentre alguna función de esas en que repican gordo y en que hay grande orquesta, y yo respondo de que, oída una de *las buenas*, me califica de suave y benévolo. En Madrid, por regla general, dirige la orquesta y voces uno que llaman *festero*, que es como si dijéramos el empresario de la música, el cual hace la contrata, por un tanto mas cuanto, con las cofradías, hermandades, párrocos ó particulares, lleva los músicos de la que él llama enfáticamente *su capilla*, les paga mejor ó peor, pues los hay más largos y más cortos, se embolsa el remanente, y, con todos estos títulos, nada más justo sino que él sea el que lleve el compás... Los músicos dicen: *El Conde que paga es el verdadero Conde,*» y le siguen, ó no le siguen, le llevan en peso ó no le hacen caso.

Antes de pasar adelante, conviene decir algo sobre la composición de las orquestas para las grandes funciones de iglesia. El objeto principal de los festeros es facer el mayor ruido posible con el menor número de instrumentos; de cuyas resultas los de cuerda siempre están en notable minoría; pero, en cambio, nunca faltan los ruidosos de metal y los timbales. Los fagotes se usan poco, sin duda á causa de su timbre misterioso y nada estridente, y aun los violoncellos se suelen ver relegados á acompañar con un *flon-flon* macarrónico á un *harmonium* medio asmático en funciones de menor cuantía.

Va á empezar la fiesta. Cada uno afina por cuenta propia: la flauta se queda alta, el clarinete bajo, el cornetín entre dos aguas, los violines en la más amable anarquía, y todos discordes entre sí. Pero como tienen los unos buenos puños y los otros robustos pulmones, cada cual se propone hacer resaltar la entonación de su instrumento; porque es de advertir que en la iglesia no se da colorido á la música. Fuerte se empieza y fuerte se concluye, salvo algun *fortísimo* en los momentos de mayor entusiasmo.

Se me olvidaba hablar de un instrumento de percusión que juega gran papel desde el principio al fin de la fiesta, y es una soleta de cartón, de badana ó pergamino, con la que el director marca sobre

su atril, sin perdonar tiempo fuerte, y aun muchas veces se sale á dos soletazos por compás, cuyo ritmo imperturbable es del más delicioso efecto...

Respecto á los cantores, cuanto se diga es poco; casi, casi son la parte más lastimosa del asunto; porque para uno regular que se halle, hay diez que ó son viejos, ó no saben cantar, que, ó han perdido la voz, ó no la han tenido nunca. Sobre todo los que fingen la parte del sexo débil son imposibles de describir: yo nunca me puedo acostumbrar á oír una voz como un hilo y, al mirar al coro, encontrarme con que sale por la boca de un individuo con más barbas que un zamarro. Dicen que en el siglo pasado, y aun á principios del actual, los sopranistas italianos eran los reyes ó reinas del canto, y arrebatában al público en el teatro, vestidos con sus faldas correspondientes y representando á Semíramis, Dido, Ifigenia, Safo, y á todas las Cloris y Galateas de entonces... Me inclino ante la autoridad de la historia; pero confieso que no me cabe en la cabeza tal monstruosidad; la cual sube de punto cuando es en la casa de Dios donde se hace lucir su voz contra naturaleza á esta especie de hermafroditas.

Mas no nos distraigamos, que ya salen de la sacristía los mayordomos ó cofrades, ostentando las medallas que de ancha cinta penden sobre su pecho, y armados los que hacen cabeza de sendas cachiporras de plata. Da comienzo el *Introito*, y ésta es la primera algarabía que se escucha. En el misal varían las palabras, según la festividad de que se reza; pero la música siempre es la misma; es decir, que hay un molde inflexible, en el cual han de entrar aquéllas, sean pocas ó muchas, y, cuando sucede esto último, es de ver cómo se atropellan y se embeben nombres, verbos, adverbios, partículas y pronombres, para llegar á lo justo y hacer punto cuando lo manda la música. Inútil es añadir que no queda palabra con hueso sano, y que ni el mismo que compuso el misal pesca ni una sola al oído. Verdad es que, aun sin esta premura, rara vez se sabe en qué idioma se expresan los cantores; pues más que pronunciar las palabras, lo que hacen es enjuagarse con ellas.

El de la soleta de pergamino da dos ó tres golpes, y rompe la orquesta con los *Kyries*. Supongamos que nada sucede de particular en ellos; pero al llegar al *Gloria*, los instrumentos de metal desencadenan su furia; el timbalero suelta cada redoble que tiemblan las vidrieras y caen telarañas del techo; los cantores vocean á quien puede más; el de la soleta parece un energúmeno; la sonoridad

llega á su más alto grado; las beatas se estremecen bajo sus negras mantillas, y los de las cachiporras miran con satisfacción al coro. La calma renace, porque el tenor entona con cierto meloso acento el *Laudamus te*, y aquí se trata ya de un *solo*. El cantor tiene en su mano izquierda el papel, y con la derecha se agarra de la barandilla del coro, como recurso y ayuda para cuando tenga que dar un *la* ó un *si bemol*, y dicho se está que el *solo* de mis pecados concluye generalmente con su fermatita ó con un calderón todo lo más dramático posible. En esto se oye un lamento agudo y penetrante: ¡el que no está prevenido cree que le han dado un pisotón á algún feligrés! No, señor; es el *tiplo* que ataca el *Gratias agimus tibi*, escrito en andante amoroso, con juegos de clarinete y preguntas y respuestas con la voz, que no hay más que oír. ¡Qué arrastres, qué jugueteos, qué dejar uno el tema y tomarlo el otro, qué terceritas para concluir!... ¡Ya quisieran en el teatro! El *Qui tollis* suele ser pieza concertante de rumbo, con grande aprovechamiento del cobre y vigorosos redobles de los timbales. Es cosa buena; pero aun falta algo mejor. La orquesta acentúa un acompañamiento, así como si dijéramos *fieramente guerrero*, que sirve de fondo á un *solo* de cornetín más belicoso todavía, con su *cadencia* y todo, por supuesto, como en ópera del antiguo régimen. No faltan más que los cuatro *esclavos* tirando del carro del *triunfador* y que el bajo se quite el casco y se lo entregue á un *comparsa* antes de decir: «*Quoniam tu solus Sanctus.*» ¡Y santo se necesita ser para aguantar semejante música, y un *Cum sancto spiritu* que viene detrás en *allegro vivace*, que no parece sino que el pueblo amotinado pide que lleven al tenor á la hoguera y al tiplo á la cárcel.

Por este mismo estilo sigue la función, y si hay algún oyente de buen gusto, protesta para sus adentros, ó sale echando chispas de la iglesia y jurando no volver á entrar en ninguna en que se oiga afinar un violín.

Pues no digo nada cuando se trata de un funeral de esos de lujo, con catafalco, gran copia de blandones y luctuosas figuras con candelas de espíritu de vino en las manos. Como la música se paga bien, aprovechan el resto los *festeros*, y sacan á relucir las mejores piezas del repertorio. Por de contado, la orquesta es igual á la que ya he descrito, salvo el aumento de un corno inglés para dar un colorido más triste á ciertas piezas. Los bajones acompañan la *salmodia*, y son de notar los escarceos y cabriolas á que se entregan (que no parece sino que se burlan del muerto), los arpegios, saltos y

volatas en todos los registros del instrumento fúnebre y lo grotesco de todo el conjunto.

Ahora vendría muy á cuento describir un Oficio de Difuntos que he oído hace poco tiempo; pero me faltan las fuerzas para tamaña empresa. Aquello no es para contado. La música era aún peor que la ejecución, y ésta parecía obra de verdugos. Ritmos picantes y saltarines servían para acompañar las frases más lúgubres y grandiosas de la misa de *Requiem*, y aquella poesía que expresa con tan sublime elocuencia la tremenda justicia de Dios en el día de la ira, había servido de pretexto al infame compositor para encajar una suma tal de vulgaridades y contrasentidos, que dudo fueran obra de un cerebro sano. ¡No se podía llevar más lejos la profanación de la iglesia y del arte!

Como contraste, no diré más que cuatro palabras sobre las misas llamadas de *pastorela*, en Navidad. El instrumental de percusión que en ellas domina se compone de panderetas, castañuelas, triángulos y enormes panderos que se tocan con un palillo. Los pastores de Belén se ve que no conocían otro compás que el de *seis por ocho*, ni más ritmo que uno solo é invariable, pues toda la misa se acompaña con el mismo sonsonete. Notaré imparcialmente que Beethoven se ha servido de él en una de sus más bellas obras: en el *Primer tiempo* de la 7.^a Sinfonía; pero aquí, desde los *Kyries* hasta el *Ite misa est*, no hay otra variante sino que el *tántaran, tántaran, tántaran* es más lento en la primera pieza y en el *Et incarnatus*, y, por consiguiente, los que acompañan ni tienen papel ni lo necesitan. Así sucede que algunas veces concluyen los cantores, y ellos se quedan recerciéndose con el *tántaran, tántaran*, como aquel que nada en seco.

De otras varias cosas podría seguir hablando, pero me parece que basta con lo dicho. Vísperas, completas, novenas, salves y misereres, todo va por el mismo estilo, y el mal gusto nada respeta. También merecían capítulo aparte los organistas, pues los más de ellos estarían mejor dando á los fuelles que sentados delante del teclado; pero bueno será hacer punto, dejando para mejor ocasión lo mucho que se me queda en el tintero.

Sin embargo, para concluir, reconoceré que, así como en el siglo XVI no todos los compositores cultivaban el género laberíntico, tampoco hoy todos los que dirigen fiestas son escándalo del templo. Á estos pocos, que aun conservan algo de respeto por el arte, se les debe pedir que esfuercen los buenos ejemplos, cuidando

más y más la elección y desempeño de las obras; que compongan las orquestas con las debidas proporciones, aumentando los instrumentos de cuerda y usando con reserva y parsimonia los de metal; que elijan buenos cantores y prescindan de aquellos que sólo son arqueológicas ruinas, pues no es justo emplear en el servicio de la Iglesia de Dios lo que ya nadie quiere ni sería tolerable en un teatro de feria. La Autoridad eclesiástica, por su parte, debía llamar la atención de los párrocos y rectores, para que no permitiesen en los templos esas óperas ridículas y vergonzantes que *impunemente* (pues no hay temor de una silba) sacan á pública luz los compositores ramplones.

En suma, el mal es grande, pero no hay que desconfiar del remedio. La Providencia deparó un Palestrina en el siglo XVI: hoy harían falta lo menos media docena, y quién sabe si ya están de camino.—¡Festeros, á defenderse!

CRONICA POLITICA

15 Octubre.

Se necesita toda la incontestable mediocridad que aqueja orgánicamente á los pseudo-pensadores de la situación, para no ver en el cuadro político que la iniciativa del Sr. Duque de la Torre ha empezado á desarrollar, otra cosa que el deseo de emular y deslucir al liberalismo anémico del Sr. Sagasta y compañeros de Fusion. Del fondo de los artículos ministeriales no parece al menos desprenderse otra cosa. Segun ellos, segun el espíritu, y aún la despreocupada letra de sus diarias protestas, el movimiento, los primeros pasos, los trámites primeros de la que aspira á llamarse verdadera izquierda legal, no envuelven otro sentido que el de una aventura descabellada y rencorosa, cuyo móvil esencial es la aspiracion á un reparto de carteras que se ha hecho esperar demasiado, ni quieren decir otra cosa que el odio tardío é injusto que el jefe nominal de la situación ha acabado por inspirar á los antiguos personajes del liberalismo *en disponibilité*, trémulos y llenos de envidioso coraje al ver cómo se consolida y se abrillanta por días la aureola cívica del elegido de Febrero. Este raquitismo de apreciacion, esta estrechez explicativa podrá estar en perfecta armonía con la manera de ser y de sentir del criterio gobernante, al que llevan su caudal y su contingente tantas pequeñas pasiones y tantas microscópicas aptitudes. Pero la razon serena del observador frío é imparcial, con el cual no podrá menos de coincidir hoy la opinion del País, al meditar y detenerse sin apasionamiento alguno ante el espectáculo del atolondrado, decadente fusionismo, que se encoge estremecido, y de las consecuencias que han ido sucesivamente teniendo las declaraciones de Biarritz, cuya esfera de accion y de atraccion se van ensanchando cada día más; la observacion neutral, decimos, tiene que dar muy distinto significado y valor muy diverso á las proporciones que el acto

del General Serrano va tomando por el concurso de las voluntades, entidades y respetabilidades que se han decidido, ó se aprestan á secundarlo. El progresismo desteñido y espirante, el centralismo anárquico y rabioso que lo maneja, podrán seguir, y seguirán diciendo lo que quieran: pero así el Sumo Dispensador de bienes y males libre por siempre, y pronto, á nuestra Patria, de la escuela política que ha acabado por enlazar los principios de D. Cándido Martínez á los del Sr. Benayas, como es realmente cierto y palpable que la evolucion liberal, ó democrática, ó disidente, ó como quiera que se llame, trae y ostenta en sus entrañas la ruina irremediable del último partido histórico del Sr. Alonso. Cada paso, en efecto, cada reunion, cada voz, cada indicacion perpetrada por los ya actores de la nueva falanje, esparce y acentúa un aspecto y, por decirlo así, un olor cadavérico sobre el marchito semblante idiota de la coalicion febreril.

Asistimos, pues, y esta es la verdad sustancial de la quincena que hoy muere, como ha de serlo de algunas otras que le sucedan, y que pedimos al Cielo sean las menos que puedan ser, á la descomposicion, á la dispersion, á la disolucion fusionista. Y esto, que todo el mundo ve y palpa, que todo el mundo se dice en voz alta por esas regiones callejeras y circulistas, esto es, segun la version ministerial, una gran inconveniencia, y hasta una prueba de monarquismo torpe y malo, en boca de los conservadores-liberales. Los conservadores no tenemos, por lo visto, ni aún en el terreno inofensivo de la especulacion, el derecho que todo el mundo tiene. Los conservadores no podemos ver lo que todo el mundo ve; y si lo vemos, y lo decimos, somos unos patriotas detestables; y si además de verlo y decirlo, llevamos nuestra sinceridad hasta el extremo de confesar que nos alegramos, siquiera sea relativamente, de que eso suceda, entonces ya somos unos verdaderos mónstruos, unos verdaderos reos de lesa españolismo constitucional. Y es en vano que intentemos llamar á razon al progresismo senil y cursi, y al centralismo mefistofélico que lo tiene en sus brazos; es en vano que les expliquemos la condicionalidad lógica de nuestro contentamiento, las circunstancias de relacion, de comparacion, de proporcion, que lo limitan y subordinan; es en vano que les digamos que entre una izquierda monárquica y dinástica, falsa de toda falsedad, estéril de toda esterilidad, desvirtuada, menoscabada é impotente desde su origen en principios y en personas, y esa otra izquierda que aspira á formarse con principios fijos, trascendentales y concretos, y con personas

que tienen, aún separadamente, mucho más prestigio y mucha más importancia que toda la Fusión en masa, nosotros tenemos que optar, racional y forzosamente, por el segundo proyecto. Todo en vano: en el mero hecho de desear que á la comandita del 81 se la acabe de llevar Pateta, somos unos políticos abominables.

Por fortuna, el duro juicio que hoy merecemos á nuestros adversarios no es cosa que nos afecta. Estamos ya acostumbrados al sistema de injusticias con que hace año y medio nos distinguen, y una más ó una menos, no puede tener la presuncion de conmovernos. Recibimos, por el contrario, esta última señal grotesca del ódio de nuestros tiranos cómicos, como hemos recibido todas y cada una de las pruebas de la persecucion histórica que nos han dedicado, es decir, con una paciencia casi benévola y sonriente, que está en razon inversa del furor de su aborrecimiento. Pudimos, es verdad, en el principio, extrañar y dolernos de esa enemiga inexplicable, é inexplicada, que en vez de echar las bases de una armonía fundamental entre los dos factores distintos y formados de la legalidad, venía á establecer una absurda guerra á muerte entre ellos, y á defraudar la esperanza pública en punto tan íntimamente relacionado con el porvenir de las restablecidas instituciones. Pero desde el momento en que nos convencieron los hechos de que los enanos grandes de la secta gobernante tenían, decididamente, el propósito de constituirnos en víctimas á toda costa, y de no permitirnos desempeñar ya en la esfera nacional otro papel que el del vencido; desde ese mismo momento hemos obedecido á la necesidad de no tomar en serio la ignorante saña, y de mirar todas sus manifestaciones con la frialdad desdeñosa que merecen. Pueden, por tanto, sumarse y multiplicarse las fojas del sumario progresista que se nos sigue, y añadirse hoy á ellas esa acusación que intenta lanzarse á la frente de nuestro patriotismo; que no han de ser semejantes juicios ni semejantes jueces los productores de nuestra tristeza.—Mas por desgracia, no falta, en region mucho más alta que la nuestra, quien tenga el deber de sentir verdadera y lógicamente esa tristeza que á nosotros no puede infundirnos nada de cuanto el fusionismo siga haciendo en nuestro daño. ¡Con qué hondo pesar, en efecto, debe estar asistiendo la generosa, imparcial Monarquía que nos rige, á este ímprobo ensayo de gobierno izquierdo, otorgado por su alta sabiduría con magnanimidad tan patriótica! Las circunstancias han anticipado el día del balance fusionista, que ya se está haciendo. ¿Qué dice esa operación crítica y depurativa á la confiada, á la generosa Mo-

narquía? Pues dice, sencillamente, que hay que volver á empezar; que no se ha hecho nada positivo y fecundo; que para los efectos de la normalidad constitucional en la eterna cuestión española de la derecha y de la izquierda legales, constituidas y pacíficas, nos hallamos hoy como en el mes de Febrero del año pasado, con la agravación de haberse abandonado, quebrado y resentido, uno por uno, todos los resortes sólidos y eficaces de la política de los seis primeros años de la restauración; que se ha tirado, digámoslo así, por la ventana, todo aquel gran caudal de sensatez y de elevación gubernativas, todo aquel gran sentido práctico de libertad, todo aquel gran espíritu prudente de autoridad, todo aquel gran tesón patriótico que fué mejorando sucesiva y rápidamente los más vitales intereses de la sociedad española; y que todo eso se ha hecho, en resumen, para nada, ó lo que es lo mismo, para que unos cuantos caballeros que prometían al Trono y al País el oro y el moro, se vean hoy desposeídos de toda autoridad y de toda condición de éxito al lado de las instituciones á quienes prometieron ser altamente beneficiosos y útiles. Año y medio se ha empleado en este gran fiasco! Año y medio empleados por la Fusión en sus dos únicos ideales, que han sido á saber: la persecución de los conservadores por un lado, y por el otro la eliminación, dentro de su propia casa, de los mejores y más valiosos elementos que en su composición entraron. Es decir, que el criterio fusionista se ha reducido á consolidarse la enemistad conservadora de una parte, y de otra á convertir también en enemigos sus propios amigos y sostenedores. Esta ha sido la filosofía, digámoslo así, de la situación presidida por el Sr. Sagasta, por aquel tribuno icterico y desesperado, que pedía á la Monarquía, en un memorial de seis años, que le permitiera hacer con la libertad y por la libertad, con la izquierda y por la izquierda, y en un abrir y cerrar de ojos, más, mucho más, incomparablemente más, por su enaltecimiento y consolidación, que había hecho la pretenciosa política conservadora ¡Ah! sí: la Monarquía no podrá menos de contemplar con pesar profundo ese gran fiasco en que nada ha ganado, y para resarcirse del cual necesita al menos y por de pronto invertir otro largo período de tiempo, dando por perdido el empleado en el primero. Esto no ha sido ni izquierda, ni derecha, ni nada en el sentido del sumo aprovechamiento de lo constituido. Aquellas promesas de colocar con un exceso de sábio liberalismo anti-conservador las instituciones españolas en el mismísimo medio y cauce de las grandes corrientes modernas del uni-

verso liberal, convertidas están ya en perfecta agua de cerrajas. Una politiquilla embustera y farsante, con alguna que otra afectacion radical, y alguna que otra imitacion conservadora, pero sin criterio fijo, sin pensamiento propio, sin objetivo marcado y sincero; una asociacion de voracidades morales de poquísimos elevada estofa, apoyándose unas á otras con detrimento y olvido de las creencias respectivas; una pseudo-administracion con pretensiones reformistas y revolucionarias, y que sólo ha servido de lanceta á la pobre materia imponible peninsular, que se desangra en su seno; unos cuantos estadistas rápsodas, que sólo han sabido convenir en el hecho de su inverosímil duracion oficial: á esto se ha reducido aquella Fusion regeneradora, que iba á convertirnos, en seis meses á lo sumo, en potencia de primer orden de hecho y de derecho.—Repitámoslo: ¡qué gran desengaño, y qué gran desencanto para la generosa intencion de la Monarquía!

Pero la Monarquía tiene, á Dios gracias, sabiduría y fuerza bastantes para enmendar el entuerto, y lo hará, de seguro, cumplida y oportunamente. Desde este evidente punto de vista, y al calor de esta racional y fundada filosofía, nosotros debemos mantener, y mantenemos, por nosotros y por nuestros lectores, el buen humor crítico que venimos aplicando á esta historia quincenal de la Fusion, que escribimos por nuestra cuenta y para desengaño de los pocos incautos que puedan quedar en este País tan trabajado por el progresismo de todos los matices. No hay, pues, ¡qué diantre!, que perder la esperanza, ni mucho menos. Despues de todo, lo que hoy pasa no es lo peor que con estos señores nos ha pasado. ¡Pues qué! ¿no recordais, oh estremecidos españoles de buena fé, lo que pasaba cuando esos caballeros querían retardar indefinidamente el restablecimiento de la Monarquía? Pues era que el instinto, esa especie de alma de los que no la tienen, les decía que ellos habían de servir muy mal á la Monarquía, y se defendían del porvenir cobrando y aplazando, que era cuanto podían hacer. Y en último término: ¿qué es lo que aquí pasa sino una simple cuestion de inquilinato? Al mejor casero le sucede que, teniendo su finca ocupada por un inquilino cuidadoso y probo, hay, sin embargo, quien le promete un día y otro, y una hora y otra, y un momento y otro, mejorar y reformar y afirmar la propiedad hasta convertirla en imperecedero monumento. Y resulta que el casero cede al fin, para librarse de la hostigacion, y para que le dejen descansar, y deja entrar en la propiedad á los prometedores. Pasa, sin embargo, el tiempo, y un día, cuando el

bondadoso dueño menos lo sospecha, se entera de dos cosas á cual más tristes, á saber: primera, que el nuevo inquilino cacareador sólo ha sabido echarle la casa por la ventana; y segunda, que se presentan á la puerta de la vivienda, aldabon en mano y con la justicia por compañía, otros alquiladores que aseguran ser los verdaderos, los que saben, pueden y quieren acometer y realizar de veras las ofrecidas mejoras, asegurando que los otros, los ocupantes, son unos invasores apócrifos, gente sin ley ni hogar, que se han entrado en éste disfrazados de vecinos pacíficos y solventes. ¿Qué casero de mediana energía, y de mediano conocimiento de sus intereses, no sabe aplicar en semejantes casos, con una despedida á tiempo y concluyente, el remedio que la razon, la ley y el derecho ponen en sus manos? ¿Hay, despues de todo, nada que tenga mejores y mayores medios de defensa que la propiedad legítima, áun tratándose del antiguo país indefenso de la milicia nacional? La perpetracion de un allanamiento de morada, magüer que disfrazado; la positividad de una usurpacion de estado civil, ó político, que lo mismo puede cometer un industrial que un partido; la explotacion, en suma, de una promesa dada y hecha hasta la saciedad con llanto cocodrílico, y creida al cabo por la eternamente ingénua honradez del patriotismo, son casos melancólicos, es verdad, pero que, loado sea el Señor, no carecen ni áun en esta amada y careciente Patria nuestra, de una sancion penal inmediata, fácil y reparadora. Esperemos, pues, tranquilos el día de la inevitable defensa.

La situacion, entretanto, se apercibe y prepara ya á defenderse por su propia cuenta, como el instinto de conservacion y la pasion de la nómina le aconsejan. Y dicho se está que el consejo de sus móviles de vida está en armonía con la repulsiva originalidad de su carácter. La situacion, segun su ex-protector *El Liberal*, se defiende llorando, acude al procedimiento jeremiaco, propio de los organismos sin virilidad de género alguno. Su prensa, su altiva prensa de hace pocos meses, ha recibido, al parecer, la única consigna de lamentarse. Según ella, esto que hacen juntos la disidencia constitucional y los elementos democrático-coincidentes, es una inconveniencia, una atrocidad, una picardía, porque sí. *El Correo* ha llegado hasta desembozar el argumento-Aquiles, supremo y olímpico de los dos años. Aunque no sea más, ha dicho, que para hacer quebrar la ley histórica de los bienios progresistas intraspasables, debiera dejarse vivir al pobre Sr. Sagasta. Que no diga el mundo definitivamente que la alimaña fusionista es también un bicho bienal. Que

no se perpetúe ese descrédito hasta hoy no interrumpido. Que lleguemos siquiera á los tres años, aunque no sean cabales!—No parece, sin embargo, que los antiguos amigos y prohombres del diario de los balances se preocupan gran cosa de su lamentacion, á juzgar por el poco caso que siguen haciendo del gran argumento. La disidencia y sus nuevos consocios opinan sin duda que, para espera, basta con la trascurrída; para espacio y ocasion de satisfacer las ánsias santas del radicalismo, basta y sobra con diez y ocho meses, y para creer, en suma, en la palabra de honor de una jefatura condicional, son más que suficientes los engaños de veinte lunas. La situacion, por tanto, está revistiendo, desde el comienzo de la hora de su muerte, ya empezada, el risible aspecto del miedo, refugio sistemático de todas las malas vidas que no saben siquiera concluir dignamente. La opinion pública se ha encargado por ella de las obligaciones del pudor, y por boca y pluma de sus enemigos le ha pedido que haga lo único que pudiera proporcionarle el medio de caer con dignidad, devolviendo golpe por golpe, explotando por última vez, pero con una energía decorosa, el sofisma de su organizacion, de su conducta, de su resistencia. Pero todo inútil: el Parlamento no reanudará sus tareas, segun la version ministerial del momento en que escribimos, ni un día ni una hora antes de lo que el Consejo de Ministros tiene acordados. Allá, á fin de año, en los últimos días de Diciembre, será cuando se abran las Cortes, coincidiendo con las inevitables fiestas del fin de Diciembre y principio de Enero, es decir, con la obligacion cristiana de imponerse cada cuatro días una corta, pero segura vacacion. De modo que la sonrisa infantil-diabólica-centralista no ve, en rigor, hasta Febrero, la posibilidad seria de que tenga lugar una discusion política por todo lo alto, ya sea la del Mensaje, ya otra cualquiera. Y este aplazamiento preconcebido é inexorable es todo lo que la situacion ha decidido para contrarrestar la avalancha que se le viene encima. El insecto de la fábula que veía caer sobre sí una gran piedra, y se entretenía en burlarse de la lentitud de la caída, nos parece la encarnacion literaria del fusionismo. Tres meses de vida! Todavía tenemos tres meses de vida, se dirán los prohombres de la coalicion gobernante: quién sabe lo que tres meses pueden dar de sí; quién sabe lo que puede favorecernos en ese trimestre el factor, español por excelencia, de lo inesperado; quién sabe lo que puede suceder de aquí á tres meses!—Pero esos sabios de pacotilla no se fijan en que lo más inminente que se anuncia y prepara para entonces, y probablemente para bastante antes, es la organiza-

cion progresiva de esa nueva izquierda cuyo solo anuncio ha sonado á rompan-filas en la hueste presupuestívora. Si hoy, al mes escaso de haberse anunciado, está la Fusion en plena convulsion de miedo, y siente no llegarle la camisa al cuerpo, y sus propios órganos la dan por derrotada y muerta, ¡qué será dentro de noventa días de serranismo militante, manifestante y organizado! ¿Cree el fusionismo que la enjuta mano del Sr. Alonso será bastante á contener la gran piedra que debe aplastarle?

Nada: no hay más que morir. La ley de las cosas enfermizas lo manda, el País lo desea, las instituciones lo necesitan, y la libertad lo exige. El gran pecado, tan innecesario como funesto, del decadente Sr. Sagasta, el pecado de ese malhadado centralismo que le ha ido quitando sucesivamente principios, amigos, tranquilidad y prestigio, ese pecado lo mata. La verdad luminosa del fenómeno debiera ser bastante para abrirse paso á través de las espesas, seniles sombras que debilitan la inteligencia de D. Práxedes. Todo lo falso es artificial; todo lo moralmente artificial es efímero. ¿Qué mayor falsedad, en el presente momento histórico de la política española, que una izquierda sin liberales y una derecha sin conservadores? Pues medite el Sr. Sagasta sobre su situacion, y verá claro como la luz del día que la agrupacion que dirige tiene que optar fatalmente por uno de esos dos nombres y caracteres, y que cualquiera de esos dos absurdos constituye un verdadero imposible.—Nada: no hay más que morir. Lo que no puede ser, no es. Todos los medios de resistencia serán inútiles. Y por otra parte: ¿es que la situacion tiene grandes y eficaces medios de resistir? ¿Cómo va á intentarlo? ¿Es gran medio de resistencia el retardar el día de la discusion parlamentaria, el regatear minuto á minuto la votacion adversa, que vendrá, que ya se siente y se ve, de una ú otra Cámara? ¿Es medio poderoso de resistir la política polaca de la desesperacion y de las mistificaciones, esa política del progresismo burdo de Lillo, con arreglo á la cual se excluyen, por ejemplo, cuarenta mil votantes del censo electoral de Barcelona? ¿Es noble medio de resistencia el envío al *Times* de la correspondencia en que se afirma que el Duque de la Torre está dividiendo españoles y creando grandes dificultades á la Monarquía? ¿Creen por ventura las autoridades fusionistas que Europa no sabe de España sino lo que ellas se dignan decirle? ¿Ha habido, por el contrario, desde 1875 acá, un hecho político que ofrezca á las instituciones mayor y más fundada esperanza de poder contar con elementos hasta ahora hostiles, que esa iniciativa que siguiendo como

esperamos de la prudencia de sus autores que siga, hasta el complemento de su patriótico desarrollo, ofrece á la legalidad el valioso concurso de entidades ante las cuales ha pedido en vano, y de ródillas, la Fusion, gracia y apoyo?—Nada: no hay más que morir. Ese triste derecho del pataleo, que hace ahora á los órganos de la situación atacar y denostar á la democracia que hace tres meses exaltaba y deificaba, ese mismo triste derecho es el mayor y más inequívoco síntoma mortífero del entremés político ideado y ejecutado por los Martínez. Nos hay más que morir, y ni siquiera de muerte simpática, ya por lo heróica, ya por lo cristiana; porque los diablejos creadores de la Fusion, ni tienen aliento y fibra para decidirla á un noble y fragoroso combate final en que se pueda perder todo, menos el honor; ni su mismo espíritu diabólico les consiente hacer uso, en el tremendo trance que ya empieza, de la humildad y de la resignacion con que la conciencia honrada sabe dar su último adios. No hay más que morir en el seno de la estéril travesura martinesca, y al discordante estrépito de sus furias y chillidos liliputienses, sin esperanza de que se salve nada, ni nadie. El único que podía salvarse relativamente, el mismo Sr. Sagasta, no tiene ya comprension capaz de aprovechar el consejo que el Sr. Martos acaba de darle en su publicada conferencia con el General Serrano, excitándole á hacer un supremo esfuerzo para caer hacia la izquierda y reivindicar la estima de sus afinidades históricas. No se vive impunemente dos años en el contacto moral del martinismo, que es el ácido prúsico de los caracteres.

Nada de nuevo del extranjero. El arreglo definitivo de la futura intenvencion pacífica en Egipto, y el proceso de Arabi-bey siguen sus respectivos cursos en el seno de la deslucida diplomacia europea, á quien la prudencia de Inglaterra, que se muestra digna de su fuerza, rinde este benévolo tributo más. Todo el mundo, sin embargo, está en el secreto, y sabe que al fin y al cabo no se hará más que lo que en Lóndres está ya decidido sobre el primer punto, con arreglo al tremendo derecho de su reciente victoria, que nadie ha querido compartir, ni podido evitar. Pero es costumbre que aún á los omnipotentes se les haga perder el tiempo lo más posible, y que el hallazgo de una solucion, que todo el mundo adivina, revista la forma de una especie de parodia de la cuadratura del círculo. Y las grandes potencias están cumpliendo hoy, bajo la sonrisa inglesa, esa gran costumbre de prorogar á toda costa, y en aras del protocolo, lo que debiera estar arreglado desde que sonó el último cañonazo,

por la razón sencilla de que no hay más arreglo posible que el que Inglaterra quiera.—Respecto al segundo punto, nosotros queremos creer que tampoco ofrece duda. No son el valor y la hidalguía de las armas inglesas los que han de crear parte integrante de su completo triunfo el fusilamiento del caudillo africano que, después de todo, les ha resuelto el problema del libre camino de las Indias, quizás de una manera definitiva y completa. Al enemigo que combate, se le puede matar combatiendo. Al enemigo vencido, no se le puede matar. ¿No hace tiempo que el derecho internacional moderno ha escrito esa verdad como un verdadero, incontestable progreso en sus páginas? Inglaterra, pues, buscará y hallará el medio de inutilizar para el porvenir las posibles rebeldías nuevas del inquieto coronel y sus beduinos. Pero atentando fría y vengativamente á su vida, no ya sólo Inglaterra, sino el gran interés europeo que con Inglaterra ha vencido en Egipto, cometerían algo que, como diría Tallegrand, es políticamente peor que un crimen: una pequeñez moral execrable y despreciable.

G.

MOVIMIENTO LITERARIO

EN EL EXTRANJERO

ALEMANIA.

Un libro notabilísimo sobre Wallenstein ha publicado en Berlín el Dr. Edmundo Schebek. Del estudio que hace de los escritos coetáneos resulta que el autor, ó al menos el inspirador de ellos, fué el Conde de Slavata. Todos estos documentos habían ya visto la luz pública, pero nadie los había estudiado como Schebek. El profundo examen que de ellos hace, la sagacidad en su estudio desplegada, la paciencia y la minuciosidad con que los analiza y comenta, frase por frase, idea por idea, y últimamente el valor con que publica el resultado de sus trabajos, cualidades son de mérito relevante. Apenas se concibe la paciente firmeza con que Slavata prepara la caída y descrédito de Wallenstein, y sin embargo, el autor de este libro los pone perfectamente en evidencia. La obra es digna de figurar en primera línea entre las de historia, y desde luego es la mejor que se ha escrito sobre la *Guerra de treinta años*. Para toda persona aficionada á estudios de historia moderna, el libro del Dr. Schebek es indispensable (1).

Libro de actualidad puede llamarse el que sobre Túnez ha publicado Hesse-Wartegg. Los pormenores que da el autor sobre el estado de decadencia y desorden en que se halla la Regencia son muy curiosos, fijándose en la desorganización del ejército, y probando cuánto tendrá que hacer la protección francesa para salir adelante con su empeño civilizador. Uno de los capítulos más interesantes del libro es aquel en que describe el Ghetto de Túnez y la vida interior de las familias judías, pudiéndose también recomendar como dignos de estudio los en que describe la vida nómada.

(1) *Die Losung der Wallensteinfrage*, von Dr. Edmund Schebek.—
Berlín, Hoffmann, 1881.

da y las costumbres de los beduínos. En resumen, el libro es curioso, y el tiempo que se emplea en leerlo no es perdido (1).

Julio Lippert publicó, ya años hace, un libro para probar que el culto del alma es el punto de partida de la religión de todos los pueblos del mundo, fijándose en aquellos antiguos cuya religión y los textos sagrados están más al alcance de todo el mundo. Con el mismo tema ha dado á luz no hace mucho otro libro que se diferencia del primero en que las aplicaciones que allí hace del pueblo judío quiere hacerlas aquí de las naciones europeas, estudiando con gran cuidado sus usos y costumbres, sus tradiciones y su mitología. Detiéndose más que en ninguna otra en la germánica, y desde luego demuestra que es la que más ha estudiado, pues presenta nuevas interpretaciones; pero sin que esto quiera decir que, aparte el tema filosófico, no haya en otros capítulos de su libro estudios como el de las mitologías griega y romana, de gran interés para los filósofos y los filólogos. En resumen, el libro merece leerse, pero con muchas reservas en lo que concierne á su doctrina filosófica (2).

Con el título de *Capital, trabajo y reorganización de la sociedad*, ha publicado Franz Hitze un libro que ha llamado la atención en Alemania, principalmente por el nombre del autor, muy conocido como perito en estas materias. Examina en él la célebre teoría de Marx y los principios de la escuela de Mánchester, y rechazando igualmente el sistema de los socialistas demócratas y el de los economistas ortodoxos, se declara partidario de la protección del Estado. Son muy notables el estudio de las crisis contemporáneas y los cuadros que demuestran el poder creciente del capital. Todo el libro merece ser leído, aunque algunas de sus ideas son por lo menos aventuradas (3).

El primer volumen de la historia del teatro moderno, de Roberto Proelsz, ha visto la luz pública, tratando en él del drama en la Edad Media, del teatro español y del drama moderno de los ita-

(1) *Land und Leute geschildert*, von Ernst von Hesse-Wartegg.—Wien, Hartleben, 1882.

(2) *Die Religionen der europäischen Culturvolker, der Litauer, Slaven, Germanen, Griechen und Romer in ihrem geschichtlichen Ursprunge*, von Julius Lippert.—Berlín, Hoffmann, 1881.—Un vol., 8 marcos.

(3) *Kapital und Arbeit, und die Reorganisation der Gesellschaft*, von Franz Hitze.—Paderborn, 1881.

lianos. Los tomos sucesivos comprenderán el teatro francés, el inglés, el alemán y el de los pueblos secundarios de origen germánico, como Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega. La reseña retrospectiva sobre el teatro en la Edad Media, aunque muy condensada, no es árida, y el autor caracteriza el drama de la época en sus diferentes manifestaciones. Menos entusiasta que otros escritores alemanes del teatro español, y aun mirándolo con prevención, no puede por menos de reconocer las grandes cualidades de nuestros grandes dramáticos Lope y Calderón; pero reconociéndolas en sumo grado en la poesía y la exposición de las situaciones, cree que en la creación de caracteres los autores españoles están muy por debajo de Shakespeare y Moliere. La última parte de lo publicado de esta obra abarca el teatro italiano desde el siglo XVII al XIX, y se detiene en Maquiavelo, Aretino y Metastasio, juzgando de ellos con moderación y acierto generalmente. El autor demuestra en este trabajo que posee conocimientos amplios de la materia y no común sagacidad, y aunque en la crítica la suya difiere en muchos puntos de nuestra opinión, no por eso puede negársele importancia y mérito á un trabajo hecho á conciencia y que revela profundos conocimientos del teatro. Esperamos que los tomos que han de publicarse no darán menos de lo que éstos ofrecen (1).

Á pintar las costumbres populares de las razas primitivas ó conquistadores de la Germania, destina su libro último el ya muy bien reputado escritor Ernesto Wichert. Contiene este volumen una colección de historietas de diferentes épocas, tan llenas de interés y de emoción como sencillas y corrientes en la forma. Todas ellas pasan en la Lituania, y á describir las costumbres de esta comarca poblada de pescadores y contrabandistas, y á presentar los hechos de los indígenas con los invasores germanos están consagradas, resultando el propósito del autor tan felizmente expuesto, que sólo aplausos merece (2).

Entre las históricas pueden clasificarse las novelas de Luis Laistner, y las que contiene su último libro, llamado *Novellen aus alter Zeit*, son interesantes bajo muchos conceptos, y seguramente llamarán mucho la atención del público alemán. Escritas en estilo

(1) *Geschichte des neueren Dramas*, von Robert Proelsz.—Leipzig, Schilicke, 1881.

(2) *Litauische Geschichten*.—Berlin, 1882.

claro, sencillo y correcto, á la vez que entretienen, las aventuras tristes ó alegres de los personajes, pintan á maravilla la vida material é intelectual de una época. Así, pues, presenta en una la existencia en un convento del siglo VIII; en otra la de los trovadores y juglares del XII, ya la lucha del Soberano y el vasallo en la XV centuria, ya el estado de los que ejercían oficios infamantes en la XVII. Todas las novelitas que contiene el volumen tienen algo bueno y mucho instructivo y entretenido, y bien puede asegurarse que el autor se ha conquistado uno de los primeros puestos en la literatura alemana con la publicación de este libro, que ciertamente no tardará mucho en estar, si ya no lo está, traducido á las lenguas más vulgares de Europa. Puede y debe recomendarse su lectura por ser una de las obras más serias que se han escrito últimamente en este género de literatura (1).

Lorm, tal vez el más original de los poetas alemanes, ha dado á luz este año una novela que empieza por carecer del carácter pesimista que resalta en todos los escritos de este autor. La fábula de esta novela es muy interesante y abunda en situaciones dramáticas; pero su mérito principal consiste en el estudio que en ella se hace de las costumbres vienesas en tiempo de Metternich. Los contrastes que ofrece la sociedad de la corte austriaca son muy interesantes y dan al libro carácter especial y extraordinaria amenidad, pudiéndose recomendar como entretenido y hasta cierto punto instructivo (2).

El estudio del corazón humano en sus momentos de crisis es lo que constituye la especialidad del novelista alemán Pablo Heyse, el cual, llevado por este espíritu, cae casi siempre en el defecto de presentar personajes anormales y fuera del círculo humano. En este volumen, que llama *Troubadour-Novellen*, presenta el autor escenas provenzales, en las que se propone resolver problemas psicológicos, y aunque no siempre lo consigue, su libro, sin embargo, es muy notable, en primer lugar por su frase, que puede competir con la de los mejores escritores alemanes, y luego por los versos que introduce en las novelas y que por sí solos pueden darle nombre de buen poeta (3).

(1) *Novellen aus alter Zeit*, von Ludwig Laistner.—Berlín, 1882.

(2) *Schatten aus vergangenen Tagen*, roman von Hieronymus Lorm.—Stuttgart, 1882.

(3) *Troubadour-Novellen*, von Paul Heyse —Berlín, 1882.

Das Sinngedicht se llama un volumen que contiene varias novelas, escritas por Godofredo Keller. Este escritor, que pudiéramos considerar como discípulo de Goëthe, se concreta en sus novelas á narrar objetivamente cuanto se le presenta, sin tomar parte alguna personal en sus narraciones, que tienen el atractivo de la verdad unido al de un estilo sencillo y tranquilo, propio para todo género de narraciones. La mejor de las novelas que contiene este volumen es la que lleva por título *Regina*, que resulta muy interesante, presentando todos los caracteres de un cuadro tomado del natural: hay otras también dignas de ser leídas, y el volumen entero es digno de estimación (1).

ITALIA.

Un libro de César Cantú, si no nuevo, presentado en nueva forma ha visto la luz pública en Milán. Llámase *Caratteri storici desunte dalle opere di Cesare Cantu*, y en él ofrece el carácter saliente de todos los hombres célebres desde Moisés y Homero hasta Mazzini y Garibaldi. Puede, pues, considerarse este libro utilísimo como una historia universal compendiada, representada por los retratos de aquellos que han personificado una idea buena ó mala en una época determinada. Este trabajo del famoso historiador se distingue, como todos los suyos, por la independencia é imparcialidad de criterio y por la originalidad de sus apreciaciones. Naturalmente, no todos los críticos se conforman con sus juicios, ni puede asegurarse que todos sean acertados, pero nadie deja de reconocer en el sabio escritor lombardo una buena fe, una sinceridad y una consecuencia literaria y científica dignas de respeto y de admiración. El libro merece un lugar preferente en todas las bibliotecas (2).

Sobre la historia y la estadística de los metales preciosos ha escrito Messadaglia un libro, en el cual da muestra honrosa de que conoce bien la materia. Comienza por tratar de la producción del oro y de la plata y hace su historia desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, siguiendo una interesante investigación acerca de la cantidad que de dichos metales existe hoy

(1) *Das Sinngedicht*, Novellen von Gottfried Keller.—Berlín, 1882.

(2) *Caratteri storici desunte dalle opere di Cesare Cantu*.—Milano, Aguele, 1882.

en el mundo. Trata también del volumen de los metales preciosos, del espacio que ocuparía la masa existente y de las monedas en diferentes épocas; pero la parte más importante del libro es aquella en que expone el valor relativo de los metales preciosos y de la moneda. Es, pues, curioso é interesante el trabajo del escritor italiano y puede prestar gran utilidad á los aficionados á esta clase de estudios (1).

Algo de moda ó de manía hay en la predilección con que tratan los escritores italianos contemporáneos de las obras y la vida de Leopardi. Casi una biblioteca podría formarse con lo que se ha escrito sobre el insigne poeta, que siéndolo mucho no juzgamos que merezca tanto y tanto comentario sobre cosas y sobre escritos con frecuencia insignificantes. *La vida y las obras de Giacomo Leopardi* se llama un extenso trabajo hecho por Francisco Montefredini y recientemente publicado en Milán. Todo cuanto se sabe de bueno del poeta está recopilado allí, y si algo no lo está, es porque no favorece en nada á la memoria, no del poeta, sino del hombre, que dicho sea de paso estaba muy por debajo del escritor. En lo que concierne al poeta, el libro de Montefredini contiene observaciones, estudios y comentarios que ilustran mucho sus poesías; pero en lo que verdaderamente el estudio es notable y adornado de cierta novedad es en la parte que destina á presentar á Leopardi como filósofo y filólogo. En este concepto ofrece el trabajo puntos de vista muy originales y está hecho tan á conciencia, que puede citarse como uno de los mejores de crítica literaria que últimamente se han dado á luz en Italia. Por el conjunto de la obra puede conocerse, si no exactamente, con bastante aproximación al escritor y al hombre (2).

Tiene bastante interés un tomo de tradiciones populares que acaba de publicar Gennaro Finamore, infatigable explorador de el dialecto y las costumbres de los Abruzzos. Los cincuenta y dos cuentos recogidos en once localidades que contiene este primer tomo se ofrecen al público con toda la sencillez y naturalidad de lenguaje que exige este género de narraciones, y se conoce perfectamente que han sido recogidos de boca de los habitantes de

(1) *La storia e la statistica dei metalli preziosi*, per A. Messedaglia. —Roma, Loescher, 1881.

(2) *La vita e le opere di Giacomo Leopardi*, per Francesco Montefredini —Milano, Dumolard, 1881.

aquella comarca. Un estudio de confrontación con los de otras comarcas italianas y varios sobre las localidades de donde han sido recogidos completan el trabajo de Finamore, cuya segunda parte se espera y es de suponer que sea tan digna de aplauso como la primera (1).

INGLATERRA.

Una obra importantísima de bibliografía se ha comenzado á publicar en Edimburgo, tanto más digna del aplauso público, cuanto que Inglaterra no tenía ninguna de esta índole. Trátase del *Diccionario de Pseudónimos y Anónimos* de la literatura inglesa que con los nombres de Samuel Halkett y John Laing se ha dado á luz. El primer volumen hasta hoy puesto á la venta aparece muy cuidado y completo: llega hasta la *E*, consta de 870 páginas en 8.º á dos columnas y contiene más de once mil títulos de obras anónimas ó con pseudónimos por riguroso orden alfabético y extensamente explicados, de modo que el trabajo resulta utilísimo y viene á llenar un vacío que existía en la literatura inglesa. Desgraciadamente, los dos autores de este inapreciable trabajo han muerto antes de llevarlo á término; pues los materiales del bibliotecario de Edimburgo Samuel Halkett han sido aprovechados por John Laing, á quien la muerte ha sorprendido no hace mucho. Es de esperar que algún erudito inglés dé cima á esta obra tan bien comenzada y tan necesaria para los bibliógrafos (2).

Villiam Hurel Mallock ha publicado un libro de filosofía ya traducido al francés, que lleva por título *Is Live Worth Living?* y que revela el ingenio y sana doctrina de su autor. Un libro sobre lo que vale la vida humana no es ciertamente una novedad, pues en todos los tiempos se han escrito muchos sobre la misma materia; pero la forma en que lo presenta V. H. Mallock es tan nueva, que no parece sino que se leen cosas de que antes no se tenía idea. El autor se presenta bravamente enfrente del positivismo moderno, en su propio terreno y con las mismas armas, esgrimiéndolas de

(1) *Tradizioni popolari abruzzesi*, raccolte da Gennaro Finamore.—Lanciano, Carabba, 1882.—Un vol., 4 frs.

(2) *A Dictionnary of the Anonymous and Sseudonymous Literature of Great Britain*, by Samuel Halkett and John Laing.—Edimbourg, Paterson, 1882.

tal manera y con tal habilidad, que no le deja parte sana. De argumento en argumento y de consecuencia en consecuencia, llega á destruir la doctrina contraria, de manera tan clara y sencilla, que aunque no fuera más que por esta cualidad, el libro debe ser recomendado sin reserva.

Una novela anónima publicada recientemente en Inglaterra está llamando poderosamente la atención del público: llámase *The Revolt of Man* y es una sátira finísima contra los pretendidos derechos del sexo femenino. El establecimiento del gobierno de los pueblos por las mujeres es el asunto de la novela, que ciertamente no es nuevo ni muy ingenioso; pero la manera de tratarlo sí lo es, y el autor ha sabido triunfar de las dificultades de la empresa y hacer un libro sumamente agradable y entretenido. Con notable perspicacia y serenidad de juicio ha presentado los casos de manera verosímil, no porque lo sean en sí, sino por el desarrollo natural de ciertas doctrinas que dan por resultado consecuencias lógicas; y una vez admitida la base de la novela, su desarrollo es muy interesante, muy gracioso y muy ameno para toda índole de lectores.

FRANCIA.

Cultura y explotación de los árboles se llama un libro publicado en Francia y escrito por Antonin Rousset, el cual puede considerarse como un importantísimo tratado de fisiología forestal y silvicultura, tan completo como que está basado en la ciencia y en los trabajos más recientes de agronomía, química orgánica y meteorología, abarcando la materia en general y bajo el punto de vista especial de la producción de las selvas y de la cultura de los árboles. En cinco libros está dividido este volumen, apareciendo el primero destinado á investigaciones más ó menos afortunadas, sobre los orígenes de la vegetación en el globo terrestre. El segundo ya contiene aplicaciones prácticas y entra en materia por un estudio muy completo y muy claro de fisiología vegetal aplicada á la vegetación arborescente. Es el tercero un tratado de las diferentes naturalezas de los suelos, de sus atributos y propiedades del cultivo que se les debe aplicar y de los climas bajo el punto de vista de la situación, de la altura, de la exposición y del grado natural de humedad de los terrenos. Viene el cuarto libro estudiando los climas meteorológicamente y presentando todos

los medios como ejerce su acción para terminar en el quinto con el estudio de la silvicultura propiamente dicha, que es la parte más importante de la obra. Después de una introducción sobre la aclimatación y propagación de las esencias forestales, entra el autor á tratar de la repoblación de los montes y del desenvolvimiento de la producción así como de los diferentes métodos y operaciones variadas que preceden y siguen á la explotación del arbolado, terminando esta parte y la obra con un capítulo destinado á exponer las reglas y principios generales del arte forestal. En resumen, el trabajo de Mr. Rousset es uno de los más completos y útiles que se han publicado sobre la materia y si de algo se resiente es precisamente del cúmulo de autoridades y hechos científicos que se acumulan en esta obra, bajo muchos puntos de vista recomendable (1).

Ampliando Mr. Ferraz su *Filosofía del deber*, premiada por la Academia francesa, ha escrito un libro que lleva por título *Nuestros deberes y nuestros derechos*, en el cual parte del principio espiritualista de que el deber tiene un carácter racional y que impone al hombre la obligación de vivir como tal, realizando en él el ideal humano y adquiriendo toda la perfección de que es capaz. Para desarrollar esta doctrina parte de la idea del bien para llegar á la del deber, aplicando este principio á los pormenores de que se compone la vida humana. Su desenvolvimiento, ya en la psicología, ya en la moral individual, ya en el primer grado de la moral social, constituye la materia del libro, dejando para otro volumen los deberes más complejos de la sociedad doméstica y política en cuanto vive como miembro de una familia ó de un Estado. Todo el libro, aunque deficiente en algunas partes, está escrito con claridad y buen sentido, siendo lo más notable la refutación de Proudhon sobre la influencia del cristianismo, un estudio acerca del efecto que los profundos conocimientos producen en el alma, otro en defensa del celibato eclesiástico, varios consejos pedagógicos sobre la cultura de la voluntad, y, por último, un opúsculo

(1) *Culture et exploitation des arbres*.—Etudes sur les relations et l'application des lois naturelles de la creation, des conditions climateriques et des principes de la physiologie vegetale comparée avec les conditions normales de existence, de propagation, de culture et de exploitation des arbres isolés et en massifs, par Antonin Rousset.—Valence, 1882.—7 francos.

notabilísimo acerca del sensualismo político de nuestra época. Es de suponer que Mr. Ferraz, aleccionado con los consejos de la crítica, publicará más completo el segundo tomo de su obra, sin que por esto deje de ser recomendable el primero (1).

Después de la publicación de los comentarios á los Evangelios de San Mateo y San Marcos, el abate Fillión continúa su obra con un nuevo tomo que titula *Sinopsis Evangélica*. La obra está escrita toda en latín, y es un complemento necesario para la inteligencia de su notable trabajo sobre los Evangelios, y está hecha con sumo esmero, y obedeciendo á un método clarísimo que pone á la vista los cuatro textos y su correspondencia sin fatigar la vista del lector, y con toda la claridad necesaria en esta clase de trabajos. Este merece especial recomendación y es digno de la reputación de su autor (2).

Del mismo autor es el comentario de Lucas, recientemente publicado, y obedeciendo al mismo plan de los de San Mateo y San Marcos. Este trabajo, lleno de ciencia sólida y muy completo, tiene también la cualidad de ser interesante. En la introducción, además de ofrecer la biografía de San Lucas, trata de la autenticidad, de las fuentes, del fin, del carácter, del estilo, de la fecha, del plan y de los comentarios del Evangelio. En los que le pone el abate Fillión es donde demuestra su gran conocimiento de la materia y su familiaridad con los textos y los comentarios sagrados, resultando su trabajo uno de los más completos que se han hecho sobre este asunto, y siendo digno de que los aficionados lo lean y estudien, en la seguridad de que han de sacar provecho (3).

Los comentarios al profeta Daniel, publicados en un volumen por el abate Trochón, forman indudablemente el tomo más interesante de los cuatro que sobre los profetas mayores lleva publicados. Los enemigos de la revelación han atacado estas profecías sin perdonar ni una línea, y el abate Trochón ha tenido que hacer

(1) *Nos devoirs et nos droits, morale pratique*, por Mr. Ferraz.—París, Didier, 1881.

(2) *Synopsis evangelica*, por Mr. l'abbé L. Cl. Fillión.—París, Lethielleux, 1882.—Un vol., 3,60 frs.

(3) *Evangelie selon S. Luc, introduction critique et comentarius*, por Mr. l'abbé L. Cl. Fillión.—París, Lethielleux, 1882.—Un vol., 9,60 francos.

un trabajo minucioso y serio para desvirtuar uno por uno todos los argumentos de los racionalistas, cosa que ha conseguido fácilmente en unos puntos y con luminosas y amplias disertaciones en otros, como en la profecía de las setenta semanas. Tal vez la parte más interesante del libro es el prefacio en que expone el autor la vida de Daniel, el contenido y la unidad del libro, las lenguas en que ha sido escrito, su autenticidad, su canonicidad, las partes deuterocanónicas, las relaciones de Daniel con la Apocalipsis, la cristología del profeta y los comentarios. En la parte de comentarios del libro hay cosas interesantísimas y dignas de estudio detenido: algo se resiente de deficiencia en la resolución de muchas de las cuestiones históricas que han suscitado siempre las profecías de Daniel; pero no todas estas lagunas deben imputarse al comentarista, pues en muchas la falta de datos y documentos hace imposible su resolución. En conjunto, el trabajo del abate Trochón dilucida todo aquello que es posible, y ha prestado un gran servicio á los aficionados á este género de estudios, que encontrarán en el libro erudición verdadera y buen juicio (1).

Muy interesante es el volumen en que el abate Maunoury publica sus comentarios á las Epístolas de San Pablo á Timoteo, á Tito, á Filemón y á los hebreos. Cada capítulo aparece precedido de una introducción corta, y prescindiendo de las polémicas modernas sobre algunos de los textos que comenta, se concreta á su principal fin, que es estudiarlos en sí mismos y explicarlos, cosa que consigue sin dificultad, demostrando sus conocimientos en la materia y el profundísimo de la lengua griega, que le es útil por extremo para penetrar el sentido del Apóstol. Poco amplio en algunos puntos, su trabajo podía ser más completo; pero en todo aquello de que trata lo hace bien, y bajo este punto de vista merece ser recomendado y aplaudido (2).

La Instrucción pública y la Revolución, se llama un libro de Mr. Alberto Duruy publicado á principios del año corriente. El nombre del autor y el mérito de su obra le dan lugar preferente entre los publicados sobre esta materia. El estudio imparcial y

(1) *Daniel*, Introduction critique, traduction française et commentaire, par l'abbé Trochón.—París, Lethielleux, 1882.—6,60 frs.

(2) *Commentaire sur les Epitres à San Paul, à Timothee, à Tite, à Philemon aux hebreux*, par A. F. Maunoury.—París, Bloud et Barral, 1882.—Un vol., 6,50 frs.

concienzudo que hace de los hechos, la moderación de sus juicios y la novedad de muchos de los documentos le dan un interés extraordinario á la obra, en la cual, siguiendo los razonamientos de la inflexible lógica del autor, se ven claramente explicados y probados todas las perturbaciones y desórdenes de la enseñanza moderna. Es un trabajo el de Mr. Duruy que debe leerse y estudiarse con detenimiento (1).

Muy bien impreso y con reproducciones en grabados de obras de arte raras y curiosas ha aparecido un volumen escrito por Enrique Havard, y que lleva por título *L'art à travers les mœurs*. En él no se limita ya, como hasta ahora, á Holanda y al arte holandés, sino que animosamente intenta descubrir las leyes generales del desenvolvimiento del arte en las naciones. El asunto, como se vé, es interesante y bello, no ya sólo para los que hacen del arte su profesión, sino también para los aficionados y personas de buen gusto, y la manera de desempeñarlo, por más que en ocasiones el autor diga algo aventurado, es acertada en general, pues en forma agradable y fácil dice cosas nuevas y curiosas, siendo su libro muy recomendable como ameno é instructivo (2).

Después del libro de Pontmartín sobre Berlioz, Mr. Adolphe Jullien ha publicado uno que pudiéramos considerar como el complemento de aquél, sin que ninguno de los dos se perjudique. El último contiene en su primera parte la biografía del gran músico, si no muy ampliamente, lo bastante para dar idea del hombre: en la segunda se fija el autor en sus obras y hace un estudio minucioso é imparcial de ellas, facilitando por el método y la abundancia de juicios el estudio del gran maestro, pues en este trabajo están señaladas sus obras principales y aquellas que deben estudiarse con preferencia por los profesores y aun por los aficionados (3).

(1) *L'Instruction publique et la Revolution*, par Albert Duruy.—Paris, Hechette, 1882.—Un vol., 7,50 frs.

(2) *L'art à travers les mœurs*, par Henry Havard. Illustration, par Goutzsriller.—Paris, Quantin, 1882.—Un vol., 25 frs.

(3) *Hetor Berlioz. La vie, le combat, les œuvres*, par Adolphe Jullien.—Paris, Charavay, 1882.—Un vol., 2 frs.

BÉLGICA.

En un volumen de pocas páginas ha sabido encerrar el doctor Sambín toda la doctrina de la Dogmática concerniente á la existencia, naturaleza y atributos de Dios, pudiendo ser considerado como una ampliación de la metafísica y la teodicea elemental. El método de la obra es el mejor, su doctrina sobre el conocimiento de Dios está tomada de las fuentes más puras, la tesis de que la existencia de Dios es una verdad de fe, el concepto de la existencia divina y los atributos activos y morales de la divinidad, están explicados con extraordinaria lucidez y profundo conocimiento del asunto. La pureza de la doctrina y el dominio de la tradición corren parejas en este trabajo, que además de estar escrito en sencillo y elegante lenguaje, contiene pruebas luminosas de exegesis que acaban de dar valor al libro (1).

Mr. Ch. Loomans, profesor de filosofía y de derecho y antiguo rector de la Universidad de Lieja, acaba de publicar un libro titulado *Del conocimiento de sí mismo*, ó sea ensayos de psicología analítica. La obra, seria y profunda, merece estudiarse y meditarse con detenimiento, pues trata nada menos que del hombre interior y moral ó sea de la ciencia del alma humana fundada en el método analítico.

Con el lujo que se imprimen en Bruselas la mayor parte de los libros, se ha publicado uno de Octavio Mans, en el cual narra sus impresiones de viaje á Oriente y á la Crimea meridional en estilo pintoresco y simpático, lleno de reflexiones filosóficas que revelan un hombre de talento. Las descripciones muy concretas y lacónicas, tienen verdad y se ven en ellas todos los atractivos del natural, tomados de él por un escritor sincero y lleno de buen deseo. El libro, en resumen, es ameno é interesante é instructivo, mereciendo la buena acogida que el público le ha dispensado.

C.

(1) *Tractatus de Deo uno*, quem in usum suorum discipulorum scripsit J. Sambin.—Namurei, P. Godeune, 1881.

INDICE DEL TOMO VIII

1.º DE SEPTIEMBRE DE 1882.

	<u>Páginas.</u>
Los señoríos en Aragón (conclusión), por D. Vicente de la Fuente.....	5
La sal como materia imponible, por D. José G. Barzanallana.....	25
Shakespeare en España, por D. Daniel López.....	39
Guerras de Flandes, por D. Gregorio Cruzada Villaamil.....	66
La cámara nupcial (poesía), por D. José Zorrilla.....	83
Valor práctico del pesimismo, por D. Urbano González Serrano.....	101
Progresos de la Geografía, de la Estadística y de la Cartografía en la isla de Cuba, por D. Miguel Rodríguez Ferrer.....	111
La Pensativa, novela (continuación), por D. Salvador López Guijarro....	125
Crónica política, por G.....	144
Movimiento literario en el extranjero, por C.....	156

16 DE SEPTIEMBRE DE 1882.

San Ignacio de Loyola y el absolutismo español, por D. Emilio Castelar...	161
Los Germanos, por D. Gregorio Jiménez Palacios.....	177
Escritores y poetas de la América española (continuación), por D. Manuel Cafete.....	191
Impresiones de viaje, por D. Mariano Carreras y González.....	209
Conquistas de los españoles en Africa, por D. León Galindo de Vera.....	217
Treinta años después (poesía), por D. Adolfo Llanos.....	224
El suceso, ó novela de D. Juan de Peralta, caballero indiano, contado por el mismo, por D. Marcos Jiménez de la Espada.....	227
Ingenieros.—Ferrocarriles de campaña (conclusión), por el coronel de In- fantería D. José Pons de Doña.....	249
Algo sobre estilo diplomático, por X.....	278
La Pensativa, novela (conclusión), por D. Salvador López Guijarro.....	283
Crónica política, por G.....	302
Movimiento literario en el extranjero, por C.....	331

1.º DE OCTUBRE DE 1882.

Primer drama histórico español (continuación), por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.....	321
San Ignacio de Loyola y el absolutismo español (conclusión), por D. Emilio Castelar.....	341
El impuesto equivalente á los de sal, por D. José García Barzanallana....	352
La Fe, narración del siglo XV, por D. Eduardo de Lustonó.....	364
La inteligencia y el cerebro, por D. José de Olave y Alonso.....	378
Guerras de Flandes (continuación), por D. Gregorio Cruzada Villaamil ...	390
Las letras populares, por D. Miguel Gutiérrez.....	409
A Gibraltar (soneto), por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca....	436
La Radiofonía (conclusión), por D. José Rodríguez Mourelo.....	437
Lo relativo (novela), por D. Antonio Sánchez Pérez.....	447
Crónica política, por G.....	464
Movimiento literario en el extranjero, por C.....	474

16 DE OCTUBRE DE 1882.

D. José de Selgas y Carrasco, por D. Pedro Antonio de Alarcón.....	481
Escritores y poetas de la América española, por D. Manuel Cañete.....	492
Carácter de los conceptos matemáticos (conclusión), por D. José Eche- garay.....	511
Al alma (imitación de Santa Teresa), por D. Severo Catalina.....	522
Lección poética (quintillas de D. Nicolás Fernández de Moratín), por don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.....	523
El régimen popular en Aragón, por D. Vicente de la Fuente.....	554
Emancipación (poesía), por D. Antonio Arnao.....	577
Del sentimiento en las ciencias naturales, por D. José Rodríguez Mourelo.	581
Publicaciones alemanas sobre la Historia de España, por D. Eduardo de Hi- nojosa.....	599
La música en nuestras iglesias, por * * *.....	609
Crónica política, por G.....	616
Movimiento literario en el extranjero, por C.....	626